

ACCION COLECTIVA, VIDA COTIDIANA Y DEMOCRACIA

1) Alberto Melucci. Acción colectiva, vida cotidiana y democracia. El Colegio de México, 1999. Capítulo 1. Teoría de la acción colectiva. (Pag. 25-54)

CAPITULO I TEORIA DE LA ACCIÓN COLECTIVA

Las teorías de los movimientos sociales

La reflexión teórica sobre los movimientos sociales es mucho más pobre que la de los actores políticos. En las sociedades contemporáneas la multiplicación de nuevas formas de acción colectiva ha propuesto dramáticamente estas carencias de la teoría, haciendo necesario un balance crítico y la búsqueda de nuevos instrumentos de análisis.

El impasse de la teoría puede ser ejemplificado refiriéndose a dos tradiciones teóricas que se han ocupado de manera diversa de la acción colectiva: el marxismo y la sociología estadounidense de inspiración funcionalista. El sistema capitalista, ha buscado definir las condiciones para una transformación revolucionaria. Sin embargo, lo ha hecho ignorando los procesos de formación de las acciones colectivas, la completa articulación interna de los movimientos y la multiplicidad de posibles transformaciones de una protesta inmediata a un movimiento de clase. Esta tendencia ha sido acentuada por la elevación del leninismo a un canon general para cada acción de clase. El partido, como organización rígida de revolucionarios de profesión, ha sido el instrumento privilegiado, y la conquista del aparato estatal su objetivo prioritario. Cuando más tarde el partido se convierte en Estado, es fácil considerar, por definición, el nuevo poder como intérprete directo y transparente de todas las demandas colectivas.

Las condiciones para un orden total están ya listas. El éxito estalinista no es necesariamente la consecuencia del leninismo aunque desarrolla algunas premisas. La ambigüedad epistemológica del marxismo clásico pone hoy en primer plano la necesidad de una reflexión propiamente sociológica sobre la acción colectiva. Esta ambigüedad se puede sintetizar de la siguiente manera. Cuando el marxismo se presenta como análisis científico del modo de producción capitalista y adelanta previsiones sobre su desarrollo, exhibe, cuando mucho, una teoría de la crisis y del tendencial agotamiento de la economía capitalista, pero no propone una teoría política de la revolución. Cuando, por el contrario, el marxismo quiere ser una teoría de la revolución proletaria, se encuentra sin instrumentos analíticos para señalar al sujeto y los instrumentos políticos de la acción revolucionaria. El marxismo clásico no va mucho más allá de una connotación económica (no política ni sociológica) de una clase explotada, productora de "plusvalía" como potencial agente colectivo de la revolución. Ni va mucho más allá de la indicación de la "dictadura del proletariado" como forma política de poder revolucionario, un poder destinado, por otra parte, a agotarse rápidamente, gracias a la prevista "extinción" del Estado (Zolo, 1974 y Colletti, 1974)

Por otro lado, en la sociología estadounidense que, al menos hasta el inicio de los años sesenta, había sido hegemónica en las ciencias sociales, el análisis de los movimientos pasó por medio de los estudios del comportamiento colectivo, esto es, de fenómenos que van del pánico a las modas; del comportamiento de las multitudes hasta los movimientos revolucionarios. En el contenido de esta tradición el análisis se enriqueció con numerosas investigaciones sobre movimientos sociales concretos de diferentes episodios de comportamiento colectivo, y sobre generalidades empíricas de varias formas de acción. Este abundante material, junto con el trabajo de los historiadores, constituye la única base empírica consistente a la cual nos podemos referir hasta los años sesenta para un análisis de los movimientos. Los estudios sobre el comportamiento colectivo son pues, por una parte, un punto de referencia obligado y, por otra, una desilusión. Esta aproximación, en efecto, asume las creencias de los actores como clave de explicación de las conductas colectivas y acomoda, en el interior de la mínima categoría de comportamiento colectivo, los comportamientos ocasionales de una multitud y de una revolución política. La diferencia está solamente en el nivel y la amplitud de las creencias colectivas que se encuentran en la base de las acciones. La acción colectiva es siempre el fruto de una tensión que disturba el equilibrio del sistema social. La tensión produce creencias generalizadas que movilizan a la acción y buscan restablecer el equilibrio del sistema. En la acción colectiva no hay ningún significado que haga referencia al modo en el cual los recursos son producidos y apropiados. Esta acción es sólo una reacción de asentamiento de los mecanismos funcionales de un sistema, y las conductas colectivas se vuelven fenómenos emocionales debidos al mal funcionamiento de la integración social. Hoy en día el problema fundamental de una sociología de la acción colectiva es el de ligar las conductas conflictivas a la estructura de la sociedad sin renunciar, al mismo tiempo, a explicar cómo se forman y cómo se manifiestan en concreto nuevas creencias y nuevas identidades colectivas.

Los aportes sociológicos clásicos

La referencia de Weber y de Durkheim a los movimientos sociales es sólo indirecta, a pesar de que estos autores plantean problemas teóricos de gran importancia. Es prioritario señalar en Weber la distinción entre carisma y estructura burocrática en la contraposición entre relaciones sociales con una estructura regulada por un sistema racional de normas, y relaciones donde prevalece el impulso emocional, la ruptura de las reglas cotidianas y la identificación afectiva con la acción. Durkheim nos habla de "estados de gran densidad moral", de momentos de entusiasmo colectivo en los cuales el individuo se identifica con la sociedad y se eleva a un nivel superior de vida adhiriéndose a ideales generales. Es en estos momentos cuando se dan las grandes transformaciones sociales (Weber, 1968 y Durkheim, 1963).

Los autores que se ocupan más directamente del comportamiento colectivo, en el sentido retomado más tarde por la sociología estadounidense, pertenecen a aquel filón del pensamiento conservador europeo que, hacia finales del siglo XIX, se ocupó de la multitud. En el momento en el cual el empuje del movimiento obrero y de sus primeras organizaciones de masa se vuelve más amenazante para el orden burgués, los análisis de Le Bon y de Tarde proponen una imagen irracional y caótica de la multitud. En ellos la capacidad individual y la racionalidad de los individuos son sojuzgadas por la sugestión colectiva: las características de la "psicología de la multitud" son la credulidad, la exasperación de las emociones y la tendencia a la imitación. Las multitudes son, pues, manipuladas por minorías de agitadores y se manifiestan en forma irracional y violenta bajo la influencia de la sugestión (Le Bon

1895 y 1912 y Tarde 1890 y 1901). Esta veta negativa del pensamiento burgués encuentra, en los años inmediatamente sucesivos, una confirmación en la obra de Freud, que le da una interpretación en clave de psicología del profundo. La acción colectiva responde a las necesidades primarias inconscientes y la identificación con el líder es lo que le permite existir a un grupo: la relación madura y real de los objetos se sustituye en las masas con el proceso regresivo de identificación, en el cual el líder se convierte en super-yo y atomiza la dinámica colectiva (Freud, 1921).

En la misma línea reductiva se puede situar igualmente la obra de Ortega y Gasset quien, en el momento en el que se afirmaban los grandes aparatos totalitarios, habla de la irrupción histórica de las masas privadas de identidad, incapaces de responsabilidad colectiva y disponibles a la manipulación por parte de los jefes (Ortega y Gasset, 1979).

Respecto a esta tradición, la sociología estadounidense del comportamiento colectivo contiene elementos de conformidad, pero también de ruptura. La escuela de Chicago, en los años veinte, puso las bases de una serie de estudios e investigaciones que delineaban, progresivamente, un campo específico del análisis sociológico. La obra de Robert Park puso la base de apoyo a una reflexión sobre el comportamiento colectivo, la cual tiene una continuidad en la sociología estadounidense que llega hasta los autores contemporáneos. Para Park el comportamiento colectivo no es una realidad patológica, sino un componente fundamental del normal funcionamiento de la sociedad, además de un factor decisivo para el cambio. De aquí que exista una continuidad entre comportamiento colectivo y las formas "normales", institucionalizadas, de la acción social. El comportamiento colectivo representa una situación "no estructurada", esto es, no plenamente controlada, de las normas que rigen el orden social. Pero precisamente por esto es importante, porque es un factor de transformación y está en grado de crear nuevas normas.

La tradición sociológica individualiza así, un área de conductas caracterizadas por connotaciones específicas no reducibles al funcionamiento institucionalizado de la sociedad. La identificación de estas conductas con la irracionalidad de la sugestión, cede progresivamente el puesto a un reconocimiento de la continuidad entre integración y conflicto, entre orden e innovación. Las conductas colectivas son analizadas también por una teoría de la estructura social que da razón, con los mismos instrumentos, a los comportamientos cotidianos e institucionalizados.

La aproximación funcionalista

La teoría funcionalista, en sus autores clásicos, no se ocupa explícitamente del tema de los movimientos sociales; es sólo con Smelser en los años sesenta, que se propone una teoría general del comportamiento colectivo. En la obra de Parsons no existe un tratamiento específico y sistemático de la acción colectiva, aunque se pueden obtener algunas implicaciones importantes de su teoría. Parsons no distingue entre comportamientos desviados, como la criminalidad, las acciones conflictivas, y la protesta política de un movimiento revolucionario. Las conductas desviadas son todas aquellas que infringen las normas institucionalizadas y testimonian un desequilibrio en los procesos de integración. La desviación es el síntoma de una patología en la institucionalización de las normas, la señal de que las normas no han sido interiorizadas adecuadamente. Es verdad que los modelos normativos de una sociedad no están jamás plenamente integrados, que un sistema social contiene también valores incoherentes y contradictorios: esta

situación puede incluso estar en la base de una desviación legitimada e institucionalizada. Pero aquello que importa es que las conductas colectivas derivan siempre de una situación de desequilibrio y de escasa funcionalidad en los procesos de integración del sistema social. (Parsons, 1951, cap. 7).

Merton, el otro gran teórico funcionalista, a pesar de moverse en el ámbito de una definición funcional del sistema social, está más atento a todos los procesos mediante los cuales una sociedad no logra realizar una plena integración. Su análisis de la anomía es un ejemplo clásico de los procesos en que ha faltado la interiorización de las normas. Merton distingue entre el comportamiento desviado y el inconforme. El primero opera contra las normas en vista de desventajas personales, pero no pone en discusión su legitimidad, acepta los fines, pero no rechaza los medios institucionales para alcanzarlos. El inconforme quiere, en vez de ello, cambiar las normas del grupo, sustituir valores y normas que considera ilegítimas por unas nuevas fundadas sobre una legitimación alternativa. Así pues, el comportamiento inconforme ataca la estructura misma de los fines, pero no rechaza los medios institucionales para alcanzarlos (Merton, 1966).

La distinción de Merton supero, aún quedando en una perspectiva funcionalista, las implicaciones ideológicas de la obra de Parsons. Sin retomar necesariamente la terminología mertoniana se debe subrayar la importancia del problema señalado. La acción colectiva no puede ser reducida a pura disfunción del sistema social (como hace siempre la ideología de la clase dominante). Es necesario distinguir entre los procesos colectivos que son el resultado de la disgregación del sistema, y los procesos que tienden a una transformación de las bases estructurales del sistema mismo.

Con Smelser (1963) los fundamentos de la teoría funcionalista encuentran una aplicación sistemática al tema del comportamiento colectivo. Este es "una movilización sobre la base de una creencia que no define la acción social" (Smelser, 1963:72). Para Smelser esa es la respuesta a algunos factores de disturbio (strain: tensión) en uno de los componentes de la acción social que forman una jerarquía de rangos. Tales componentes son los valores, las normas, es decir, el sistema de reglas que traduce los valores en comportamientos: la movilización de las motivaciones, esto es, la capacidad de motivar a los individuos a asumir conductas reguladas normativamente; los recursos, o sea, el sistema de medios que permiten u obstaculizan el logro de los objetivos de la acción. Cada componente a su vez se estructura al interior según siete sectores, que no viene al caso especificar aquí, que indican el modo mediante el cual los componentes de la acción social pasan de los contenidos más generales hasta la organización concreta de la vida de los individuos. De esta forma, se pasa de los valores globales de una sociedad hasta los que legitiman los roles dentro de una organización; de los criterios generales de conformidad y de deformidad respecto a los valores, se llega hasta las normas que regulan la coordinación en una organización y hasta los programas concretos de actividad singular; de las motivaciones más amplias de la acción social se llega hasta la capacidad de asumir papeles y tareas específicas dentro de una organización; en fin, de los presupuestos del conocimiento científico se llega hasta las técnicas y los recursos utilizados por una organización concreta.

La tensión es una disfunción, un desequilibrio que interviene en un componente de la acción (y en un rango específico de este componente). Cada tensión desorganiza todos los componentes jerárquicamente inferiores. La tensión crea una situación de confusión y de incertidumbre en el punto en que se verifica y en todos aquellos que dependen de él. En el caso de los recursos, la tensión manifiesta como una incertidumbre sobre los medios por utilizar respecto a ciertos objetivos. Ya no se sabe si los medios disponibles son eficaces respecto a los objetivos. En el caso de las motivaciones se verifican tensiones que atacan la capacidad de asumir un papel;

por ejemplo, los desequilibrios entre prestaciones y recompensas, o una injusta distribución de las últimas, ponen en crisis los procesos acostumbrados de movilización de las motivaciones. Cuando se refieren a las normas, las tensiones se manifiestan en los conflictos entre los papeles: discrepancia en las reglas ejecutivas, contradicciones en las normas generales de la organización entre los diversos sectores de la sociedad. Por lo que respecta a los valores, se pueden verificar conflictos entre los personales, los del grupo o los de sectores enteros de la sociedad.

El comportamiento colectivo tiende a reestructuras el componente perturbado por la tensión, eliminando la incertidumbre que la caracteriza. Esto se produce mediante una creencia generalizada que moviliza la acción hacia componentes más generales, que aquella sometida a la tensión, y en tal modo tiende a restablecer el equilibrio. La creencia generalizada dirige la atención colectiva hacia lo alto y pone atención en la energía sobre los componentes de las acciones más elevadas que aquella directamente afectada. La solución del problema no se deja a los procesos sociales normales del nivel en cuestionamiento, que están ya institucionalizados; en vez de ello se verifica un corto circuito, casi mágico, que ve la solución en un nexo instantáneo y resolutivo entre los componentes más generales de la acción y el rango específico en tensión.

Las creencias generalizadas son de cinco tipos y se refieren a los diversos componentes de la acción. Para el componente de recursos existe una creencia histórica, que permite salir de la incertidumbre mediante la atribución de un poder destructivo a un elemento de por sí ambiguo. La creencia histórica es la base del pánico. Se trata, en efecto, de un comportamiento colectivo que responde a una tensión en el sector instrumental de la acción, mediante la identificación de fuerzas oscuras dotadas de poder destructivo. Una falla en las técnicas y los procesos instrumentales, crea una incertidumbre sobre la eficacia de los medios. El pánico es una forma de salida de la incertidumbre por medio del fantasma de un poder destructivo generalizado. Otra creencia, ligada siempre al componente de los recursos, es la creencia de la satisfacción que, al contrario de la precedente, identifica poderes generales positivos capaces de anular la amenaza y la incertidumbre. Los booms, las modas, los crazes (manías colectivas), son formas de comportamiento colectivo de este tipo. La creencia hostil es aquella que reestructura el componente de "movilización de las motivaciones". En este caso, se cree que se pueden eliminar la incertidumbre y la tensión mediante la agresión y la búsqueda de un chivo expiatorio. Esta creencia se encuentra en la base de tumultos y movimientos violentos de carácter agresivo. El componente de las normas está reestructurado por una creencia orientada a la norma: el desequilibrio experimentado da lugar a un comportamiento colectivo que tiende a modificar las normas y que se encuentra en el fondo de todos los movimientos reformistas. Finalmente, la creencia orientada a los valores tiende a reestructurar este componente mediante un cambio de valores. Los movimientos revolucionarios se fundamentan sobre una creencia de este tipo.

Smelser indica después una serie de determinantes del comportamiento colectivo que operan según el esquema del "valor agregado". Cada determinante opera en un campo delimitado agregando su propio "valor" específico. Cada determinante es por lo tanto una condición necesaria, aunque no suficiente para que se verifique un episodio de comportamiento colectivo. La primera condición es la propensión estructural, es decir, la existencia de los recursos y de las condiciones estructurales para que cierta acción pueda verificarse. Se genera después la tensión, es decir la disfunción o desequilibrio de un componente de la acción. La tercera condición implica la afirmación de una creencia generalizada, que tiende a ver la amenaza como algo inminente debido a la obra de fuerzas extraordinarias. La creencia generalizada implica también una representación de las consecuencias

excepcionales que resultan de la acción colectiva. La cuarta condición es la movilización de los individuos para la acción en nombre de la creencia generalizada. Una última determinante está constituida por el control social que opera en realidad como una contradeterminante: ésta puede actuar de manera preventiva o bien intervenir después de que el episodio de comportamiento colectivo se ha verificado. El comportamiento colectivo es pues, el resultado de este conjunto de determinantes, cada una de las cuales "agrega" sus propias condiciones a aquellas fijadas por las precedentes.

En síntesis, podemos decir que la propuesta de Smelser individualiza las siguientes características del comportamiento colectivo: a) capacidad de reestructuración de la acción social; b) presencia de una creencia generalizada con características afines a las creencias mágicas, que se refiere a la existencia de fuerzas extraordinarias que operan en la situación y a la posibilidad de resultados extraordinarios de la acción colectiva; c) carácter no institucionalizado de las conductas, y d) necesidad de una serie articulada de determinantes para su activación. Con Smelser el comportamiento colectivo se convierte en una categoría definida en el plano analítico y no simplemente en una noción tomada del sentido común referida, en modo alusivo, a fenómenos contiguos sobre el plano empírico. Este autor define el comportamiento colectivo como un rango analítico general de la acción social y explica, mediante las mismas categorías, fenómenos que van del pánico a las revoluciones. Aquello que cambia es solamente el rango de generalidad de los componentes atacados por la tensión y por la reestructuración del comportamiento colectivo. La investigación de Smelser hace por primera vez explícita la intención de establecer un rango analítico común para las diversas formas de comportamiento colectivo. La exigencia confusa e implícita en la cual se movían los autores de la "psicología de multitudes", buscando en la irracionalidad y en las pulsiones profundas la categoría común a muchas conductas, encuentra en Smelser una respuesta sistemática. La creencia generalizada es la categoría analítica, a la luz de la cual es necesaria leer los diferentes comportamientos colectivos.

Sin embargo, esta intención general no parece estar ausente de contradicciones ni siquiera en el propio Smelser. El comportamiento colectivo queda, a pesar de su construcción sistemática, como una categoría única que mezcla y confunde criterios analíticos y generalizaciones empíricas. Queda como un instrumento descriptivo que sirve para clasificar diferentes conductas empíricas que sólo tienen en común la genérica de "colectivas". A pesar de admitir que el concepto de creencia generalizada identifica a un nivel analítico significativo, me parece difícil, más allá de una perspectiva fuertemente ideológica, justificar teóricamente la elección de tratar con los mismos instrumentos, fenómenos que van de las modas a las revoluciones. El hecho de que haya dimensiones "colectivas" en ciertas conductas sólo pone de relieve una homogeneidad empírica que cae rápidamente cuando apenas se comienza a indagar sobre el significado "colectivo" de diferentes fenómenos. Analíticamente un movimiento revolucionario tiene poco en común con un tumulto. Todo ello sin contar que el modelo de Smelser atribuye todos los fenómenos de comportamiento colectivo, a una disfunción en los procesos institucionalizados de la vida social (siguiendo en esto los señalamientos de Parsons). De esta forma, la respuesta adecuada a un desequilibrio del sistema adquiere el mismo significado que un conflicto que ataca, por ejemplo, el modo de producción y de apropiación de los recursos. No hay continuidad cualitativa entre estos fenómenos, pero sí diferente amplitud de la disfunción que los provoca. La disfunción o tensión, a su vez, no puede originarse dentro del sistema y por ello los envía, en última instancia, a una causa externa. Son los estímulos externos los que producen los desequilibrios en un sistema social, la necesidad de restablecer el equilibrio provoca, a su vez, además de las conductas institucionalizadas, comportamientos anómalos que tienden a acelerar los procesos de reestructuración.

En esta lógica no hay espacio para una capacidad conflictual que surja del interior del sistema, para una acción social que no sea una simple respuesta respectiva a las disfunciones del sistema. El conflicto se eleva siempre al rango de efecto secundario de los procesos de adaptación. De estos presupuestos teóricos deriva también la imposibilidad de introducir distinciones significativas entre las varias formas de acción colectiva.

Las aproximaciones más recientes

Desde los años sesenta, las reflexiones sobre la acción colectiva se han enriquecido de numerosos apuntes que han contribuido a aclarar la naturaleza y las determinantes de los movimientos sociales.

Un primer acercamiento de investigación tiene un fundamento psicosocial, y las numerosas teorías propuestas pueden reducirse a la hipótesis de la frustración-agresión (Davies, 1962, 1969 y 1971 y Gurr 1973). Una frustración de las expectativas colectivas se encontraría en la base de las formas de expresión de los movimientos sociales. Los modelos que se refieren a esta hipótesis pueden ser sintetizados de la siguiente forma: a) hipótesis ascenso-caída: a un prolongado período de desarrollo sigue una inversión de tendencia. La expectativas de mejoramiento continúan creciendo y se encuentran con una imprevista frustración que dé lugar a una respuesta colectiva de tipo agresivo; b) hipótesis de las expectativas crecientes: la capacidad de satisfacción de las necesidades crece menos que sus expectativas. La diferencia entre las dos curvas aumenta hasta llegar a ser intolerable, dando lugar a episodios de revuelta y de violencia colectiva; c) hipótesis de la privación relativa: la expectativa de satisfacción de las necesidades está conmesurada por el nivel logrado por un grupo de referencia. Cuando la realización de las expectativas es inferior a la satisfacción, es sobre la base de un grupo de referencia que tiene una privación y por ello una disponibilidad a la acción conflictual; d) hipótesis de la movilidad descendente; un grupo experimenta una caída de estatus cuando constata que otro grupo, que antes se encontraba en una posición inferior, ha reducido la diferencia. Esta situación provoca frustración y crea las condiciones para una movilización colectiva que a menudo puede asumir contenidos reaccionarios y e) hipótesis de la incongruencia de estatus: entre los componentes del estatus (renta, prestigio, poder) existe un divorcio, y en el proceso de movilidad una dimensión queda atrás respecto a las otras. Aun en este caso se verifica una situación de frustración que se encuentra en los orígenes de formas de rebelión colectiva.

Todas estas teorías nos conducen nuevamente, como se ha dicho, en última instancia, al nexo frustración-agresión; pero ello resulta en un presupuesto no verificado, en el caso de los movimientos sociales, si no se precisan las condiciones que hacen posible la acción colectiva. Discutiré en el segundo capítulo la relación frustración-agresión (Melucci, 1976:34-38) mostrando cómo, sólo dentro de una teoría de la acción, las aproximaciones psicosociales pueden recibir fundamento. Sin la existencia de una identidad, sin la identificación de un adversario o de un campo del conflicto, no se puede sostener que la agresión sea la respuesta necesaria a la frustración experimentada.

Otra veta de investigación se puede definir sintéticamente como la de la movilización de recursos (Coleman, 1966; Gamson 1968; Stinchcombe, 1968 y Oberschall, 1973). Se trata, en términos generales, de un análisis de la acción

social como creación, consumo, intercambio, transferencia o redistribución de recursos entre grupos y sectores de una sociedad. La idea fundamental de recursos entre grupos y sectores de una sociedad. La idea fundamental de recurso es entendida como cualquier bien o valor (material o no), reconocido como tal por uno o más grupos de la sociedad. Los conflictos colectivos vienen analizados, en esta perspectiva, como formas de lucha por el control de los recursos: la movilización de un grupo es un modo de recoger y de invertir recursos con vista a ciertos fines. Cada grupo calcula costos y beneficios ligados a diversas opciones de acción. La participación o el liderazgo en un movimiento social pueden ser analizados como formas de distribución de los recursos, mediante los cuales los diferentes actores calculan costos y beneficios, buscando obtener la máxima ventaja en el cambio. Las mismas formas de control social pueden ser analizadas en términos de distribución de los recursos (por ejemplo, la elección entre reforma o represión implica un cálculo de pérdidas y ventajas) Esta perspectiva de análisis permite una desagregación puntual de la estructura interna de un movimiento social, mucho más allá de la imagen unificadora de la ideología. Los procesos de cambio internos y las relaciones con el ambiente hacen del movimiento una realidad articulada y compuesta, tejida de múltiples redes de pertenencia. Un movimiento no es una estructura homogénea guiada por la voluntad de un jefe o por el rigor de una disciplina ideológica; el cambio de recursos, el cálculo de las recompensas o de las sanciones, dividen y reagrupan la realidad colectiva de acuerdo con líneas complejas. Reflexionaré sobre la movilización de los recursos en el siguiente capítulo.

Las aproximaciones que tienden a ligar la acción colectiva con el sistema política están relacionadas con la teoría de la movilización, pero se diferencian parcialmente de ésta. En sus primeras obras Tilly (1969, 1970 y 1975) afirma que la violencia colectiva es un fenómeno que se verifica cuando los grupos sociales entran o salen del sistema político, cuando están adquiriendo o perdiendo posiciones en una lucha por el poder. Cada sistema político tiende a mantener sus límites y a fijar criterios de pertenencia para sus miembros. De aquí la necesidad de someterse continuamente a verificaciones de pertenencia y de resistencia, sea de aceptar la presencia de nuevos miembros, sea de ceder las posiciones conquistadas. De este modo, la violencia colectiva se manifiesta cada vez que existe un empuje de grupos excluidos que intentan entrar en el sistema político o bien cuando grupos ya representados no quieren perder los privilegios que gozan. En el análisis Tilly hace referencia al sistema político, pero no aclara que en los procesos tomados en consideración, las relaciones sociales dominantes marcan los límites de la participación política que controlan el rango de las variaciones dentro del sistema político. Discutiré este punto con más detalle en la siguiente sección de este capítulo dedicado a la relación entre movimiento y cambio.

¿EL FIN DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES?

Después de los años setenta: una reevaluación teórica

En los últimos treinta años surgieron nuevas formas de acción colectiva en áreas que anteriormente no habían sido tocadas por los conflictos sociales. En la década de los setenta, la crisis de las estructuras políticas y conceptuales frente a estos nuevos fenómenos fue evidente, impulsando una ampliación del conocimiento empírico y una redefinición de las categorías analíticas.

La observación de las sociedades complejas contemporáneas sugiere que:

1. Las nuevas formas de agregación social poseen una naturaleza permanente y no coyuntural. Ellas coexisten con otras categorías más consolidadas (como las clases, los grupos de interés y las asociaciones) y, aunque varíen en sus formas empíricas, son un componente estable e irreversible de los sistemas sociales contemporáneos.

2. Una función de socialización y de participación "inmersa" se "llena" de estas nuevas formas de solidaridad conflictual, que abren novedosos canales para el agrupamiento y la selección de élites. Los medios tradicionales de socialización política, de innovación cultural y de modernización institucional, en consecuencia, se redefinieron.

3. El control de la complejidad, tiene que ver cada vez más con la relación entre sistemas institucionales de representación, de toma de decisiones y de nuevas formas de acción. Estas no son fácilmente adaptables a los canales existentes de participación y a las formas tradicionales de organización política. Además de eso, sus resultados son difíciles de prever y eso aumenta el ya de por sí alto grado de incertidumbre en estos sistemas.

Así, una discusión de la estructura teórica de análisis no es sólo un ejercicio preliminar, sino una condición para un entendimiento satisfactorio de los movimientos contemporáneos.

Hoy, el momento parece adecuado para una reevaluación de la contribución teórica de los años setenta en el área de los movimientos sociales. El legado de la filosofía de la historia fue reconocido, durante muchos años, en cierto dualismo. La acción colectiva se trataba como un efecto de crisis estructurales, como contra contradicciones, o como una expresión de creencias y orientaciones compartidas. Estos puntos de vista impidieron la consideración de la acción como un sistema de relaciones. Los años setenta volvieron posible una resolución de este dilema teórico.

Una primera dualidad fue formulada en términos de aislamiento/solidaridad (Tilly, 1975 y Usee, 1980): La primera aproximación (representada por teorías del comportamiento colectivo y de la sociedad de masas) (Smelser, 1963 y Kornhauser, 1959) considera la acción colectiva como un resultado de la crisis económica y de la desintegración social, particularmente entre los desamparados. La última considera los movimientos sociales como una expresión de intereses compartidos dentro de una situación estructural común (especialmente una condición de clase, como en todas las aproximaciones derivadas del marxismo). Las teorías del aislamiento descuidaron la dimensión del conflicto dentro de la acción colectiva y la redujeron a la reacción patológica y a la marginalidad. Los modelos de solidaridad fueron incapaces de explicar la transición de las condiciones sociales hacia la acción colectiva. La dificultad teórica del marxismo clásico (la transición de la condición de clase a la conciencia de clase) todavía existe y no se puede resolver sin tomar en consideración cómo se forma y mantiene un actor colectivo.

Otra realidad puede observarse en términos de estructura/motivación (Webb, 1983), esto es, la acción colectiva vista como producto de la lógica del sistema, o como resultado de creencias personales. El énfasis estaba, por un lado, en el contexto socioeconómico y, por el otro, en el papel de la ideología y de los valores.

Durante los años setenta algunas teorías rebasaron las alternativas aislamiento/solidaridad o estructura/motivación. En Europa autores como Touraine (1973, 1978) o Habermas (1976) basaron sus análisis en un acercamiento

“estructural” sistémico que atribuía a las nuevas formas de conflicto y a la formación de nuevos actores (más allá de las luchas tradicionales en la fuerza de trabajo) los cambios en el capitalismo posindustrial. Algunos teóricos estadounidenses intentaron explicar cómo se constituye un movimiento, cómo sobrevive en el tiempo y en relación con sus contextos, esto es, en términos de movilización de recursos (McCarthy y Zald, 1973, 1977; Gamson, 1975; Oberschall, 1973, y Tilly, 1978).

En mi opinión, siguiendo de cerca las teorías de los años setenta, los movimientos deben examinarse, no a la luz de las apariencias o de la retórica, sino como sistemas de acción. Una herencia de los años setenta es lo que llamaría un “paradigma escéptico” de los movimientos sociales, es decir, que no se comprende la acción colectiva como una “cosa” y no se valoriza enteramente lo que los movimientos dicen de sí mismos; se trata de descubrir el sistema de relaciones internas y externas que constituye la acción.

Asimismo, las teorías de los años setenta dejan dos problemas sin resolver. Por un lado, las teorías estructurales basadas en el análisis de sistemas explican por qué pero no cómo un movimiento se establece y mantiene su estructura, es decir, apenas proponen hipótesis acerca del conflicto potencial sin considerar la acción colectiva concreta y los actores. Por otro lado, aquellos investigadores que trabajan con un modelo de movilización de recursos ven esta acción como mero dato y no pueden examinar su significado y orientación. En ese caso explican el cómo pero no el por qué. Los dos puntos de vista no son irreconciliables. Cada uno de ellos es legítimo en sus límites, pero ambos, desgraciadamente, con frecuencia y tal vez implícitamente, se toman como una explicación global. Por lo tanto, el análisis se concentraría más en las relaciones sistémicas que en la simple lógica de los actores. Pero al mismo tiempo, la acción no puede analizarse solamente dentro de las contradicciones estructurales. La acción tiene que considerarse como una interacción de objetivos, recursos y obstáculos; como una orientación intencional que se establece dentro de un sistema de oportunidades y coerciones. Los movimientos son sistemas de acción que operan en un campo sistémico de posibilidades y límites. Esta es el motivo por el que la organización se convierte en un punto clave de observación, un nivel analítico a menudo subestimado o reducido a estructuras formales. El modo en que los movimientos definen su acción es el nexo concreto entre orientaciones y oportunidades/constricciones sistémicas.

Los movimientos son construcciones sociales. Más que una consecuencia de crisis o disfunciones, más que una expresión de creencias, la acción colectiva es “construida” gracias a una inversión organizativa. Aquí la “organización” no es una característica empírica, sino un nivel analítico. Mantener organizados a los individuos y movilizar recursos para la acción significa distribuir valores, y fronteras establecidas por las relaciones sociales condicionan la acción, pero ni los recursos ni las constricciones pueden ser activados al margen de la acción en sí.

De tal manera, los movimientos sociales son sistemas de acción en el sentido de que cuentan con estructuras: la unidad y continuidad de la acción no serían posibles sin la integración e interdependencia de individuos y grupos, a pesar de la desestructuración aparente de estos fenómenos sociales. Pero los movimientos son sistemas de acción en el sentido de que sus estructuras son construidas por objetivos, creencias, decisiones e intercambios, todos ellos operando en un campo sistémico. Una identidad colectiva no es sino una definición compartida del campo de oportunidades y constricciones ofrecidas a la acción colectiva. “compartida” quiere decir construida y negociada mediante procesos continuos de “activación” de relaciones sociales que conectan a los actores (Pizzorno, 1977, 1983 y 1991 y Reynaud, 1982).

Considerar los movimientos como sistemas de acción, significa dejar de tratarlos como si fuesen simples fenómenos empíricos. Las formas empíricas de acción colectiva son objetos de análisis no significativos en sí mismos. En la actualidad se habla de un "movimiento" como una unidad a la que se le atribuyen objetivos, elecciones, intereses y decisiones. Pero esta pretendida unidad es un resultado más que un punto de partida; de lo contrario se debe asumir que existe algo así como una "voluntad" profunda del movimiento, en lugar de considerarlo como un sistema de relaciones sociales. Una acción colectiva no puede ser explicada sin tomar en cuenta cómo son movilizados los recursos internos y externos, cómo las estructuras organizativas son erigidas y mantenidas, cómo las funciones de liderazgo son garantizadas. Lo que empíricamente se denomina un "movimiento social" es un sistema de acción que conecta orientaciones y propósitos plurales. Una sola acción colectiva, además, contiene diferentes tipos de comportamiento y, por tanto, el que convergen en ella y que posiblemente tienen diferentes consecuencias. Sólo separando los diferentes niveles analíticos se puede entender cómo se mantienen unidos por una estructura "organizativa"; cómo una identidad colectiva es establecida mediante un complejo sistema de negociaciones, intercambios y decisiones; cómo puede ocurrir la acción como resultado de determinaciones sistémicas y de orientaciones de individuos y grupos.

La teoría de los movimientos sociales necesita de un desplazamiento desde las generalizaciones empíricas a las definiciones analíticas. El modo en que los actores constituyen su acción es la conexión concreta entre orientaciones y oportunidades y coerciones sistémicas. Mi opinión personal es que en esa dirección el legado de dos décadas se puede consolidar creativamente mediante una concentración en el análisis del cómo, sin descuidar el porqué.

Sobrecarga política

Muchas contribuciones hoy asumen una aproximación sistémica, orientada por la relación, hacia la acción colectiva, enfatizando más las oportunidades y las coerciones que las orientaciones subjetivas o los factores meramente objetivos. Este es el caso de los desarrollos en la aproximación de la movilización de recursos (Garner y Zald, 1981) y de algunos análisis sobre protestas (Marsh, 1977; Tarrow, 1982 y 1983, y Webb, 1983^a). La protesta forma parte de un sistema de relaciones que incluye respuestas del sistema político y la interacción entre grupos de protesta y élites. El concepto de estructura de oportunidad política (Tarrow) es relevante para el análisis de la acción colectiva como un sistema y no sólo como una creencia o un conjunto de intereses "objetivos". Kriesberg (1981 y 1982) se refiere a un "paradigma de interacción múltiple" que surge de los estudios recientes sobre los movimientos sociales. Estas contribuciones, como parte de un área intelectual más amplia, son innovaciones importantes, particularmente cuando se comparan con los estudios estadounidenses tradicionales, en donde los movimientos sociales son, con bastante frecuencia, reducidos a las creencias o al comportamiento de masas.

Asimismo, abrieron el campo a las investigaciones posteriores. Por ejemplo, cuando Tarrow propone la hipótesis de una conexión entre ciclos de protesta y ciclos de reforma, el autor sugiere que la protesta es una función "fisiológica" estable en sociedades complejas, más que una manifestación de patología social (como en los puntos de vista más tradicionales). En segundo lugar, el análisis de esta conexión puede proporcionar una base empírica para el punto de vista tradicional, que es marxista en el origen, asociando al conflicto social con el cambio.

No obstante, las contribuciones antes mencionadas concentran en análisis, más en el ámbito político que en la "sociedad civil". Los conflictos sociales se reducen a la protesta política y a ser vistos como parte de un sistema político. La confrontación con el sistema político y con el Estado es apenas un factor más o menos importante

en la acción colectiva. El conflicto frecuentemente puede afectar el mismo modo de producción o la vida cotidiana de las personas. Los participantes en una acción colectiva no son motivados sólo por lo que llamaríamos una orientación "económica", calculando costos y beneficios. Ellos también están buscando solidaridad e identidad (Pizzorno, 1983 y Melucci, 1982) que, a diferencia de otros bienes, no son mensurables y no pueden calcularse. Esto es particularmente verdadero para los movimientos de los años ochenta. Ellos se concentran en las necesidades de autorrealización, pero no en una orientación política, porque responden a la lógica del sistema en el campo cultural y en la vida cotidiana de las personas.

En ambos lados del Atlántico, el interés en el acercamiento de la movilización de recursos y en las teorías de trueque político (Pizzorno, 1977 y 1978) parece indicar un alejamiento de los paradigmas anteriores basados en los intereses de clase o en los valores compartidos que han sido preponderantes hasta ahora. Se refleja también en el clima cultural cambiante el problema de administrar la incertidumbre en sistemas complejos otorgan un papel central a las dimensiones políticas de la acción. Pero este punto de vista exagera la función de la política, exactamente en un momento en que los movimientos se desvían hacia un terreno no político. Aunque la relación entre sistemas políticos y movimientos sociales sea una perspectiva analítica difícil de evitar en sociedades complejas, es una perspectiva limitada. Los conflictos sociales contemporáneos no son sólo políticos, ya que ellos afectan al sistema como un todo. La acción colectiva no se realiza sólo con el fin de intercambiar bienes en un mercado político, y tampoco todo objetivo puede calcularse. Los movimientos contemporáneos también poseen una orientación antagónica que surge y altera la lógica de las sociedades complejas.

Pero estos diferentes puntos de vista no pueden compararse sin tener en claro a qué concepto de movimiento social se está refiriendo uno.

¿Qué es un movimiento?

Como Tarrow apuntó (Tarrow, 1983), el campo de los movimientos sociales es uno de los más indefinibles que existen. Los movimientos son difíciles de definir conceptualmente y hay varias aproximaciones que son difíciles de comparar. Los diferentes autores tratan de aislar algunos aspectos empíricos de los fenómenos colectivos, pero como cada quien acentúa distintos elementos, la comparación de definiciones se complica. Desgraciadamente éstas son más definiciones empíricas que conceptos analíticos.

Tarrow, mientras tanto, ayuda a esclarecer una distinción entre movimientos (como formas de opinión de masa), organizaciones de protesta (como formas de organizaciones sociales) y actos de protesta (como formas de acción). Aunque no es meramente descriptiva, evita la confusión entre los diferentes factores, pero no es suficiente. En lo que respecta a los movimientos, Tarrow sigue la definición de Tilly (1978) que es un buen ejemplo de una generalización empírica: un movimiento social es un fenómeno de opinión de masa perjudicada, movilizada en contacto con las autoridades. Semejante movimiento, admite Tarrow también, raramente actúa de manera concertada y su existencia debe inferirse de las actividades de organizaciones que lo reivindican (Tarrow, 1983 y 1985).

Pero ¿cómo saber que existe un movimiento atrás de la protesta activa? Aparentemente es una presencia metafísica atrás de la escena, que es ocupada por las organizaciones de protesta y por las protestas mismas. El acercamiento de la movilización de recursos, asumiendo una definición empírica, parece llamar movimiento social a toda acción política no institucional. La palabra "movimiento" trae consigo el peligro de volverse sinónimo de todo lo que cambia en la sociedad.

El mismo concepto de protesta tiene débiles bases analíticas. ¿Podría la protesta definirse como cualquier forma de denuncia de un grupo perjudicado?, ¿cómo una reacción que transgrede las reglas establecidas?, ¿cómo un enfrentamiento con las autoridades?, o ¿cómo todo lo anterior?

Estas proposiciones hacen evidente la misma falta de distinción entre una generalización empírica y una definición analítica. ¿Cómo se distingue entre un tumulto antigubernamental de borrachos, una huelga sindical y una amplia movilización contra la política nuclear? Todos pueden ser empíricamente considerados como protestas, pero cada uno de ellos tiene un significado y una orientación significativamente diferente. La definición de protesta como un comportamiento de oposición muestra los problemas de las generalizaciones empíricas. Dicha definición implica un sistema de referencia, un conjunto de límites o fronteras que se rompen. De hecho, aquellos que escriben sobre la protesta implícitamente hacen referencia al sistema político. El único sistema posible de referencia del enfrentamiento con las autoridades y la acción colectiva simplemente se reduce a la acción política. Esta sobrecarga política, como ha sido destacado, es analíticamente infundada, particularmente cuando se refiere a los movimientos contemporáneos.

Es necesario cambiar las definiciones empíricas a las analíticas. Las líneas siguientes indicarán, si no una solución satisfactoria a este problema una dirección en que la investigación podría avanzar (Melucci, 1980, 1982 y 1983).

La aproximación actual a los movimientos sociales se basa en la suposición de que los fenómenos empíricos de acción colectiva son un objeto de análisis que es unificado y significativo en sí mismo y que puede dar, casi directamente, explicaciones satisfactorias sobre los orígenes y la orientación de un movimiento, que es visto como un personaje que actúa en la escena histórica, como una unidad de conciencia y acción que está lejos de apartarse de la fragmentación actual y de la pluralidad de un movimiento social empírico. Los movimientos gastan gran parte de sus recursos tratando de mantener su unidad y conseguir cierta homogeneidad en un campo social compuesto de varios elementos.

Al considerar un movimiento como un personaje, el análisis ignora que la unidad es más un resultado que un punto de partida; por lo tanto, se debe asumir que hay una especie de "espíritu" oculto del movimiento, en lugar de considerarlo como un sistema de relaciones sociales. Una acción colectiva no puede explicarse sin tomar en cuenta cómo se movilizan los recursos internos y externos, cómo se constituyen y se mantienen las estructuras organizacionales y cómo se garantizan las funciones de liderazgo. Lo que se llama empíricamente "movimiento social" es un sistema de acción que asocia orientaciones y significados plurales. Una acción colectiva singular o un evento de protesta, además de eso, contienen tipos diferentes de comportamiento y los análisis se ven obligados a romper su aparente unidad y a descubrir los diferentes elementos que en ella convergen, teniendo en cuenta las diferentes consecuencias.

LA ACCION COLECTIVA COMO CONSTRUCCIÓN SOCIAL

Mi posición cuestiona el ingenuo supuesto de que la acción colectiva es un dato y una unidad. El entendimiento más difundido sobre los movimientos sociales los considera como actores empíricos unificados, dando por sentados sus valores, intenciones y fines; así, la ideología de los líderes o los atributos que les pone el observador se convierten en la verdadera "realidad" del movimiento. La tarea del

análisis sociológico debería ser cuestionar este dato, con el fin de indagar la unidad empírica para descubrir la pluralidad de elementos analíticos –orientaciones, significados y relaciones- que convergen en el mismo fenómeno.

Cualquier investigación sobre la formación del actor colectivo debería tener en cuenta su naturaleza diversa y compleja como criterio fundamental. Lo que es empíricamente referido como "movimiento", y tratado por conveniencia para la observación y descripción como una unidad, en realidad contiene una amplia gama de procesos sociales, actores y formas de acción. El problema entonces, tanto para la política como para la teoría, es comprender cómo y por qué se logran conjuntar estos procesos. Para el resultado de la investigación: saber qué yace detrás del "movimiento" empírico significa identificar en su interior la gama de componentes y significados, e indagar los cambios con sus diversas posiciones y orientaciones.

La acción colectiva como producto

En el enfoque que estoy proponiendo, la acción colectiva es considerada resultado de intenciones, recursos y límites, con una orientación construida por medio de relaciones sociales dentro de un sistema de oportunidades y restricciones. Por lo tanto, no puede ser entendida como el simple efecto de precondiciones estructurales, o de expresiones de valores y creencias. Los individuos, actuando conjuntamente, construyen su acción mediante inversiones "organizadas"; esto es, definen en términos cognoscitivos, afectivos y relacionales para darle sentido al "estar juntos" y a los fines que persiguen. Cada vez que observamos a un número de individuos actuando colectivamente nos confrontamos con lo que llamo un sistema de acción multipolar. La acción colectiva no es un fenómeno empírico unitario, y la unidad, si existe, debería ser abordada como un resultado, no como punto de partida, no como evidencia sino como hecho que debe ser explicado. Los eventos en los que actúan colectivamente los individuos combinan diferentes orientaciones, involucran múltiples actores e implican un sistema de oportunidades y restricciones que moldean sus relaciones.

Los actores colectivos "producen" entonces la acción colectiva porque son capaces de definirse a sí mismos y al campo de su acción (relaciones con otros actores, disponibilidad de recursos, oportunidades y limitaciones). La definición que construye el actor no es lineal sino que es producida por interacción y negociaciones, y algunas veces por diferentes orientaciones opuestas. Los individuos crean un "nosotros" colectivo (más o menos estable e integrado de acuerdo con el tipo de acción), compartiendo y laboriosamente ajustando por lo menos tres calases de orientaciones: aquellas relacionadas con los fines de la acción (el sentido que tiene la acción para el actor); aquellas vinculadas con los medios (las posibilidades y límites de la acción) y, finalmente aquellas referidas a las relaciones con el ambiente (el campo en el que tiene lugar la acción).

Así, el sistema de acción multipolar se organiza a lo largo de tres ejes (fines, medios y ambiente), a los cuales se puede ver como un conjunto de vectores interdependientes en estado de mutua tensión. La forma organizada de la acción es la manera mediante la cual el actor colectivo busca darle una aceptable y duradera unidad a ese sistema, que está continuamente sujeto a tensiones. De hecho, la acción colectiva tiene que enfrentar múltiples y exigentes requisitos. Nunca es la simple expresión de una intención de propósito que se persigue, sino que se construye por medio de los recursos disponibles a los actores y de acuerdo con las posibilidades y obstáculos que provienen de determinado ambiente.

Fines, medios y ambiente continuamente generan posibilidades de tensión: los objetivos no se adecuan a los medios o viceversa; el ambiente es pobre o rico en recursos importantes; los medios son más o menos congruentes con el campo de acción, etc. Continuamente existen tensiones aun dentro de cada eje, por ejemplo, en la definición de los fines; entre los objetivos de corto y largo plazos; en la selección de los medios, entre el uso de los recursos para tener eficacia y su uso para consolidar; en las relaciones con el ambiente, entre equilibrio interno e intercambios externos etcétera.

Los actores colectivos negocian y renegocian a lo largo del tiempo estos diferentes aspectos de su acción. Las funciones de liderazgo y las formas organizativas representan intentos de dar un orden más duradero y predecible a esas definiciones. Cuando se observan fenómenos colectivos, generalmente la atención se enfoca sobre los aspectos más visibles de la acción (acontecimientos, movilizaciones y actos de violencia); sin embargo, estos aspectos visibles son manifestaciones de un proceso que opera en el campo analítico que acabo de delinear, y que normalmente es ignorado. Los eventos, las movilizaciones, las expresiones de descontento o entusiasmo pueden ocurrir, y seguir ocurriendo, porque el actor colectivo logra realizar cierta integración entre esas orientaciones que he señalado. Estos factores de tipo coyuntural (por ejemplo, oportunidades políticas, la presencia de agentes animadores, el grado de integración, o la crisis del ambiente, etc.) ciertamente contribuyen a la emergencia de fenómenos colectivos. Pero estos factores no podrían operar sin la capacidad del actor de percibirlos e integrarlos en un sistema de interacción y negociación de las orientaciones, respecto a los fines, medios y ambiente de su acción.

Esta construcción social de lo "colectivo" está continuamente trabajando cuando se da una forma de acción colectiva; un fracaso o ruptura de ese proceso hace imposible la acción. Me refiero al desenvolvimiento del proceso de construcción y negociación del significado de la acción colectiva, como identidad colectiva. El término "identidad" no da cuenta del aspecto dinámico de este proceso, pero señala la necesidad de un grado de identificación, que es precondition para cualquier cálculo de ganancia y pérdida. Sin la capacidad de identificación, la injusticia no se podría percibir como tal, o no se podrían calcular los intercambios en la arena política. La acción colectiva como pluralidad

Si la acción es un producto, el mismo fenómeno empírico consiste en una pluralidad de dimensiones analíticas. Exclusivamente con fines metodológicos voy a indicar a continuación las líneas esenciales de mi propio recorrido teórico. En términos fenomenológicos, el carácter colectivo de un suceso se podría describir por la simple presencia de varios individuos, quienes, en una continuidad de espacio y tiempo, muestran un comportamiento común. Pero si se quiere ir más allá de esta indiferenciada connotación empírica, se deben introducir por lo menos tres distinciones analíticas. Algunos fenómenos colectivos implican solidaridad, esto es, la capacidad de los actores de reconocerse a sí mismos y de ser reconocidos como parte de una unidad social. Otros tienen el carácter de simple agregación, esto es, se les puede reducir al nivel del individuo sin que pierdan sus características morfológicas, y están orientados exclusivamente hacia el exterior, más que hacia el interior del grupo. En una huelga probablemente uno encuentre que prevalece la solidaridad, mientras que el pánico está más cerca del polo del comportamiento agregativo.

Algunos fenómenos colectivos implican la presencia de un conflicto, es decir, la oposición entre dos (o más) actores que compiten por los mismos recursos a los que se les atribuye un valor. Otros, en cambio, emergen mediante el consenso de los actores sobre las reglas y procedimientos para controlar y usar los recursos que

se valoran. Probablemente una demostración antinuclear implique una orientación conflictual, y será diferente, en este sentido, de una entusiasta marcha de aficionados al fútbol después de un partido.

Algunos fenómenos colectivos transgreden los límites de compatibilidad del sistema de relaciones sociales en el cual tiene lugar la acción. Llamo límites de compatibilidad al rango de variación que puede tolerar un sistema sin que se modifique su propia estructura. Otros son formas de adaptación del orden en el que se sitúan, dentro de los límites de variación estructural del sistema de relaciones sociales. Ejemplos de esto último son las disconformidades dentro de las empresas por la distribución de recompensas. Pero cuando una lucha se dirige a cambiar la estructura de la toma de decisiones, la acción colectiva implica la redefinición de las fronteras existentes en esa organización.

Ese conjunto de dimensiones analíticas permite separar las diferentes orientaciones de la acción colectiva que se encuentran en una variedad de combinaciones en el fenómeno empírico. En un mismo caso empírico es posible hallar competencia regulada de intereses respetando los límites de determinado orden social; orientaciones de la acción que extienden el conflicto más allá de los límites de compatibilidad del sistema; comportamientos colectivos que son la suma de fines individuales atomizados (como en algunos comportamientos de masa); comportamientos desviados que transgreden las reglas compartidas aunque sin implicar un conflicto.

De los objetos empíricos a las construcciones analíticas

Un movimiento empírico es siempre un sistema integrado de acción en el que convergen, de manera más o menos estable, muy diferentes significados, fines, formas de solidaridad y organización. El término "movimientos" en sí mismo muestra un vacío de significado que remite a su temprana desaparición. Su origen está relacionado con la tradición mecanicista del moderno pensamiento occidental, y fue exitosamente incorporado en el siglo XIX a las filosofías historicistas del progreso y la revolución. Hoy en día está en decadencia junto con el paradigma al que pertenecía. No obstante, todavía continuamos usando el término "movimiento" en un sentido descriptivo, para referirnos a un fenómeno empírico observado (como cuando hablamos del "movimiento obrero", del "movimiento juvenil", o del "movimiento ecologista", etc.) Parece que no hay solución al problema, a no ser que atravesemos nuevas fronteras semánticas (lo que implica, como siempre, redefinir el universo entero de los conceptos que usamos).

Este proceso se está dando en la sociología de la acción colectiva y, como frecuentemente sucede en la evolución de los conceptos científicos, notamos los cambios cuando éstos ya han ocurrido. Hasta entonces, un alto en el camino que se ha avanzado parece ineludible, es decir la necesidad de pasar de las generalizaciones empíricas a conceptos analíticos en el estudio de la acción colectiva y los movimientos sociales.

El significado de una acción colectiva depende de su sistema de referencia y de sus dimensiones analíticas. En primer lugar, el mismo comportamiento empírico puede verse de maneras diferentes, si se refiere o no a la vida cotidiana, a un sistema organizacional, a un sistema político, a un modo de producción (Melucci, 1977 y 1980); y diferentes tipos de acción pueden evaluarse de acuerdo con el sistema de referencia de la acción misma (Melucci, 1980, 1982 y 1983). Además de eso, al

usar la solidaridad, el conflicto y el rompimiento de los límites del sistema como dimensiones analíticas básicas (Melucci, 1980, 1982 y 1983), hice diferencias entre los varios tipos de acción colectiva. La solidaridad es la capacidad de los actores para compartir una identidad colectiva (esto es, la capacidad de reconocer y ser reconocido como parte de la misma unidad social). Defino conflicto como una relación entre actores opuestos, luchando por los mismos recursos a los cuales ambos dan valor. Los límites de un sistema indican el espectro de variaciones tolerado dentro de su estructura existente. un rompimiento de estos límites empuja a un sistema más allá del espectro aceptable de variaciones.

La definición analítica que propongo de movimiento social como forma de acción colectiva abarca las siguientes dimensiones: a) basada en la solidaridad, b) que desarrolla un conflicto y c) que rompe los límites del sistema en que ocurre la acción. Antes que todo, la acción colectiva debe contener solidaridad, es decir, la capacidad de los actores de reconocerse a sí mismos y de ser reconocidos como miembros del mismo sistema de relaciones sociales. La segunda característica es la presencia del conflicto, es decir, una situación en la cual dos adversarios se encuentran en oposición sobre un objeto común, en un campo disputado por ambos. Esta definición clásica de conflicto es analíticamente distinta de la idea de la contradicción utilizada, por ejemplo, en la tradición marxista. El conflicto, en realidad, presupone adversarios que luchan por algo que reconocen, que está de por medio entre ellos, y que es por lo que precisamente se convierten en adversarios. La tercera dimensión es la ruptura de los límites de compatibilidad de un sistema al que los actores involucrados se refieren. Romper los límites significa la acción que sobrepasa el rango de variación que un sistema puede tolerar, sin cambiar su estructura (entendida como la suma de elementos y relaciones que la conforman). Los sistemas de relaciones sociales pueden ser muchos y muy variados, pero lo importante aquí es la existencia de un comportamiento que traspa las fronteras de compatibilidad, forzando al sistema a ir más allá del rango de variaciones que su estructura puede tolerar.

Estas son las dimensiones analíticas que definen un "movimiento social"; la presencia de las tres nos permite aislar una clase específica de fenómenos colectivos. Por el contrario, si se presentan sólo uno o dos de estos rasgos, nos enfrentamos a un tipo diferente de actividad colectiva. Podemos tener conflictos sin ruptura; esto es, un conflicto que se sitúa dentro de los límites de determinado sistema (por ejemplo, un sistema compartido de reglas, de papeleos organizativos, etc.): puede haber oposición entre actores, pero ambos están dispuestos a sentarse alrededor de la mesa y aceptar las reglas del juego. Varias disputas en el sistema político son de este tipo: son formas de competencia que incluyen intereses opuestos, pero en las que existe un reconocimiento mutuo, aceptación del campo y de las reglas del juego.

También puede darse un comportamiento que exceda los límites de compatibilidad del sistema pero sin conflicto: se rompen las reglas, por ejemplo, en la búsqueda de objetivos particularistas, o en un acto de frontal rechazo. Esta clase de fenómeno se puede describir como desviación en el clásico sentido funcionalista; en la práctica, el concepto de desviación tiende a un uso ideológico. Frecuentemente se emplea para referirse a comportamientos con connotaciones conflictuales y, con el tiempo, etiquetar un comportamiento como "desviado" sirve para negar la presencia del conflicto o para exaltar un rechazo "salvaje" al orden social. Sin embargo, esto no debilita la interpretación analítica de la desviación como simple ruptura de los límites que cohesionan un sistema, y que puede ocurrir por las razones que destaca la teoría funcionalista: porque los valores o normas no han sido suficientemente interiorizados, o por el mal funcionamiento o incoherencia entre sistemas normativos.

Queda todavía un área de la acción colectiva referida al comportamiento de agregación, particularmente examinada por las teorías sobre este tipo de acción: el comportamiento que se manifiesta en una multitud, una moda o el pánico. Aquí estamos tratando comportamientos donde lo colectivo es el resultado de la suma de acciones individuales atomizadas, que siguen el mismo patrón sólo por la relación con un evento específico. El fenómeno se puede descomponer en cada individuo sin que pierda sus características inherentes; ocurre una agregación en el espacio y el tiempo, pero sin solidaridad.

Así, el campo empírico de la acción colectiva se parece más a una serie de sistemas de acción que a la expresión de un "sujeto". Los actores juegan muy diferentes juegos al mismo tiempo, y la teoría del análisis es revelar su pluralidad. El comportamiento colectivo no se puede tomar como un dato y debe ser descompuesto mediante el análisis; de esta manera podrá emerger su naturaleza como "producto", resultado de sistemas de relaciones, orientaciones y significados diversos. Por supuesto que en un campo empírico, a los actores colectivos se les ve indudablemente moviéndose con cierta unidad y continuidad a lo largo del tiempo; pero lo que uno debe evitar es la ingenua identificación del "movimiento" como un dato empírico.

Cualquier forma empírica de acción colectiva (el "movimiento juvenil", el "movimiento de mujeres", el "movimiento economista", etc.) involucra numerosas dimensiones: elementos de desviación, competencia controlada, comportamientos agregativos, etc. Algunas veces está presente un conflicto que desborda los límites de compatibilidad de un sistema; obviamente el problema es descubrir dónde yacen esos límites, qué sistema de relaciones sociales incluye –el significado de la acción puede ser completamente distinto dependiendo del sistema de referencia, por ejemplo dependiendo de si el conflicto tiene que ver con el funcionamiento de una organización, o con las reglas del juego de un sistema político.

La cuestión de "cómo se forma un actor colectivo" en este momento tiene una importancia decisiva: lo que antes se consideraba un dato (la existencia del movimiento), es precisamente lo que necesita ser explicado. Los análisis se tienen que dirigir a la pluralidad de aspectos presentes en la acción colectiva, y explicar cómo se combinan y sostienen a lo largo del tiempo. No deben decir a qué clase de "construcción" nos enfrentamos dentro de la acción observada y cómo el propio actor es "construido".

Las tres dimensiones utilizadas permiten que una forma específica de acción colectiva (definida analíticamente como "movimiento social") sea separada de otros fenómenos colectivos (delincuencia, reivindicaciones organizadas, comportamiento agregado de masas) que con mucha frecuencia se asocian empíricamente con "movimientos" y "protestas". Lo que nosotros acostumbramos llamar empíricamente movimiento social, muchas veces contiene una pluralidad de estos elementos y debemos ser capaces de distinguirlos si queremos entender el resultado de una acción colectiva dada.

La delincuencia puede tratarse, las reivindicaciones pueden negociarse., pero un comportamiento antagónico no puede ser enteramente integrado. Las luchas pueden producir algunos cambios en la política, pero con mucha frecuencia el conflicto reaparece en otras áreas de la estructura social. Distinguiendo los diferentes significados de la acción colectiva se pueden evitar dos limitaciones ideológicas comunes en la actualidad. Por un lado, que los movimientos tienden a hacer hincapié en el significado "más alto" de su acción y declaran tener una unidad y una radicalidad que a menudo no existen. Esta es la versión de los líderes, y no refleja la real complejidad de los movimientos, Por el otro, los que están en el poder tienden a remarcar el significado "más abajo" de la acción colectiva, y la

reducen a la patología social o al comportamiento agregativo. Reconocer cada vez más la complejidad de la acción colectiva ayuda a evitar estas limitaciones ideológicas y puede aumentar la capacidad de los movimientos sociales para desempeñar un papel creativo en la sociedad contemporánea.

Más allá del contenido actual de las definiciones (que con siempre un instrumento operativo y no una verdad metafísica), lo que me interesa destacar es el planteamiento metodológico. Dado que un movimiento no es un objeto sino un sistema de acción, debemos mejorar nuestra capacidad de trascender la unidad empírica por medio de instrumentos analíticos tan elaborados como nos sea posible. Cuanto he perfilado hasta ahora es un modo, aún rudimentario, de que nuestros instrumentos sean más efectivos.

MOVIMIENTOS Y CAMBIO

La dimensión antagónica

Saliendo del campo indiferenciado del comportamiento colectivo, es posible distinguir conductas que implican estructuras analíticas muy diferentes. Aquellas que podemos llamar conductas agregadas o también conductas de crisis son comportamientos colectivos en los cuales faltan vínculos de solidaridad entre los actores implicados, en los que el fenómeno puede ser dividido hasta el límite del individuo mismo, sin que por ello resulten alteradas las propiedades generales del sistema, fenómenos, en fin, en que la orientación de las conductas puede ser exclusivamente externa sin que por ello el grupo tenga la capacidad de centrarse en sí mismo. Este tipo de fenómenos colectivos es una respuesta a la disgregación del sistema social en algunos de sus puntos y se produce por una simple agregación de individuos, sobre la base de una creencia generalizada (en el sentido en que Smelser la ha definido), sin que por ello se constituya un nuevo tipo de solidaridad. No debemos olvidar que esta definición es enteramente analítica. Los comportamientos empíricos que más fácilmente caen en esta categoría son aquellos que la sociología del comportamiento colectivo ha analizado con más atención; las conductas de multitud, el pánico, los boom, etc. Pero se trata siempre de objetos empíricos cuyo significado analítico no se reduce necesariamente a la dimensión de respuesta a la crisis. Estos pueden tener contenidos de movimientos que son descifrados más allá de los conatos empíricos de las conductas. De la misma manera, en cada movimiento concreto están presentes dimensiones del comportamiento colectivo, que pueden conducirse a la definición analítica que apenas he propuesto.

La acción conflictual manifiesta la presencia de un conflicto dentro de los límites del sistema considerado. Si retomamos la distinción de los niveles analíticos de la estructura social, se podría hablar por ejemplo de acción conflictiva reivindicativa y de acción conflictiva política. En el primer caso se trata de conflictos colectivos que atacan los mecanismos de funcionamiento de una organización, la distribución de los recursos a lo largo de una escala de estratificación, la división y coordinación entre los papeles, sin que todavía sean puestas en discusión las normas de la organización misma. En el segundo caso, la competencia entre grupos con intereses opuestos se refiere a la utilización de los procesos decisionales del sistema político, dentro de las reglas del juego.

La presencia de un conflicto no basta como tal para calificar un movimiento social en el sentido analítico y menos aún un movimiento antagónico. Este es el equívoco de la propuesta teórica de Dahrendorf (1963), quien reduce el conflicto de clase a la oposición de grupos, dentro de asociaciones reguladas normativamente, por el control de las posiciones de autoridad. El conflicto en las sociedades avanzadas no contraponen, según Dahrendorf, a clases fundamentadas en el terreno económico, sino a grupos sociales que ocupan posiciones de autoridad y grupos subordinados dentro de las diversas organizaciones. La diferenciación de las organizaciones multiplica los conflictos, pero disminuye su propia intensidad global y hace más fácil su regulación. Esta proposición es correcta a condición de que no se haga, como pretende Dahrendorf, una teoría de las relaciones de clase, sino un análisis de la acción conflictiva dentro de las organizaciones.

Por otro lado, la simple ruptura de las reglas en ausencia de un conflicto define propiamente las conductas desviadas. Falta en ellas el encuentro entre dos actores por un lugar común. El actor está definido por su marginalidad respecto a un sistema de normas y reacciona al control que éstas ejercen, sin identificar a un adversario social ni un lugar de su lucha. Hay que subrayar de nuevo que todas estas definiciones tienen un carácter analítico. Ninguna conducta empírica puede ser reducida completamente a una sola de estas categorías. Por ejemplo, aquella que normalmente viene catalogada por la ideología dominante como desviación es, en realidad, frecuentemente un fenómeno portador de contenidos conflictivos que atacan el orden de las relaciones sociales dominantes.

Los movimientos sociales implican, como hemos dicho, conflicto y ruptura en los límites de un sistema dado. Según el sistema de referencia se pueden distinguir, por ejemplo en movimientos reivindicativos, movimientos políticos, movimientos antagónicos. Un movimiento reivindicativo se sitúa en el ámbito de la organización social y lucha contra el poder que garantiza las normas y los papeles; un movimiento de este tipo tiende a una redistribución de los recursos y a una reestructuración de dichos papeles. La lucha ataca, sin embargo, las reglas mismas de la organización saliendo de los procedimientos institucionalizados.

La acción colectiva tiende frecuentemente a remontarse hacia el sistema político del cual depende la fijación de las reglas y de los procedimientos. Un movimiento político actúa para transformar los canales de la participación política o para desplazar las relaciones de fuerza en los procesos decisionales. Su acción tiende a romper las reglas del juego y los límites institucionalizados del sistema, impulsando la participación más allá de los límites previstos. También en este caso, la acción tiende a desplazarse hacia el nivel superior y ataca las relaciones sociales dominantes.

Un movimiento antagónico es una acción colectiva dirigida contra un adversario social, para la apropiación, el control y la orientación de los medios de la producción social. Un movimiento antagónico no se presenta jamás en estado puro, porque la acción colectiva se sitúa siempre en el espacio y en el tiempo de una sociedad concreta, es decir, de un cierto sistema político y de una forma determinada de organización social. Por consiguiente, los objetos históricos con los causales el análisis tiene que enfrentarse son siempre movimientos reivindicativos o movimientos políticos con la posibilidad de un mayor o menor componente antagónico. El ataque a las relaciones sociales dominantes y a la estructura de dominación, pasa en el primer caso, mediante el ataque contra el poder que detenta una organización. El poder no es sólo la expresión funcional de la lógica organizativa sino que traduce igualmente los intereses de las clases o grupos dominantes. Un movimiento reivindicativo tiene contenido antagónico cuando pone en cuestionamiento el nexo existente entre la neutra funcionalidad de la organización y los intereses de los grupos sociales dominantes. De esta forma, un

movimiento político de contenido antagónico ataca el control hegemónico ejercido sobre el sistema político por parte de las fuerzas que traducen los intereses dominantes. La ruptura de las reglas del juego político no mira a la simple extensión de la participación o a la admisión en el sistema de intereses no representados, sino que representa un ataque directo a la estructura de relaciones sociales dominantes y al modo en que éstas se transcriben en los límites institucionalizados del sistema político.

Los elementos que he indicado en sucesión pueden combinarse de diversa forma en la realidad empírica de las conductas. El trabajo del análisis consiste, propiamente, en la descomposición de la unidad empírica de un movimiento y en el señalamiento de sus componentes analíticos simples. Por lo que respecta en particular a la dimensión antagónica, el problema principal que se presenta en la investigación empírica es identificar los indicadores que permiten hablar de esta dimensión en las conductas observadas. Se trata de un problema metodológico complejo que se va enfrentando a través de una intensificación en la investigación sobre movimientos concretos y sobre las diversas manifestaciones empíricas de la acción colectiva. Me limitaré, en una primera aproximación, a indicar algunos criterios que me parecen esenciales:

- a) La colocación de los actores respecto del modo de producción. ¿Tienen los actores una relación directa con el modo de producción y de apropiación de los recursos?, o bien, ¿éstas están definidas exclusivamente por su pertenencia a un sistema político y organizativo?
- b) Los contenidos y las formas de acción. ¿Existe una imposibilidad de negociación de los objetivos y una incompatibilidad de las formas de acción respecto a los límites del sistema considerado?
- c) La respuesta del adversario. Las clases y grupos dominantes están muy atentos a salvaguardar el orden existente. Si un movimiento ataca las bases de la dominación, la respuesta del adversario se traslada normalmente a un rango superior de aquel en el cual se sitúa la acción. Se tendrá así una respuesta política para un movimiento con contenido antagónico que surge como reivindicativo, (por ejemplo, mediante la represión estatal) y una respuesta directa de las clases dominantes para un movimiento que ha surgido como político (por ejemplo, mediante la crisis económica, el bloqueo de las inversiones, o la vía autoritaria).
- d) La definición que los actores hacen de sí mismos. La referencia a las representaciones y a la ideología no puede ser significativa en sí misma ya que va comparada con los otros indicadores. En particular es necesario analizar el modo en el cual el movimiento define su propia identidad al adversario y el lugar del conflicto. Un movimiento antagónico tiende siempre, en el lenguaje del sistema sociocultural en el cual se sitúa, a definir su propia acción como lucha entre quien produce y quien se apropia de los recursos sociales centrales, por el control y el destino de estos recursos.

Se puede formular la hipótesis de que en el pasaje de un movimiento reivindicativo a un movimiento político, a uno antagónico, las dimensiones del conflicto cambian en la siguiente dirección: a) contenido simbólico creciente; b) divisibilidad y negociabilidad decreciente del puesto en juego; c) reversibilidad decreciente; d) calculabilidad decreciente de los resultados de la acción, y e) tendencia creciente hacia conflictos de suma cero (en la cual las ventajas para uno de los adversarios representa pérdidas netas para el otro). Estas dimensiones pueden ser otros tantos indicadores empíricos de la presencia de conflictos de natura antagónica en la acción de un movimiento.

Conflictos y cambios

Luego de elaborar una definición estructural, podemos interrogarnos acerca de las causas de los movimientos sociales. La lógica explicativa de gran parte de las teorías en boga supone el cambio como un dato, y atribuye la acción colectiva a diversos efectos de éste. Las distintas aproximaciones que he examinado se ubican directamente en el cambio y hacen derivar los movimientos sociales de la verificación de determinadas condiciones ((tensiones, desequilibrios, diferencia expectativa-realizaciones, ascenso o caída de grupos sociales). Se trata, en realidad, de teorías sobre la activación de los factores de la acción colectiva, que no dicen nada acerca de sus causas estructurales. Nos dicen cómo se manifiesta la acción colectiva, no el porqué. El cambio es un presupuesto del cual se derivan ciertos efectos, pero no se explica en sí. En definitiva las causas del cambio son externas respecto al sistema de explicación adoptado. De esta manera, se puede suponer que el cambio tiene orígenes exclusivamente externos al sistema, y esto es difícilmente sostenible al menos para los sistemas complejos, o bien hay causas endógenas y entonces la teoría debe explicar, con las mismas categorías, tanto el cambio como la acción colectiva. En realidad, el equívoco sobre el que se fundan gran parte de las teorías de los movimientos sociales es la falta de distinción entre el análisis estructural del sistema y el análisis del cambio. De la misma forma, muchos acercamientos marxistas al problema sufren estas limitaciones. El vicio historicista de pensar las relaciones sociales exclusivamente en términos de evolución de la sociedad: este proceso se encuentra, en resumidas cuentas, en determinados puntos de las contradicciones (por ejemplo, entre fuerzas productivas y relaciones de producción) depende la explosión de los conflictos. El cambio aparece así como un movimiento natural y no como el fruto de relaciones sociales.

Para salir de esta dificultad es necesario distinguir claramente el análisis de la estructura del análisis de los procesos y luego establecer su relación. La definición de los movimientos sociales, propuesta antes, es de tipo estructural. Las formas antagónicas de acción colectiva son la expresión de un conflicto por la apropiación y la destinación de la producción social dentro de un sistema definido en términos sincrónicos. El cambio nace de la necesidad de controlar este antagonismo. La causa interna, el motor del cambio, es la necesidad que tiene un sistema de mantenerse controlando la oposición estructural que lo atraviesa. También las causas externas pueden influir sobre los procesos de transformación (como por ejemplo el aumento de los cambios, los cambios en el ambiente natural, etc.). Sin embargo, la eficacia de estas causas, jamás es directa. Sus efectos son mediados por las necesidades internas del sistema. El hecho de que un sistema deba mantenerse controlando sus propios antagonismos internos hace que reaccione de cierta manera a los estímulos externos. Para controlar las fracturas que lo atraviesan, un sistema tiene que intervenir continuamente en los diversos niveles de su propia estructura provocando así ciertas modificaciones. Estas pueden crear desequilibrios e incompatibilidad (contradicciones) entre los elementos y los sectores de un sistema. Sobre estas contradicciones se insertan conductas colectivas que aceleran los procesos de transformación y crean posteriores contradicciones. Si el sistema es capaz de reabsorber estos desequilibrios se producen limitadas transformaciones y el proceso concluye con una modernización del sistema político o de la organización, y el orden queda firme. Si por el contrario no existe esta capacidad de reabsorción se puede verificar una transformación de las relaciones sociales dominantes, es decir, el cambio discontinuo a otra estructura analíticamente diversa de la precedente.

Este modelo sintético supone la existencia de relaciones de dominación y hace del conflicto la división estructural de un sistema. He intentado en otro trabajo

(Melucci, 1976:28-29) mostrar que la existencia de este tipo de conflictos no es un presupuesto, pero es explicable a su vez en términos de relaciones sociales. Las oposiciones estructurales se forman a partir de condiciones determinadas de la producción social, cuando se rompe la relación entre producción, apropiación y reconocimiento, cuando se hace difícil la posibilidad de control directo sobre el destino de los recursos producidos. De la necesidad de controlar el conflicto, surgen ciertas contradicciones, es decir, ciertos desequilibrios, ciertas tensiones y ciertas incompatibilidades. La activación de movimientos sociales concretos es siempre el encuentro entre la existencia estructural de un conflicto y las condiciones coyunturales en las que se encuentra un sistema. Los movimientos, a su vez, provocan nuevos cambios, que acentúan o reducen las contradicciones.

La relación entre movimientos y cambio pasa a través de tres momentos lógicamente distintos. Los movimientos, en su definición estructural y sincrónica, preceden al cambio: un sistema cambia porque debe controlar el conflicto que lo atraviesa y se relaciona con la producción y distribución de los recursos sociales. Los movimientos son así, efectos del cambio, en el sentido de que los ajustes del sistema crean desequilibrios y contradicciones que se encuentran en el origen de conductas colectivas de transformación. En fin, estas conductas provocan cambios posteriores, pues respondiendo a su propio empuje, el sistema se moderniza o se transforma.

CAPITULO II

IDENTIDAD Y MOVILIZACIÓN EN LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

La acción colectiva como sistema multipolar

En los análisis tradicionales de los fenómenos colectivos encontramos dos orientaciones principales y recurrentes. Unas veces se hace hincapié en la misma acción colectiva que aparece, de esta forma, como acción sin actor, una suma accidental de acontecimientos individuales. La psicología de masas, siguiendo esta característica, pone el acento en los factores de imitación, irracionalidad, contagio o sugestión. En la sociología del comportamiento colectivo, la acción colectiva se ve representada como la respuesta reactiva a la crisis o desorden del sistema social. Otro punto de vista tradicional busca los fundamentos objetivos del fenómeno observado en la estructura social y deduce la acción del análisis de las condiciones sociales que los actores parecen tener en común. Aquí nos encontramos con un actor sin acción, ya que se prueba que el espacio entre las condiciones objetivas y las conductas colectivas empíricamente observadas siempre es imposible de salvar. El viejo problema de Marx (cómo pasar de la clase en sí a la clase para sí, de las condiciones de clase a la acción de clase) permanece sin resolver, como trasfondo.

Estas orientaciones que forman parte de los tradicionales estudios sobre los fenómenos colectivos que continúan en la actualidad influyendo en este ámbito de estudio, comparten dos enunciados epistemológicos. Primero se trata del fenómeno colectivo –ya sea una reacción de pánico, un movimiento social o un proceso revolucionario- como un dato empírico unitario como ya se ha visto en el capítulo anterior. Esto es, se asume de entrada, la unidad empírica del fenómeno, según es existente. La ocurrencia de ciertos comportamientos individuales concomitantes forma una gestalt unitaria que se transfiere desde lo fenomenológico al nivel conceptual y adquiere consistencia ontológica: la realidad colectiva existe como objeto. Al mismo tiempo, se insinúa el segundo enunciado en el proceso de

cosificación del objeto: la idea de que la dimensión colectiva de la acción social es un hecho incontrovertible, lo dado, que no merece mayor investigación.

Ya hemos visto que, en los años recientes, la reflexión crítica ha empezado a reconocer el carácter cuestionable de estos enunciados. Tanto los cambios en las condiciones históricas como al evolución en el debate teórico han contribuido a este reconocimiento. Los conflictos que dieron lugar a la teoría y análisis de la acción colectiva, están vinculados históricamente con formas de acción en las que juegan un importante papel tanto la crisis del viejo orden (las luchas sociales en sentido estricto), como las luchas por ciudadanía.

La acción de la clase obrera en la fase del capitalismo industrial sirvió como modelo, unas veces temido, otras favorecido, para el estudio de los fenómenos colectivos. Esta acción combinada la resistencia a la decadencia de las formas de producción o protoindustriales (las luchas directamente relacionadas con el desarrollo del sistema empresarial capitalista) con las demandas de acceso al Estado y de expansión de la ciudadanía. El conflicto industrial se encontraba así ligado al problema nacional y a la extensión de los derechos políticos a los grupos sociales excluidos. En este contexto histórico se desarrolla la idea del movimiento social como el agente histórico que marcha hacia un destino de liberación o como la masa sugestionada y bajo el control de unos pocos agitadores.

Hoy nos encontramos al final de este ciclo, no porque se hayan acabado las luchas por la ciudadanía o porque no queden espacios democráticos que conquistar, sino porque los diferentes aspectos de los conflictos sociales se han separado progresivamente. Los conflictos vinculados con las relaciones sociales constituyendo un sistema, por un lado, y las luchas encaminadas a la extensión de la ciudadanía (para la concesión de derechos a grupos excluidos o marginados y para su iniciación en las "reglas del juego"), por otro, tienden a diferenciarse y a involucrar a distintos actores. De nuevo son diferentes las formas de acción mediante las cuales se expresa la resistencia a los procesos de modernización y a su extensión mundial. La diferenciación de campos, actores y formas de acción no permite seguir con la imagen estereotipada de los actores colectivos moviéndose en el escenario histórico como los personajes de un drama épico. Igualmente desacreditada se encuentra la imagen opuesta de una masa amorfa guiada exclusivamente por sus instintos gregarios.

Los cambios en la estructura histórica de referencia vienen acompañados de una nueva conciencia teórica, vinculada a la evolución en el debate mantenido en el seno de las ciencias sociales. La percepción de los fenómenos colectivos como datos empíricos unitarios se revela como fundamento analítico muy frágil e, incluso, inexistente. El progreso en la reflexión e investigación dentro de los ámbitos sociológicos y psicológicos nos lleva a considerar los fenómenos colectivos como resultado de múltiples procesos que favorecen o impiden la formación y el mantenimiento de las estructuras cognoscitivas y los sistemas de relaciones necesarios para la acción. Lo que se da por sentado en muchos análisis de la acción colectiva, esto es, la existencia de un actor relativamente unificado, es, en esta perspectiva, un problema que tiene que ser explicado. El fenómeno colectivo es, de hecho, producto de procesos sociales diferenciados, de orientaciones de acción, de elementos de estructura y motivación que pueden ser combinados de maneras distintas. El problema del análisis se centra, de esta forma, en la explicación de cómo esos elementos se combinan y unen, de cómo se forma y se mantiene un actor "colectivo". Uno de los corolarios más importantes de esta evolución de las orientaciones teóricas es la posibilidad de aumentar la comprensión de los fenómenos colectivos en términos de acción. Los avances en las teorías cognoscitivas y constructivas de la acción humana nos ayudan a considerar los fenómenos colectivos como procesos en los cuales los actores producen

significados, comunican, negocian y toman decisiones. En otras palabras, los actores son capaces de ir más allá de la lógica lineal de estímulo-respuesta. De este modo, la acción colectiva tampoco puede ser explicada mediante puras determinantes estructurales (por ejemplo, en términos de sugestión, imitación o manipulación).

Podemos ahora regresar a los enunciados implícitos comunes en la tradición y examinar sus consecuencias en el análisis de los fenómenos colectivos. Al considerar la acción colectiva como un dato y una unidad empírica, las aproximaciones tradicionales impiden la formulación de las interrogantes cruciales señaladas en el capítulo anterior, que sólo hoy en día se incluyen explícitamente en el debate científico y adquieren gran significación para cualquier teoría de la acción colectiva:

- ¿Mediante qué procesos construyen los actores una acción común?
- ¿Cómo se produce la unidad entre las distintas partes, niveles y orientaciones presentes en un fenómeno empírico de acción colectiva?
- ¿Cuáles son los procesos y relaciones por medio de los cuales los individuos y los grupos se implican en la acción colectiva?

Si volvemos a la tradición buscando respuestas a estas preguntas (necesariamente respuestas implícitas, ya que tales preguntas nunca se formularon como tales), nos encontramos con dos ámbitos recurrentes de explicación; las contradicciones estructurales o las disfunciones del sistema social, por un lado, y las diferencias psicológicas o las motivaciones individuales, por el otro. En cualquier caso, ninguno de estos factores es, en sí mismo, capaz de responder satisfactoriamente a estas preguntas.

En realidad, tanto los factores macroestructurales como las variables individuales implican la existencia de un espacio insalvable entre el nivel de explicación propuesto y los procesos concretos que permiten a cierto número de individuos actuar juntos. La explicación basada en la existencia de condiciones estructurales comunes para los actores da por sentada su capacidad para percibir, evaluar y decidir lo que tienen en común; en otras palabras, ignora los procesos que permiten (o impiden) a los actores definir la situación como susceptible de una acción común. Por otro lado, las diferencias individuales y las motivaciones no explican satisfactoriamente la cuestión de cómo ciertos individuos llegan a reconocerse y a formar parte de un "nosotros" más o menos integrado.

Como ya establecimos en el capítulo anterior, esta situación de callejón sin salida sólo se resuelve con una llamada al enunciado de la acción colectiva como dato y como unidad. Sin embargo, es necesario cuestionar el dato para averiguar cómo se produce y disecciona la unidad empírica para descubrir la pluralidad de elementos analíticos (de orientaciones, significaciones y relaciones) que contenga en el mismo fenómeno.

Una equivocación epistemológica: El caso de los nuevos movimientos sociales

Un buen ejemplo de las ambigüedades a las que está sujeto el análisis de los fenómenos colectivos en la ausencia de una clarificación de los problemas conceptuales, a los que me he referido, lo constituye el debate sobre los nuevos movimientos sociales. A partir de la década de los sesenta hasta nuestros días, sabemos que se han desarrollado formas de acción colectiva en áreas que, previamente, quedaban fuera de los conflictos sociales; hay emergido nuevos

actores con modelos organizativos y repertorios de acción distintos de los anteriores movimientos sociales.

La importancia sociológica de estos fenómenos colectivos inspiró, especialmente desde la segunda mitad de la década de los setenta, un número considerable de estudios, teóricos y empíricos, relativos a la mayor parte de los países occidentales. El debate sobre la "novedad" de los nuevos movimientos sociales constituye una reveladora estructura de referencia porque expone las ambigüedades epistemológicas y las importantes consecuencias que tienen en la comprensión sustancial de un fenómeno que juega un importante papel en los sistemas sociales contemporáneos. Se observa la progresiva ontologización de esta expresión que, en el curso del debate, llegó a caracterizarse como un verdadero "paradigma", ya sea en términos de la investigación empírica o como uno de los polos de comparación entre los enfoques europeos y estadounidenses. Si el análisis es incapaz de ir más allá de esta definición convencional y no puede determinar las características específicas y distintivas del "nuevo" fenómeno, el acento en la "novedad" acaba siendo la envoltura de una subyacente debilidad conceptual. Si no se percibe la naturaleza transitoria y relativa del concepto "nuevo movimiento social", tanto críticos como defensores corren el riesgo de verse atrapados en un debate interminable.

La crítica al "paradigma de los nuevos movimientos sociales" se basa en el hecho de que muchas características de las formas de acción contemporáneas aparecían también en anteriores períodos históricos. En su versión más radical, esta crítica, sin embargo, está basada en un historicismo ingenuo que asume la continuidad sustancial del flujo histórico, por lo tanto, es incapaz de percibir las diferentes localizaciones sistémicas –esto es, la diferente significación- de los sucesos y conductas que, en el plano de los hechos, pueden aparentar innegables analogías y semejanzas. La versión más suave de esta crítica (algunos aspectos del fenómeno actual ya se encontraban presentes en movimientos pasados) está empíricamente justificada, pero en mi opinión, esta justificación no la hace más válida. Los que critican la "novedad" comparten con los defensores de los "nuevos movimientos" la misma limitación epistemológica: ambos se refieren a la acción colectiva contemporánea en su unidad empírica y no consideran que el fenómeno empírico combina diferentes orientaciones y significados. A menos que se distingan e identifiquen tales componentes, es imposible comparar diferentes formas de acción. Se puede acabar considerando los movimientos como "personajes" que se mueven en el escenario histórico y que afirman algún tipo de esencia.

Sobrepasando las intenciones de los participantes en el debate el resultado favorable es, desde mi punto de vista, que la discusión abre una vía para el reconocimiento de la pluralidad de significados y de formas de acción presentes en los fenómenos colectivos concretos. Traspasando la consideración "ingenua" de un objeto empírico global, podemos quizás reconocer que los movimientos contemporáneos, como otros fenómenos colectivos, combinan formas de acción que: a) conciernen a diferentes niveles o sistemas de la estructura social; b) implican diferentes orientaciones, y c) pertenecen a diferentes fases de desarrollo de un sistema o a diferentes sistemas históricos.

De este modo, el problema radica en si hay niveles o dimensiones de las "nuevas" formas de acción que pertenecen a un contexto sistémico cualitativamente diferente al de la sociedad moderna (capitalista y/o industrial). Los críticos del "paradigma de los nuevos movimientos sociales" dejan de lado esta cuestión con demasiada rapidez. El reduccionismo político –que ya mencioné en el capítulo anterior y que retomaré brevemente- es el resultado previsible de tal crítica. Si los movimientos contemporáneos no son "nuevos", el principal fundamento para la comparación con formas previas de acción se encontrará en su impacto en el

sistema político. Serán relevantes para el analista sólo en tanto actúen como actores políticos. El reduccionismo político elimina de este modo el problema relacionado con el cambio sistémico en las sociedades contemporáneas, sin ofrecer una respuesta (Melucci, 1984a, 1984b y 1985).

A menudo los observadores describen la acción de los movimientos contemporáneos genéricamente como "protesta", aplicando de esta forma la simplificación empírica, que he criticado, a gran variedad de formas de acción. El análisis, sin embargo, está reducido al nivel político. En este punto de vista no diferenciado, el concepto de protesta es el típico ejemplo de lo que he llamado reduccionismo político. Tal reduccionismo puede tener un aspecto negativo, pero puede también representar una elección metodológica consciente. Si el concepto de protesta se limita explícitamente al nivel político, es decir, a las formas de acción colectiva que implican un enfrentamiento directo con la autoridad, entonces, necesariamente, otros niveles de la acción colectiva no son incluidos en este concepto. Sin embargo, si el reduccionismo es aplicado implícitamente, tiende a eliminar o negar todas las dimensiones de la acción colectiva que no son reducibles a lo político (se dejan de lado por ser consideradas como no interesantes, no mensurables, expresivas, folklóricas, etcétera).

El reduccionismo político también afecta los niveles de observación considerados significativos por los investigadores. Por ejemplo, la investigación cuantitativa sobre acción colectiva (Tilly, 1975, 1978; Tarrow, 1988) utiliza sucesos como unidades de análisis. Esta elección metodológica resulta una estrategia de investigación muy efectiva y contribuye sensiblemente a la renovación de este campo ofreciendo gran evidencia empírica al estudio de la acción colectiva y de los movimientos sociales. Este enfoque privilegia el concepto objetivo de acción como comportamiento, incluso cuando lo que se observa es, de hecho, el producto de relaciones y orientaciones que constituyen la estructura subyacente de la acción. Los sucesos son el resultado "objetivizado" (especialmente cuando las fuentes son informes de prensa y grabaciones públicas) de una fábrica de relaciones y significados, de un proceso interactivo que es la base de la acción visible.

Una visión constructivista no puede limitarse a considerar la acción como un suceso. Los estudios cuantitativos basados en sucesos están relacionados con el efecto final de la acción no con la forma en que la acción se produce. Tal enfoque ofrece importante información, pero se requiere que el investigador sea plenamente consciente de las limitaciones de su punto de vista: se concentra en la acción colectiva como un "hecho" y no como un proceso; por esta razón, tiende necesariamente a privilegiar la escena pública y el enfrentamiento con las autoridades políticas (el área en el cual las relaciones sociales están ya cristalizadas como un sistema de orden). Además, excluye de su campo de análisis la red de relaciones que constituye la realidad sumergida del movimiento antes, durante y después de los sucesos.

Este punto de vista puede representar una delimitación consciente y legítima del campo, una elección selectiva de un rango específico de análisis. Puede llegar a ser una forma "negativa" de reduccionismo en la medida en que se niega el proceso de "producción" de la acción colectiva. Cuando niega estos procesos, ignora algunas dimensiones muy significativas de los "nuevos movimientos": las que se relacionan con la creación de modelos culturales y los retos simbólicos. Estas dimensiones no pueden percibirse en el ámbito político y para ser detectadas necesitan un enfoque metodológico diferente.

De esta forma, el debate sobre los "nuevos movimientos" confirma la necesidad de centrar la especulación epistemológica y metodológica en las interrogantes que he formulado. La posibilidad de determinar específicamente lo que es "nuevo" en los

movimientos contemporáneos depende, en gran medida, de la capacidad del análisis para traspasar la globalidad del fenómeno observado y para explicar cómo se produce una realidad colectiva mediante la convergencia e integración de los distintos elementos que la componen.

Asumir un compromiso: expectativas, identidad y acción

Ni los modelos macroestructurales, ni los basados en las motivaciones individuales tienen capacidad para explicar las formas concretas de acción colectiva o la implicación de los individuos y de los grupos en tales acciones. Entre el análisis de los determinantes estructurales y el de las preferencias individuales falta el análisis del nivel intermedio relacionado con los procesos mediante los cuales los individuos evalúan y reconocen lo que tienen en común y deciden actuar conjuntamente.

En los años recientes, el trabajo crítico se concentra en este nivel intermedio, en un esfuerzo por hacer comparables los enfoques europeos y estadounidenses. La primera distinción que resulta útil para la delimitación de este nivel identifica el potencial de movilización, las redes de reclutamiento y la motivación para la participación (Klandermans, 1986).

El concepto de potencial de movilización se refiere normalmente al sector de la población que, a causa de su situación, mantiene actitudes favorables hacia cierto movimiento o hacia ciertos temas. Según el sentido en el que se utiliza aquí el término, sin embargo, el potencial de movilización no puede considerarse como una actitud subjetiva basada en las precondiciones objetivas: en tal caso, nos enfrentaríamos al problema insalvable de la relación entre condición de clase y conciencia de clase que ya he mencionado. Si se parte de un enunciado udalista, se debe recurrir a *deus ex machina* (los intelectuales, el partido, la organización) para poner en relación las precondiciones objetivas y las actitudes subjetivas y para transformar las segundas en acción. Si la unidad no existe como concepto desde el principio del proceso, no puede encontrarse en el final. Por lo tanto, el potencial de movilización debe concebirse desde el principio como la percepción interactiva y negociada de las oportunidades y las restricciones de acción comunes a cierto número de individuos.

Las redes de reclutamiento juegan un papel fundamental en el proceso de implicación individual. Ningún proceso de movilización comienza en el vacío y, contrariamente a lo que se formula desde la teoría de la sociedad de masas (Kornhauser, 1959), quienes se movilizan nunca son individuos aislados y desarraigados. Las redes de relaciones ya presentes en la fábrica social facilitan los procesos de implicación y reducen los costos de la inversión individual en la acción colectiva.

El ya clásico argumento de Olson sobre el *free rider* es un término de comparación útil en este contexto. Como es sabido, Olson mantiene que el interés por obtener un bien colectivo es insuficiente para inducir a los individuos a pagar los costos de su logro (ya que el individuo disfrutará igualmente de los frutos de la acción llevada a cabo por los otros). Este argumento representa un *per se* crítico innegable frente al ingenuo presupuesto de que la acción colectiva se deriva de los intereses "objetivos" comunes de varios individuos. Sin embargo, esta importante contribución no va más allá de su función crítica.

En el debate sobre el argumento de Olson se han formulado numerosas objeciones. Fireman y Gamson (1979), por ejemplo, señalaron que los individuos participan en la acción para obtener un beneficio colectivo porque son conscientes de que el beneficio no se conseguirá si cada uno espera que los demás actúen. Otros autores dirigen su atención al papel jugado por la percepción individual de las

oportunidades de éxito de la acción, lo que está frecuentemente relacionado con el número de participantes y con la importancia de la propia contribución (Oberschall, 1980 y Oliver, 1984). Se ha señalado también que la existencia de una identidad colectiva es la condición para el cálculo de los costos y beneficios de la acción (Pizzorno, 1983a). Como conclusión podemos afirmar que las redes constituyen un nivel intermedio fundamental para la comprensión de los procesos de compromiso individual. Los individuos interactúan, se influyen recíprocamente, negocian en el marco de estas redes y producen las estructuras de referencia cognoscitivas y motivacionales necesarias para la acción.

De este modo, la motivación para la participación no puede considerarse exclusivamente como una variable individual, aun cuando opera en el nivel del individuo. La motivación está ciertamente enraizada en las diferencias psicológicas individuales y en los rasgos de la personalidad, pero se construye y consolida en interacción. Una influencia determinante en la motivación es ejercida por la estructura de incentivos, cuyo valor se origina en el nivel de las redes de relaciones entre los individuos. La efectividad de los incentivos sobre la motivación individual proviene del reconocimiento de su valor; pero los criterios de evaluación son siempre interactivos y se establecen mediante el intercambio activo en el seno de las redes a las que pertenecen los individuos.

A la luz de estas consideraciones está clara la debilidad de los modelos de la tradición política occidental que explican el compromiso y la participación de los individuos. Simplificando, me referiré a ellos como "leninistas" y "luxemburguianos". Al primer modelo pertenecen, paradójicamente, el propio leninismo, la psicología de masas y la teoría de la sociedad de masas; el presupuesto común es que el compromiso es el resultado del trabajo de una minoría que arrastra a una masa indiferenciada de individuos en la dirección de sus intereses reales (en la versión leninista) o en la dirección de los propósitos de los agitadores por medio de la sugestión y la manipulación (en el caso de la psicología de masas). El modelo "luxemburguiano", contrariamente al "leninista", atribuye al individuo la capacidad espontánea para movilizarse colectivamente ante situaciones de descontento, injusticia o privación. Lo que ambos modelos dejan de lado es que los individuos interactúan, se influyen recíprocamente, y negocian, para definirse como actor colectivo y para delimitar el ámbito de su acción.

Observemos más de cerca cómo tiene lugar el proceso. Los individuos construyen sus orientaciones y hacen elecciones y adoptan decisiones en el ambiente que perciben. En este contexto, el concepto de expectativa es fundamental para analizar la conexión entre un actor y su ambiente. La expectativa es una construcción de la realidad social que permite al actor relacionarse con el mundo externo. Pero ¿sobre qué base se construyen las expectativas y cómo pueden ser comparadas con la realidad?

Sostengo que sólo si un actor puede percibir su consistencia y su continuidad tendrá capacidad para construir su propio guión de la realidad social y para comparar expectativas y realizaciones. De este modo, cualquier teoría de la acción que introduzca el concepto de expectativa implica una subyacente teoría de la identidad. Esta dimensión, sin embargo, raramente se elabora de manera explícita. Un rápido repaso de los modelos que, en el ámbito de la acción colectiva, implican una teoría de expectativas, revela la debilidad de sus fundamentos y al enunciado implícito de una teoría de la identidad. Los modelos más comunes pueden ser reducidos a las siguientes descripciones ya tomadas en cuenta en el capítulo anterior, las cuales conviene recordar aquí:

1) Auge y decadencia (rise and drop): los ciclos de agitación y protesta colectiva ocurren cuando un periodo de aumento en los grados de bienestar es seguido por una brusca caída en la capacidad del sistema para satisfacer las necesidades de su población.

2) Expectativas crecientes (rising expectations): después de un período de crecimiento ininterrumpido, durante el cual se produce una multiplicación de las expectativas comunes, aparece inevitablemente un desajuste entre la curva de expectativas y la de satisfacción real de necesidades. Este desajuste es la causa de la agitación social.

3) Privación relativa (relative deprivation): un actor compara su posición y las recompensas adquiridas desde esa posición con las de un grupo de referencia considerado similar en la escala de estratificación. Esta comparación da lugar a la aparición de malestar y motivaciones.

4) Movilidad descendente (downward mobility): cuando un actor está perdiendo su posición en la escala social y se compara con su posición anterior y con la posición relativa de otros grupos de referencia tiene lugar una forma particular de privación relativa.

5) Inconsistencia de posición (status inconsistency): un actor social percibe las diferencias entre los distintos elementos de su posición (ingresos, prestigio y poder) y se moviliza para eliminar las discrepancias.

Todos estos modelos implican una teoría de expectativas (basada en la experiencia previa o en la comparación con los grupos de referencia) y formulan la existencia de un desajuste entre expectativas y realizaciones como base para la acción. Como tales, son una ampliación del paradigma frustración/agresión: una diferencia percibida entre las graficaciones esperadas y las realizaciones (frustración) produce una respuesta agresiva (en términos colectivos, protesta, violencia, etcétera).

La simplificación excesiva de este modelo ya ha sido criticada por los autores de la teoría de la movilización de recursos. La crítica explícita se refiere a la teoría de la privación relativa, pero se aplica implícitamente también a los otros casos. Los autores de la teoría de movilización de recursos señalan que el descontento está siempre presente en un sistema y que, como tal, es insuficiente para justificar los procesos de movilización. Estos autores resaltan la importancia de los "recursos discrecionales" disponibles y de la "estructura de oportunidades" que hace posible la acción. La crítica revela lo inapropiado de la ecuación descontento (frustración) = movilización (agregación) y subraya la importancia de ciertas condiciones presentes en el ambiente. Sin embargo, esta crítica ni se enfrenta a la debilidad fundamental del modelo ni formula una alternativa propia.

En realidad, el paradigma frustración/agresión y, en general, todas las teorías basadas en expectativas, asumen la capacidad del actor para: a) mantener la unidad y la consistencia que le permiten comparar expectativas y recompensas en diferentes tiempos; b) relacionar su situación de privación con un agente identificable del ambiente, contra el que dirige la movilización o la protesta, y c) reconocer los beneficios esperados no sólo como deseables, sino como debidos.

En ausencia de estas condiciones (y, por lo tanto, si no se admite que el actor intervenga en un proceso de construcción de una identidad) es difícil afirmar que la simple privación de una gratificación esperada producirá una respuesta del tipo de la "voz", en otras palabras, una respuesta con connotaciones conflictivas. De hecho, son posibles muchas otras respuestas en términos de "salida", sublimación, huida simbólica, búsqueda de una vía de escape, etcétera.

La crítica realizada por los autores de la movilización de recursos indica que las expectativas se construyen sobre la evaluación de las posibilidades y restricciones del ambiente. De este modo, la teoría de la movilización de recursos revela la importancia de un nivel intermedio completamente ignorado por los modelos que asumen una relación directa entre descontento y movilización. Sin embargo, en lo que concierne a la identidad, la movilización de recursos tiene las mismas limitaciones que las teorías que critica. De hecho, conceptos tales como "recursos discrecionales" y "estructura de oportunidades" no se refieren a realidades "objetivas", sino a la capacidad del actor para percibir, evaluar y determinar las posibilidades y límites de su ambiente. La teoría de la movilización de recursos formula, por lo tanto, cierto proceso de construcción de una identidad por parte del actor, aunque no examina este grado de análisis. Esta teoría y los modelos basados en expectativas, presupone una teoría de la identidad que dé fundamento a sus enunciados. Las expectativas se construyen y comparan con una realidad (con la realización, pero también con la estructura de oportunidad) sólo sobre la base de una definición negociada de la constitución interna del actor y del ámbito de su acción. Que un actor elabore expectativas y evalúe las posibilidades y límites de su acción implica una capacidad para definirse a sí mismo y a su ambiente. A este proceso de "construcción" de un sistema de acción lo llama identidad colectiva.

Esta es una definición interactiva y compartida, producida por varios individuos y que concierne a las orientaciones de acción y al ámbito de oportunidades y restricciones en el que tiene lugar la acción: por "interactiva y compartida" entiendo una definición que debe concebirse como un proceso, porque se construye y negocia mediante la activación repetida de las relaciones que unen a los individuos.

El proceso de construcción, adaptación y mantenimiento de una identidad colectiva refleja siempre dos aspectos: la complejidad interna del actor (la pluralidad de orientaciones que le caracterizan) y las relaciones del actor con el ambiente (otros actores, las oportunidades y restricciones). La identidad colectiva proporciona la base para la definición de expectativas y para el cálculo de los costos de la acción. La construcción de una identidad colectiva se refiere a una inversión continua y ocurre como proceso. Conforme se aproxima a formas más institucionalizadas de acción social, la identidad puede cristalizar en formas organizaciones, sistemas de reglas y relaciones de liderazgo. En las formas menos institucionalizadas de acción, su caracterización es la de un proceso que debe ser activado continuamente para hacer posible la acción.

La identidad colectiva como proceso enlaza tres dimensiones fundamentales que distingo analíticamente, aunque en la realidad se entretajan: 1) Formulación de las estructuras cognoscitivas relativas a los fines, medios y ámbito de la acción; 2) activación de las relaciones entre los actores, quienes interactúan, se comunican, negocian y adoptan decisiones, y 3) realización de inversiones emocionales que permiten a los individuos reconocerse.

La identidad colectiva es, por lo tanto, un proceso mediante el cual los actores producen las estructuras cognoscitivas comunes que les permiten valorar el ambiente y calcular los costos y beneficios de la acción; las definiciones que formulan son, por un lado, el resultado de las interacciones negociadas y de las relaciones de influencia y, por el otro, el fruto del reconocimiento emocional. En este sentido, la acción colectiva nunca se base exclusivamente en el cálculo de costos y beneficios, y una identidad colectiva nunca es enteramente negociable. Algunos elementos de la participación en acción colectiva están dotados de significado, pero no pueden ser reducidos a la racionalidad instrumental (ni son irracionales, ni están basados en una lógica de cálculo).

La identidad colectiva así definida propone la exploración de una dimensión analítica clave en el caso del análisis sociológico de los fenómenos colectivos. La estabilidad o variabilidad, la concentración o difusión, la integración o fragmentación de tal dimensión variará considerablemente, dependiendo de grado de estructuración del fenómeno colectivo (según una escala ideal continua que se moviese desde la pura agregación a la organización formal).

La propensión de un individuo a implicarse en la acción colectiva está así ligada a la capacidad diferencial para definir una identidad, esto es, al acceso diferencial a los recursos que le permiten participar en el proceso de construcción de una identidad. Estas diferencias también influyen en la calidad de las expectativas representadas por los individuos o los subgrupos que participan en los fenómenos colectivos. El grado de exposición de un individuo a ciertos recursos (cognoscitivos y relacionales) influye en su posibilidad o no, de entrada en el proceso interactivo de construcción de una identidad colectiva. De este grado de exposición dependen las oportunidades individuales de participación en la negociación de esa identidad y, en particular: a) la intensidad y calidad de la participación de un individuo y b) el punto de inicio y la duración de su compromiso. Los factores circunstanciales pueden influir en la estructura de oportunidades y en sus variaciones, pero la forma en que estas oportunidades son percibidas y usadas depende del acceso diferencial de los individuos a los recursos de identidad.

Los estudios de militancia y participación muestran que los militantes y activistas de los movimientos son siempre reclutados entre los que están altamente integrados en la estructura social, juegan un papel central en las redes a las que pertenecen y tienen a su disposición recursos cognoscitivos y relacionales sustanciales. Estos estudios también clarifican las diferencias entre los militantes y los individuos pertenecientes a grupos sociales marginales, privados o decadentes. El segundo grupo se implica en momentos avanzados, durante cortos períodos y en los grados de participación que tienen costos más bajos.

Para los grupos "centrales" o los individuos "marginales", la probabilidad del compromiso está relacionada, por un lado, con su grado de "centralidad" y de exposición a la información y conocimiento esenciales en el sistema "moderno" y, por otro lado, con el impacto de los requisitos coyunturales y contradictorios a los que están sometidos. Para los marginales o los grupos desfavorecidos, por el contrario, el grado de exclusión y el ritmo de los procesos de crisis se constituyen como las dimensiones diferenciales.

También es importante considerar en qué nivel de la acción se implican los diferentes individuos. Los pertenecientes al primer grupo tienden a implicarse en las primeras fases de la movilización porque pueden contar con sus recursos de identidad. Los individuos pertenecientes al segundo grupo aprovecharán la ola existente de movilización como canal para su reacción y tienden a abandonarla antes.

Incluso en los ámbitos estructurados de la acción colectiva, los actores "organizan", negocian su comportamiento, producen significados y establecen relaciones. La implicación o el compromiso individual necesitan, por lo tanto, explicaciones que atiendan de maneras distintas la capacidad de los actores para su acción colectiva.

Los procesos que caracterizan la construcción de una identidad colectiva varían considerablemente, tanto en la intensidad como en la complejidad de las dimensiones involucradas, de acuerdo con el tipo de fenómeno colectivo en cuestión. Los investigadores, cuando se enfrentan a las dimensiones "colectivas" de la acción social, no pueden seguir evitando preguntarse sobre las inversiones

emocionales y cognoscitivas de los actores en esta construcción interactiva y comunicativa.

CAPITULO III

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

Una acción diferente

La esfera de acción de los movimientos contemporáneos

Actualmente podemos observar la formación de una esfera de conflictos que pertenecen específicamente a las sociedades capitalistas posindustriales, complejas o avanzadas. ¿Cómo llamar a nuestras sociedades? Este es un síntoma interesante del impasse actual del cual hablaré más adelante.

El desarrollo capitalista no puede seguir asegurándose por medio de simples controles de la fuerza de trabajo y por la transformación de los recursos naturales para el mercado. Se requiere de una intervención creciente en las relaciones sociales, en los sistemas simbólicos, en la identidad individual y en las necesidades. Las sociedades complejas no tienen ya una base "económica", se producen por una integración creciente de las estructuras económicas, políticas y culturales. Los bienes "materiales" se producen y consumen por la mediación de los gigantescos sistemas de información y simbólicos.

Los conflictos sociales se salen del tradicional sistema económico-industrial hacia las áreas culturales: afectan la identidad personal, el tiempo y el espacio en la vida cotidiana; la motivación y los patrones culturales de la acción individual. Los conflictos revelan un cambio mayor en la estructura de los sistemas complejos y nuevas contradicciones afectan su lógica fundamental. Por un lado, los sistemas altamente diferenciados producen cada vez más recursos y los distribuyen para la individualización, para la autorrealización, para una construcción autónoma de las identidades personales y colectivas. Y esto es porque los sistemas complejos son de información y no pueden sobrevivir sin asumir cierta capacidad autónoma en los elementos individuales, que tienen que ser capaces de producir y recibir información. En consecuencia, el sistema debe perfeccionar la autonomía de los individuos y los grupos y su capacidad para volverse terminales efectivas de redes informativas complejas.

Por otro lado, estos sistemas necesitan cada vez más de la integración. Tienen que extender su control sobre los mismos recursos fundamentales que permiten su funcionamiento, si quieren sobrevivir. El poder debe afectar la vida cotidiana, la motivación profunda de la acción individual debe ser manipulada, el proceso por el cual las personas dan significado a las cosas y a sus acciones debe estar bajo control. Se puede hablar de "poder microfísico" (Foucault, 1977) o de un cambio en la acción social, de una nueva naturaleza externa hacia una "interna" (Habermas, 1976).

Los conflictos, desde los años sesenta, revelan estas nuevas contradicciones e implican una intensa redefinición de la situación de los movimientos sociales y de

sus formas de acción. Involucran a grupos sociales más directamente afectados por los procesos esbozados anteriormente. Surgen en aquellas áreas del sistema asociadas con las inversiones informacionales y simbólicas más intensivas y expuestas a las mayores presiones por la conformidad. Los actores en estos conflictos no son más distintos para la clase social, como grupos estables definidos por una condición social y una cultura específica (como la clase trabajadora lo era durante la industrialización capitalista).

Los actores en los conflictos son cada vez más temporales y su función es revelar los problemas, anunciar a la sociedad que existe un problema fundamental en un área dada. Tienen una creciente función simbólica, tal vez podría incluso hablarse de una función profética. Son una especie de nuevos medios de comunicación social (Marx y Holzner, 1977 y Sazón, 1984). No luchan meramente por bienes materiales o para aumentar su participación en el sistema. Luchan por proyectos simbólicos y culturales, por un significado y una orientación diferentes de acción social. Tratan de cambiar la vida de las persona, creen que la gente puede cambiar nuestra vida cotidiana cuando luchamos por cambios más generales en la sociedad.

La teoría de la movilización de recursos es incapaz de explicar el significado de estas formas contemporáneas de acción dado que entiende un movimiento sólo con cierto actor empírico. La esfera de acción de los conflictos sociales emergentes se crea por el sistema y sus exigencias contradictorias. La activación de resultados específicos depende más de factores históricos y coyunturales. Los conflictos empíricos específicos son desarrollados por diferentes grupos que convergen en la esfera de acción proporcionada por el sistema. La esfera de acción y los proyectos de los conflictos antagónicos deben, por lo tanto, definirse en el ámbito sincrónico del sistema. Los actores, por el contrario, pueden definirse sólo tomando en cuenta factores diacrónicos y coyunturales, particularmente en el funcionamiento del sistema político. La teoría de la movilización de recursos puede ayudar al entendimiento de cómo diferentes elementos convergen para activar acciones colectivas específicas, pero no puede explicar por qué la acción surge y hacia dónde va.

Dos conjuntos de interrogantes parecen, por lo tanto, ser relevante:

a) ¿Cómo administran sus recursos los actores colectivos a fin de mantener y desarrollar la acción?. ¿cómo interactúan con su ambiente, particularmente con los sistemas políticos?

b) ¿Cuál es la situación sistémica y la orientación de un movimiento?

Con mucha frecuencia los análisis de los movimientos contemporáneos, principalmente aquellos en términos de movilización de recursos, responden a la primera pregunta pero hacen afirmaciones implícitas sobre la segunda. Ellos evitan el nivel macro (que es el dominio típico de los teóricos europeos) pero de hecho tienden a reducir toda acción colectiva al ámbito político. Por esta razón omiten la novedad y el contenido específico de los movimientos sociales emergentes.

El enfoque de la movilización de recursos evita el grado macro (que es el principal interés de teorías como las de Tourraine o Habermas), y de hecho tiende a reducir toda acción colectiva a su dimensión política. Pero de este modo ignora la orientación cultural de los conflictos sociales emergentes. En otro lugar me he referido a la "sobrecarga política" de numerosos análisis de los movimientos sociales (Melucci, 1984). En ocasiones implícitamente, muy a menudo explícitamente, la relación entre los movimientos y el sistema político se convierte en el centro de atención y debate. Sin duda, este punto de vista es legítimo, siempre y cuando no impida la consideración de otras dimensiones. Los conflictos

sociales contemporáneos no son sólo políticos, pues afectan la producción cultural del sistema. La acción colectiva no se lleva a cabo simplemente para intercambiar bienes en el mercado político o para incrementar la participación en el sistema: también altera la lógica dominante en la producción y apropiación de recursos.

Los actores

La evidencia empírica comparativa contenida en las investigaciones sobre "nuevos" movimientos contemporáneos, confirma la naturaleza plural de los actores implicados. Sólo como un ejemplo me voy a referir a los diversos movimientos surgidos en los años ochenta. Dichos movimientos representan un modelo de una nueva generación de acción colectiva, el cual también puede ser usado como punto de referencia en el análisis de las movilizaciones siguientes. Su base social está localizada en tres sectores de la estructura social: 1) La "nueva clase media" o "clase de capital humano", es decir, quienes trabajan en sectores tecnológicos avanzados basados en la información, las profesiones de servicios humanos y/o el sector público (en especial, educación y asistencia), y quienes mantienen altos grados educativos y disfrutan de una relativa seguridad económica; 2) quienes ocupan una posición marginal respecto al mercado de trabajo (por ejemplo, estudiantes, juventud desempleada o "periférica", personas jubiladas, amas de casa de clase media), y 3) elementos independientes de la "vieja clase media" (artesanos y granjeros, especialmente en las movilizaciones regionales y ambientales). El peso relativo de cada categoría es distinto, pero el grupo central de activistas y seguidores se encuentra en el primer grupo (Offe, 1985).

Cada uno de estos tres grupos mantiene diferentes posiciones estructurales y participa por distintas razones. La "nueva clase media", se compone, al menos de dos grupos distintos: nuevas élites que están emergiendo y desafían a las ya establecidas, y los profesionales de servicios sociales y educativos de "capital humano", que experimentan tanto el excedente de potencialidades ofrecido por el sistema como sus restricciones. La investigación empírica ha mostrado que estas personas están integradas en actividades e instituciones sociales, han participado en formas políticas y redes sociales, tradicionales, son relativamente jóvenes y tienen niveles altos de educación. Todas estas características nos hablan de la posición central de estos individuos, su adhesión a los valores más modernos y su relación con las estructuras centrales de la sociedad. Su capacidad para la construcción de una identidad está arraigada en el conjunto de recursos disponibles, que pueden percibir porque están expuestos al conocimiento y la información disponibles en la sociedad. El giro desde una posición de conflicto al papel de "contra-élite" es fácil para este grupo de individuos, ya que los procesos de institucionalización ocurren frecuente y rápidamente. Por ejemplo, los grupos de medio ambiente con altas habilidades profesionales pueden convertirse fácilmente en consultoras que trabajan en problemas de medio ambiente.

El grupo "periférico" está también compuesto por una variedad de actores. Algunos son "marginales prósperos", por ejemplo, estudiantes o mujeres de clase media que experimentan el desajuste mencionado entre el excedente de posibilidades ofrecido por el sistema y las restricciones reales de su condición social. Otros son marginales en sentido estricto (viejos o desempleados); su acción debe explicarse en distintos términos, es decir, estos grupos responderán a las condiciones de crisis sólo cuando se dispone de un contexto de movilización ya existente.

Los grupos de la "vieja clase media" reaccionan ante movimientos sociales que amenazan su posición social previa. Aquí domina la orientación populista o reaccionaria.

Estos tres grupos mantienen distintas capacidades para la construcción y negociación de una identidad colectiva en el tiempo; desarrollan, por lo tanto, diferentes expectativas y diferentes formas de movilización.

El patrón organizacional

¿Podemos hablar de "movimientos" cuando nos referimos a los fenómenos sociales recientes? Yo preferiría hablar de redes de movimiento o de áreas de movimiento, esto es, una red de grupos compartiendo una cultura de movimiento y una identidad colectiva (Reynaud, 1982). Este concepto no se aparta mucho del de industria de movimiento social de Zald (McCarthy y Zald, 1977) –como el conjunto de organizaciones orientado hacia la misma especie de cambio social- y de su más reciente sector de movimiento social (Garner y Zald, 1981) que incluye todo tipo de acciones orientadas hacia los objetivos de los movimientos. Mi definición incluye no sólo las organizaciones "formales", sino también la red de relaciones "informales" que conectan individuos y grupos clave a un área más extensa de participantes y "usuarios" de servicios y bienes culturales producidos por el movimiento.

El carácter inadecuado del concepto de movimiento social es un síntoma de un problema epistemológico más general. El concepto de movimiento pertenece al mismo marco conceptual y semántico en el que otras nociones, tales como progreso o revolución, fueron establecidas. En un mundo donde el cambio significa crisis de gestión y de mantenimiento del equilibrio sistémico, donde el lema "no hay fruto" significa el reconocimiento de que el sistema es al mismo tiempo planetario y dramáticamente vulnerable, en ese mundo el paradigma historicista desaparece gradualmente y revela la necesidad de nuevos marcos conceptuales.

En el campo de la acción colectiva la falta de conceptos más adecuados hace difícil librarse de una noción como la de "movimiento social", pero estoy consciente de que el concepto de "red de movimiento" es un reajuste provisional para cubrir la ausencia de definiciones más satisfactorias y, tal vez, para facilitar la transición a otro paradigma.

El surgimiento de estos conceptos indica que los movimientos sociales están cambiando sus formas organizacionales, que están volviéndose completamente diferentes de las organizaciones políticas tradicionales. Además de eso, están adquiriendo autonomía creciente en relación con los sistemas políticos; se creó un espacio propio para la acción colectiva en las sociedades complejas como un subsistema específico. Esto se vuelve un punto de convergencia de formas de comportamiento diferentes que el sistema no puede integrar (incluyendo no sólo orientaciones conflictivas, sino también comportamiento desviante, innovación cultural, etcétera).

Hoy la situación normal del "movimiento" es ser una red de pequeños grupos inmersos en la vida cotidiana que exige que las personas se involucren en la experimentación y en la práctica de la innovación cultural. Estos movimientos surgen sólo para fines específicos como, por ejemplo, las grandes movilizaciones por la paz, por el aborto, contra la política nuclear, contra la pobreza, etc. La red inmersa, aunque compuesta de pequeños grupos separados, es un sistema de trueque (personas e informaciones circulando a lo largo de la red, algunas agencias como radios libres locales, librerías, revistas que proporcionan determinado unidad).

Estas redes (Gerlach y Hine, 1970) tienen las siguientes características: a) propician la asociación múltiple, b) la militancia es sólo parcial y de corta duración y c) el desarrollo personal y la solidaridad afectiva se requieren como una condición para la participación en muchos grupos. Esta no es un fenómeno temporal, sino una alteración morfológica en la estructura de la acción colectiva.

Puede hablarse de un modelo bipolar, ya que latencia y visibilidad tienen dos funciones diferentes. La latencia permite que las personas experimenten directamente con nuevos modelos culturales –un cambio en el sistema de significados- que, con mucha frecuencia, se opone a las presiones sociales dominantes: el significado de las diferencias sexuales, del tiempo y del espacio, de la relación con la naturaleza, con el cuerpo, y así sucesivamente. La latencia crea nuevos códigos culturales y hace que los individuos los practiquen. Cuando surgen pequeños grupos para enfrentar a una autoridad política con una decisión específica, la visibilidad muestra la oposición a la lógica que lleva a la toma de decisiones en la política pública. Al mismo tiempo, la movilización pública indica al resto de la sociedad que el problema específico se asocia a la lógica general del sistema y que son posibles los modelos culturales alternativos.

Estos dos polos, visibilidad y latencia, se correlacionan recíprocamente. La latencia alimenta la visibilidad con recursos de solidaridad y con una estructura cultural para la movilización. La visibilidad refuerza las redes inmersas. Proporciona energía para renovar la solidaridad, facilita la creación de nuevos grupos y el reclutamiento de nuevos militantes atraídos por la movilización pública que ya fluye en la red inmersa.

La nueva forma organización de los movimientos contemporáneos no es exactamente "instrumental" hacia sus objetivos. Es un objetivo en sí misma. Como la acción está centralizada en los códigos culturales, la forma del movimiento es un mensaje, un desafío simbólico a los patrones dominantes. Son las bases para la identidad colectiva interna del sistema, pero también para un enfrentamiento simbólico con el sistema, el compromiso de corta duración y el reversible, el liderazgo múltiple, abierto al desafío, las estructuras organizacionales, las temporales y ad hoc. A las personas se les ofrece la posibilidad de otra experiencia de tiempo, espacio, relaciones interpersonales, que se opone a la racionalidad operacional de los aparatos. Una manera diferente de nombrar el mundo repentinamente revierte los códigos dominantes.

El medio, el mismo movimiento en sí como un nuevo medio, es el mensaje. Como los profetas sin el don para evocar a sus seguidores, los movimientos contemporáneos practican el presente el cambio por el cual están luchando: redefinen el significado de la acción social para el conjunto de la sociedad.

El resultado y los sistemas políticos

¿Cómo puede ser medido el resultado de los movimientos contemporáneos? ¿Se puede hablar de su éxito o de su fracaso?

El modelo esbozado sugiere que, paradójicamente, los movimientos son tanto vencedores como vencidos: porque el desafío afecta a los códigos culturales, la mera existencia de un movimiento es un retroceso en los sistemas simbólicos dominantes. Para estos movimientos, el éxito o el fracaso son, estrictamente hablando, conceptos sin significado. Pero no es así desde un punto de vista político.

Los movimientos producen la modernización, estimulan la innovación e impulsan la reforma. Aquí su resultado puede ser medido. Pero no se debe olvidar que esto es sólo una parte y no siempre la más importante de la acción colectiva contemporánea.

El movimiento de las mujeres proporciona un buen ejemplo de esta situación. Una revisión de la literatura reciente, muestra el excesivo énfasis dado por los analistas a los aspectos organizacionales y a lo que llamaría "resultado de igualdad". El objetivo del movimiento no es sólo la igualdad de derechos, sino el derecho a ser diferente. La lucha contra la discriminación, por una distribución igualitaria en el mercado económico y político y, aún más, la lucha por la ciudadanía. El derecho de ser reconocido como diferente es una de las más profundas necesidades en la sociedad posindustrial o posmaterial.

Ser reconocida como mujer es afirmar una experiencia diferente, una percepción diferente de la realidad, enraizada en "otro" cuerpo, una manera específica de relacionarse con la persona. El movimiento de las mujeres cuando habla de diferencia, habla al conjunto de la sociedad y no sólo a las mujeres. Pero las sociedades que desarrollan una presión creciente por la conformidad, esta reivindicación tiene efectos de oposición, desafía la lógica del sistema y tiene una orientación antagonista.

El resultado político del movimiento de mujeres en términos de igualdad permite que la diferencia sea reconocida. Pero el "éxito" en el campo político lo debilita, aumenta su segmentación, lleva a algunos grupos a la profesionalización y a la burocratización, y a otros a un sectarismo de oposición. El mensaje de la diferencia, mientras tanto, no muere, se vuelve un objetivo cultural y político que moviliza a muchos otros grupos.

Este ejemplo apunta hacia otro problema crítico de las sociedades complejas: la relación entre organizaciones políticas, particularmente aquellas con una tradición marxista, y los patrones emergentes de acción colectiva. ¿Qué especie de representación podría ofrecer efectividad política a los movimientos sin reducirlos al papel de cables de transmisión leninista?

Las movilizaciones contemporáneas muestran que en la transición de la latencia a la visibilidad se desarrolla una función de las organizaciones de redes, que suministran recursos financieros y organizacionales para campañas públicas sobre decisiones específicas, aunque reconociendo la autonomía de las redes inmersas. Tal vez un nuevo espacio político esté designado más allá de la distinción tradicional entre Estado y "sociedad Civil": un espacio, público intermediario, cuya función no es institucionalizar los movimientos, ni transformarlos en partidos, sino hacer que la sociedad oiga sus mensajes y traduzca sus reivindicaciones en la toma de decisiones políticas, mientras los movimientos mantienen su autonomía.

La utopía leninista era transformar un movimiento en poder. La evidencia de lo que eufemísticamente llamamos "socialismo real" demuestra las trágicas consecuencias de esta utopía. Las reivindicaciones conflictuales y el poder no pueden sostenerse por los mismos actores. Una sociedad abierta, aun una sociedad "socialista", es una sociedad que puede aceptar la coexistencia de un poder creativo y de conflictos sociales activos sin derrumbarse.

Cambios sin precedentes

Los movimientos sociales que surgen en las sociedades contemporáneas da lugar a interpretaciones que se pueden reducir a dos tipos fundamentales. Uno en términos de marginalidad o de desviación, es decir, en términos de crisis económica o de la crisis tout court. En esta clave se pueden leer ciertos fenómenos juveniles, la relación entre paro y protesta, el nexo entre movilización y puesto de la mujer en el mercado de trabajo. La otra interpretación, atribuye la protesta a la falta de legitimidad política por parte de grupos que rechazan la cerrazón de las instituciones de las que están excluidos y se movilizan para exigir acceso, participación y reconocimiento de derechos. En esta perspectiva se analizan las luchas contra el arcaísmo y el autoritarismo de distintas instituciones; estas luchas se realizan para que se amplíe la participación mediante la redefinición de las reglas del juego, de los mecanismos de acceso y de las formas de autoridad. Ambas interpretaciones tienen un fundamento y explican una parte importante de los fenómenos a los que se aplican.

Deduzco que los movimientos que surgen en las sociedades complejas no se pueden considerar como simples reacciones a la crisis o a los problemas de exclusión del "mercado político". Es necesario reconocer que los fenómenos colectivos que atraviesan las sociedades contemporáneas son los síntomas de nuevas luchas antagónicas, aunque éste no sea su único significado. Mi análisis se basa en la hipótesis de que en las sociedades donde tiene lugar un capitalismo tardío (¿o posindustriales?, ¿o complejas?, ¿o posmaterialistas?: nunca, como hoy, ha habido vergüenza en definir la calidad de la "gran transformación" en curso en esta sociedad a la que todos nos referimos sin saber cómo llamarla) se plantean demandas antagónicas que emplean la lógica del sistema, su modo de producir el desarrollo y de definir identidad y necesidades. Estas demandas enfocan los conflictos sobre procesos sociales que se vuelven fundamentales en los sistemas complejos.

Ante nuestra mirada tienen lugar cambios sin precedentes. Hoy, producir no significa simplemente transformar los recursos naturales y humanos en valores de cambio, organizando las formas de producción, dividiendo el trabajo e integrándolo en el complejo técnico-humano de la fábrica. Significa, por el contrario, controlar sistemas cada vez más complejos de información, de símbolos y de relaciones sociales. El funcionamiento y la eficiencia de los mecanismos puramente económicos y de los aparatos técnicos se confía a la gestión y al control de sistemas en los que las dimensiones culturales, simbólicas y de relación se convierten en preponderantes frente a las variables "técnicas". Tampoco el mercado funciona simplemente como un lugar en el que circulan las mercancías, sino como un sistema en el que se intercambian símbolos.

Los conflictos se desplazan ahora hacia la defensa y la reivindicación de la identidad contra aparatos distantes e impersonales que hacen de la racionalidad instrumental su "razón" y, sobre esta base, exigen una identificación. Las demandas antagónicas no se limitan a atacar el proceso de producción, sino que consideran el tiempo, el espacio, las relaciones y a los individuos. Plantean demandas relacionadas con el nacimiento y con la muerte, con la salud y con la enfermedad que ponen en primer plano la relación con la naturaleza, la identidad sexual, los recursos de comunicación, la estructura biológica y afectiva del comportamiento individual. En estas áreas aumenta la intervención de los aparatos de control y de manipulación, pero también se manifiesta una reacción difusa a las definiciones de identidad externas, aparecen demandas de reapropiación que reivindican el derecho de los individuos a "ser" ellos mismos.

La dificultad de hoy reside en el hecho de que nos encontramos en una fase de transición; el nuevo embrión está naciendo dentro del viejo seno, como sucede siempre en la historia de los movimientos, los nuevos actores se expresan con el

viejo lenguaje porque todavía no tienen uno propio. Mientras se forma, utilizamos el que heredamos de los movimientos que le preceden, y que tiene sus raíces en la memoria y en los símbolos del pasado. Es por eso que la tradición marxista y la herencia del movimiento obrero constituyen la forma mediante la cual los nuevos actores intentan definir la especificidad de los contenidos que incluyen. Esta situación crea toda la ambigüedad y la dificultad de un momento de transición. Plantea también el problema de las formas políticas de representación de las nuevas demandas. Pero no debemos olvidar que estamos en presencia de fenómenos que no tienen mucho que ver con la tradición de los movimientos de lucha a los que a veces se remiten.

Cuando afirmo que es necesario analizar los movimientos que surgen como expresión de conflictos antagónicos, intento subrayar el significado general de las luchas que asumen la lógica del dominio en las sociedades avanzadas, a pesar de la parcialidad y de la fragmentación aparentes de los terrenos de lucha. La dirección de búsqueda que me parece fecunda, es la de pensar en los conflictos como en una red de oposiciones para el control del desarrollo, más que como el enfrentamiento entre dos grupos sociales estables, entre dos lenguajes, dos modos de vida, como sucedía en la fase de la industrialización capitalista. Las clases, así entendidas, se disuelven siendo sustituidas por una multiplicidad de grupos estratificados y entrelazados según líneas variables; no por eso es menor la importancia de las relaciones antagónicas que tienen por objeto la apropiación y el destino de los recursos sociales.

La producción social permanece bajo el control de grupos particulares y de intereses "privados", incluso cuando se identifican con aparatos públicos o con el Estado, mientras que otros grupos luchan por imponer una dirección distinta al desarrollo. Ciertamente, cada vez es más difícil identificar a los actores en conflicto. El poder se hace impersonal, "se hace público" mediante los grandes aparatos de planificación y de decisión, mediante la gestión administrativa de toda la vida social. Las luchas antagónicas se fragmentan y se dispersan en la acción de los grandes grupos sociales que, poco a poco, asumen más directamente la "racionalización" que proviene de arriba.

Es el campo de las oposiciones el que permanece constante, no los actores. El análisis, por lo tanto, debe partir de lo que está en juego en los conflictos y, sólo así, se puede identificar a los actores. Los conflictos del capitalismo tardío continúan moviéndose alrededor de la producción, de la apropiación del destino de los recursos sociales. Pero los actores que ocupan este campo pueden cambiar y corresponde al análisis empírico identificarlos. Esta perspectiva supone un cambio de métodos en el análisis de los conflictos. Se trata de partir del sistema, de su lógica de funcionamiento, de los procesos que permiten la reproducción y el cambio. Es en este grado de generalidad que se individualizan los problemas cruciales y los recursos fundamentales, para cuyo control se aceleran los conflictos. La individualización de los actores se convierte en un problema que hay que resolver mediante el análisis empírico, que debe explicar por qué hay que resolver mediante el análisis empírico, que debe explicar por qué en cierta fase se movilizan en conflictos antagónicos. Ninguna teoría asegura a priori, desde este punto de vista, la presencia de un "sujeto histórico".

La variabilidad y la provisionalidad de los actores que ocupan la escena de los conflictos antagónicos vale sobre todo para los movimientos de contestación, aunque en cierta medida se aplique también a los grupos dominantes. Para estos últimos existe ciertamente mayor estabilidad, mayor integración, una mayor coincidencia de los actores empíricos con los mecanismos del sistema. Pero incluso teniendo en cuenta el declive del poder, creo que es necesario, cada vez más a menudo, medirse con su variabilidad e inconstancia empírica. Esto es cierto,

naturalmente, en el nivel de sistema y no es verdad en una formación social concreta, donde tanto la cristalización de las élites como la continuidad histórica de los movimientos de lucha pueden ser muy fuertes.

Hay tres consecuencias que, me parece, se derivan de esta perspectiva de análisis:

1) Los actores sociales conflictivos no limitan su figura social a las pugnas en las que participan. No importa que esto se mida respecto al tiempo de vida o respecto a la multiplicidad de papeles desarrollados en distintos subsistemas, el compromiso en un conflicto antagónico no cubre toda la gama de posibilidades de acción de un actor dado. Ningún actor está definido única ni principalmente por su implicación en un movimiento de carácter antagónico (y de aquí la inutilidad de comparar a los actores de los movimientos contemporáneos con las características de la clase obrera).

2) Los conflictos que surgen con limitados en sus características empíricas. Manifiestan sus issues, sus cuestiones determinadas y movilizan distintos actores. Todavía están destinados a reproducirse con cierta facilidad y una vez institucionalizados tienden a desplazarse y a difundirse en otras áreas sociales.

3) Los actores de los conflictos antagónicos refuerzan de tal manera contradicciones específicas del sistema que, coyunturalmente, activan las movilizaciones. Se podría decir que determinados elementos de la condición social o de la posición de un grupo, entran en colisión con la lógica dominante en el nivel de sistema y la hacen evidente. Sólo el análisis empírico puede proporcionar respuestas satisfactorias sobre este tema (y decir, por ejemplo, por qué los jóvenes o las mujeres, a partir de su condición, se convierten en cierta fase en actores de conflictos antagónicos; y por qué ciertos grupos y no otros se movilizan en luchas ecológicas).

Algunos movimientos se refieren, más o menos directamente a grupos ligados a cierta condición social (jóvenes, mujeres). Más difícil es hablar de movimientos como sujetos relativamente estables de acción colectiva, en el caso de formas de movilización bastante más fugaces o definidas principalmente por el objetivo. Este es el caso de la movilización ecológica o pacifista, que cubre un problema bastante amplio y diferenciado: desde la ecología política, cuyas luchas antinucleares están teniendo ahora un momento de máximo auge, hasta la ecología de lo cotidiano, en la que se pone en primer plano la relación hombre-ambiente en su dimensión molecular, ligada a la experiencia individual (alimentación, medicina natural y espacio-tiempo de vida). Este es también el caso de las movilizaciones antirracistas, contra la pobreza, y a favor de los derechos humanos. ¿Es posible reducir a una unidad estos fenómenos? Creo que sería un esfuerzo inútil. Todo lo que he dicho hasta aquí debería dejar claro que nos encontramos frente a un auténtico cambio de forma de la acción colectiva.

Se plantean dos problemas para el futuro de los movimientos. El primero está relacionado con el riesgo permanente de fragmentación y de integración al que están expuestos. Inmersos como están en la vida cotidiana y en las necesidades individuales de sus miembros, pueden quedar fácilmente reducidos a sectas marginales dedicadas a la pura expresividad o ser integrados en los circuitos de un mercado. El segundo problema estrechamente ligado con el anterior, está relacionado con las formas de representación que eliminan estos riesgos de las exigencias conflictivas y las transforman en fuerzas que propician el cambio. La ilusión de encuadrar las nuevas demandas dentro de las viejas formas de organización política (el partido) está apagándose en todas las sociedades avanzadas. El problema que se plantea es el de inventar formas de representación

y de organización adecuadas a la naturaleza de los conflictos que surgen y hacen posibles formas de comunicación con los actores institucionales más estables.

Movimientos sociales y sociedad compleja

Vamos a volver atrás a un punto teórico fundamental que señalé en el primer capítulo. Cuando hablamos de movimientos sociales, en particular hoy, es necesario estar de acuerdo acerca de la naturaleza del objeto y sobre nuestro modo de observarlo. Somos herederos de la cultura moderna y el concepto de movimientos sociales pertenece a una constelación semántica e histórica, al igual que otros conceptos como clase y revolución que suponen un marco de referencia, un telón de fondo epistemológico de tipo lineal y mecanicista. No es por casualidad que el concepto de revolución, por ejemplo, sea el que proviene de la astronomía y del movimiento de los cuerpos celestes. El concepto de movimiento tiene esta característica de referencia a una epistemología mecanicista: algo que se mueve en la sociedad y que se reconoce por el hecho de que se diferencia de lo estático, del orden de la sociedad y que es reconocible mientras se mueve. Ya con esa simple referencia, estamos frente a un concepto que es extremadamente aproximativo y burdo, desde el punto de vista de una epistemología un poco más refinada como la que podemos pensar hoy. No es por azar que el concepto de movimientos sociales esté actualmente sometido a una discusión bastante amplia que pone en evidencia el hecho, más allá de nuestro consenso discursivo, de que no todos nosotros entendemos lo mismo cuando hablamos de movimientos sociales. Cuando revisamos las definiciones en los manuales, en los textos que se ocupan de movimientos sociales, las definiciones casi nunca son comparables entre sí. La razón de esta dificultad al equiparar es que aprendemos muchas definiciones estandarizadas y se asocia también al hecho de que probablemente los movimientos son un "asunto espinoso", un objeto que envuelve intereses y pasiones. El dato fenomenológico más evidente es que en este campo existe gran confusión entre las lenguas. La razón sustancial que ya mencioné es que cuando se define el término de movimientos sociales, normalmente lo que hacemos es tomar algunas características empíricas de los fenómenos, las generalizamos y decimos: los movimientos sociales son eso, o esto, o aquello. Como diversos autores toman en consideración diferentes características empíricas, por esa razón estas generalizaciones empíricas son poco comparables.

Por lo tanto, el primer problema con el cual nos enfrentamos cuando consideramos los movimientos contemporáneos es siempre de orden epistemológico y metodológico, y consiste en la necesidad de pasar de una consideración de objeto empírico a un análisis propiamente analítico, en el cual, sustancialmente, no tomamos el objeto empírico como significativo en sí mismo, sino que aplicamos al objeto empírico cualquier tipo de aparato analítico para descomponer la unidad. Porque la unidad empírica está siempre hecha de muchos componentes. Es como si tomáramos una piedra y pretendiéramos aplicarle una definición: por ejemplo, ésta es una piedra redonda, en lugar de analizar su composición química, geológica, etc. Con los movimientos sociales, nos comportamos un poco de esa manera. Tomamos piedras y árboles y los consideramos en su totalidad, como si fueran objetos homogéneos, significativos en sí mismos, mientras que el verdadero problema es descomponer esa unidad, esta homogeneidad aparente.

Este cambio de perspectiva analítica es extremadamente importante, porque nos lleva a considerar el objeto de forma diferente de un realismo ingenuo, que ve al sujeto colectivo como si tuviera un alma que lo caracteriza por sí mismo. Hablamos de movimiento social como si fuera un sujeto, dotado de una unidad propia, al cual atribuimos una serie de características. Esto es claramente un uso discursivo de la

noción de movimientos sociales cuya utilidad práctica podemos aceptar pero no es un uso científico. Desde el punto de vista analítico, debemos movernos hacia una perspectiva que nos lleve a descomponer y analizar la unidad: ésta es siempre el resultado de procesos sociales diversificados que finalmente vuelven posible la formación de un sujeto colectivo y la manifestación de una acción.

Voy a dar un ejemplo simple: si estando en una reunión con un grupo de personas sonara la alarma de incendio, todos correríamos hasta la puerta para huir. Todos juntos haríamos alguna cosa que constituiría desde el punto de vista de un observador un fenómeno colectivo: porque todos nosotros nos moveríamos en dirección a la puerta. Pero es muy claro, desde el punto de vista analítico, que ese proceso colectivo es una suma de comportamientos individuales absolutamente independientes. Cada uno de nosotros corre hacia la puerta por sus propios motivos para salvarse del incendio. Por otro lado, si ocurriera una manifestación y nos adhiriéramos a ella, nos levantaríamos de la sala para participar en la manifestación porque compartimos sus objetivos, y nos moveríamos juntos por razones distintas y con un significado muy diferente de la situación precedente. Desde el punto de vista fenomenológico, el fenómeno se presenta exactamente del mismo modo: tantas personas se mueven contemporáneamente para salir por la puerta. Por eso debemos siempre pasar de la consideración empírica del fenómeno que se presenta como un fenómeno colectivo, a una consideración analítica que nos permita comprender cuáles son las relaciones, los significados, las orientaciones de la acción que explican aquel fenómeno colectivo. En el primer caso, la orientación fundamental es de tipo individualista, de tipo atomizado, porque cada uno quiere salir por la puerta por razones propias, diferentes de las de los otros y el hecho de que el acontecimiento sea colectivo depende sólo de simultaneidad de tiempo y de espacio de una serie de comportamientos individuales. En el segundo caso, al contrario, el hecho de que nosotros nos movamos juntos para caminar en una manifestación supone que compartimos los objetivos e intereses de motivaciones comunes que nos llevan a adherirnos a aquella manifestación.

Más aún, es muy claro que sociedades históricas, como Brasil en 1996, Italia en 1953 e Inglaterra en 1727, contienen una pluralidad de sectores de la estructura social que son estratos históricos coexistentes. Ninguna sociedad es puramente identificada como un solo modo de producción o un solo sistema estratificado. El Brasil de hoy, por ejemplo, como otras sociedades latinoamericanas, es simultáneamente capitalista y precapitalista, poscapitalista. Entonces, la acción social se coloca siempre contemporáneamente en esos múltiples niveles. Pero desde el punto de vista analítico, la orientación, la motivación, las formas de relaciones por las cuales los actores se involucran en los procesos colectivos, son diversas según los rangos de la sociedad existentes.

Estas son solamente indicaciones generales del método: diversidad de orientación de la acción y diversos campos de referencia de acción (que significa diversas estructuras de relaciones que permiten la acción colectiva) nos dejan reconocer que, en cada fenómeno concreto, como el de una piedra que recogemos de la montaña, coexiste una multiplicidad de estos elementos. El verdadero problema en el enfoque sociológico es el de captar cómo es que esta multiplicidad de elementos forma un sujeto colectivo o una unidad de acción. Por lo tanto, la acción no es un punto de partida, sino un fenómeno para ser explicado. Teniendo como telón de fondo esta advertencia de tipo epistemológico/metodológico podemos preguntar cuáles son las características de la sociedad que pueden explicar alguna característica del movimiento contemporáneo, que no puedan ser convertidas a la forma misma del movimiento de la sociedad capitalista del tipo industrial. Esta interrogante no se dirige a una acción colectiva contemporánea en su totalidad empírica; más bien hablamos de aspectos, dimensiones, niveles de los fenómenos

colectivos contemporáneos que no pueden ser explicados a la luz del cuadro conceptual de la sociedad moderna, industrial.

De esta visión surge una indagación teóricamente significativa que en el debate entre nuevos y viejos movimientos fue simplemente eliminada. Esto es, en los fenómenos contemporáneos existen elementos de tensión, aspectos de la acción colectiva, que no pueden explicarse en el contexto de la sociedad moderna capitalista del tipo industrial, por lo que los fenómenos y las dimensiones de acción requieren de un aparato conceptual y de categorías que no podemos simplemente extraer del análisis de fenómenos de acción colectiva de la sociedad industrial. Esta pregunta se vuelve teóricamente muy importante, porque nos anima, si la tomamos seriamente, a avanzar más allá del contexto de la sociedad moderna industrial y nos obliga a poner a prueba, de modo sistemático, las categorías conceptuales de que disponemos.

Mi reflexión sobre los movimientos va en esa dirección, en el intento de construir un aparato conceptual que nos permita explicar cuáles dimensiones de los movimientos contemporáneos no son reductibles a las características que llamo tradicionales de acción colectiva de la sociedad moderna. La acción colectiva de la sociedad moderna avanza en dos direcciones: una que podemos llamar de acción social, como los conflictos sociales, y otra que podemos llamar de ciudadanía. El movimiento obrero, fenómeno colectivo por excelencia de la sociedad moderna, combinó siempre esas dos dimensiones fundamentales: el conflicto social de clase, que oponía actores sociales colocados en la estructura productiva y definidos por su posición en las relaciones de producción y en las luchas sociales; y las categorías sociales que habían sido hasta aquel momento excluidas, que luchan por la inclusión en la esfera de la ciudadanía. Todas las luchas sociales en la sociedad moderna son luchas que combinan esos dos aspectos: el aspecto de lucha social, del conflicto social en la esfera de producción y el aspecto de la lucha de los excluidos por la inclusión en la esfera de la ciudadanía. Todas las luchas sociales en la sociedad moderna son luchas que combinan esos dos aspectos: el aspecto de lucha social, del conflicto social en la esfera de producción y el aspecto de la lucha de los excluidos por la inclusión en la esfera de la ciudadanía. El movimiento moderno y el movimiento de los trabajadores, por excelencia, siempre combinaron de modo diferentes esas dos dimensiones.

Al hablar de la situación contemporánea, nos colocamos en una situación paradójica, porque nos vemos obligados a definir a la sociedad con una serie de definiciones alusivas, que son normalmente variantes de categorías fundamentales, de explicaciones aplicables a la sociedad moderna. Usamos adjetivos para especificar características fundamentales de la sociedad moderna. Al hablar de sociedad contemporánea usamos los términos posindustrial, capitalista tardío, sociedad posmoderna, sociedad de información, sociedad compleja, etc. Esto es, utilizamos definiciones de tipo alusivo, que no son conceptualmente significativas. Analíticamente, esas definiciones no significan casi nada, más que las categorías que se están utilizando para designar a la sociedad moderna ya no son suficientes. Tenemos que especificar de cualquier modo con adjetivos, que estamos hablando de una sociedad diferente de aquella moderna, pero que no sabemos definirla en términos analíticos apropiados y teóricamente significativos. Estamos viviendo una situación de impasse grave desde el punto de vista teórico y creo que es importante aclarar a qué nos referimos: la constatación de nuestra dificultad teórica al hablar de la sociedad contemporánea de modo teórico y conceptualmente adecuado. Hablamos de la sociedad contemporánea de modo fundamentalmente alusivo, usando imágenes, metáforas y no conceptos. Debemos subrayar este muy claramente, porque reconocer ese impasse significa ponerse frente a los problemas y preguntas nuevas que nacen de su constatación y que por el contrario, no serían

planteadas si el impasse no se reconociera, es extremadamente importante reconocer la fragilidad de las teorías para plantearse nuevas preguntas.

En este sentido, pienso que no estamos en condiciones de producir una teoría general de la sociedad contemporánea, pero seguramente es necesario producir hipótesis interpretativas de esa sociedad que vayan más allá de estas terminologías alusivas y que les den sustancia analítica. Esto es, ¿qué es lo que queremos decir cuando hablamos de sociedad posindustrial o sociedad compleja?, ¿cuáles son los procesos sociales?, ¿cuáles son las dinámicas?, ¿cuáles son los tipos de relaciones indicadas como significativas de la sociedad contemporánea y que, por lo tanto apuntan a la discontinuidad en relación con la realidad y las características de la sociedad moderna industrial?

Este es el problema: saber si hay variaciones del modelo industrial capitalista o si podemos tranquilamente aplicar el aparato conceptual de categorías de la tradición moderna industrial. Pero el hecho de que hablemos acerca de una sociedad posindustrial, posmoderna, compleja, y cosas así, quiere decir que las categorías ya no funcionan, ya no son suficientes para explicar el fenómeno contemporáneo. Se trata por lo tanto de un proceso importante que parte del reconocimiento del impasse teórico en el cual nos encontramos. Lo que digo nace de esta constatación y entiendo que se debe dar cualquier paso al frente, aunque sea limitado, en la dirección que ha indicado, buscando llenar cualquier pequeño espacio de un gran vacío para el cual disponemos de una que otra pieza, siendo importante comenzar a colocarlas en su lugar, en la medida de lo posible.

Noción de sociedad compleja

Entre las definiciones más frecuentes para la sociedad contemporánea aparece la noción de sociedad compleja. Vamos a ver lo que significa sociedad compleja. Vamos a ver lo que significa sociedad compleja. Es un esquema analítico ¿qué implica la noción de complejidad? y ¿cuáles efectos tiene esta noción?

La complejidad apunta hacia tres procesos sociales fundamentales: diferenciación, variabilidad y exceso cultural.

Proceso de diferenciación. Decir que una sociedad es un sistema social diferenciado, significa afirmar que los ámbitos de las experiencias individuales y sociales se multiplican y que cada uno de estos ámbitos se organiza conforme a lógicas, formas de relaciones, culturas, reglas diferentes unas de otras. El sistema es simple cuando sus subsistemas, su ámbito de experiencias, funcionan con una lógica similar o comparable. El sistema se considera diferenciado cuando una multiplicación de los ámbitos de vidas, de experiencias de relaciones, se caracteriza cada vez más por la diversidad de las reglas, lógicas y lenguajes que caracterizan a cada uno de estos ámbitos. Desde el punto de vista de la experiencia de los actores sociales, esto significa que cada vez que en la vida cotidiana, como miembros de la sociedad, pasamos de un ámbito al otro, de una región a otra de este sistema social, debemos asumir lenguajes, aceptar reglas, participar de formas de relaciones que son diferentes del ámbito precedente. Esto significa que no podemos transferir de un ámbito a otro esos modelos de acción, las mismas pautas de acciones. No es posible una transferencia automática y cada vez que entramos en un nuevo ámbito, en un campo diferente del sistema, debemos adoptar un modelo de acción, de reglas de lenguaje que son propias de este sistema.

Variabilidad de los sistemas. La variabilidad, se refiere a la velocidad y a la frecuencia del cambio. Un sistema es complejo porque cambia frecuentemente y se

transforma velozmente. O sea, los cambios son frecuentes y rápidos. Ahora bien ¿qué significa en términos de experiencias sociales la variabilidad? Esto quiere decir que en la transición de un tiempo a otro tiempo nos encontramos con la imposibilidad de transferir el modelo de acción que vale para un tiempo pero no vale para otro, porque el sistema también se modifica. Existe la necesidad de modificar continuamente en el tiempo el modelo de acción para que pueda adecuarse al sistema que se está modificando.

Podemos decir, por lo tanto, que la primera noción se refiere a la diferenciación de espacio del ámbito de la experiencia, y la segunda se refiere a la diferenciación de los tiempos de experiencia.

Exceso cultural. Es la ampliación de las posibilidades de acción, que rebasan ampliamente la capacidad efectiva de acción de los sujetos. Esto es, un sistema es complejo porque pone una cantidad de posibilidades a disposición de los actores, un potencial de acciones posibles, que es siempre más amplio que la capacidad efectiva de acción de dichos actores. Este aspecto es ciertamente lo más característico de la complejidad, del cual todos nosotros tenemos una experiencia cotidiana: diariamente enfrentamos decisiones, alternativas de consumo y opciones de vida en las cuales las posibilidades exceden continuamente la capacidad efectiva de acción de los actores.

¿Qué significa esto, desde el punto de vista de la experiencia social de los sujetos/actores de un sistema complejo? Los tres procesos que indiqué brevemente establecen una permanente condición de incertidumbre, porque cada vez que pasamos de un ámbito a otro de la experiencia y no podemos aplicar las reglas que valían para el otro lugar, tenemos que asumir nuevas reglas, nuevos lenguajes. Cada vez que nos apartamos en el tiempo no podemos transferir los mismos modelos de acción, tenemos que producir, adaptar nuestros modelos. Y cada vez que ejecutamos acciones, nos encontramos en la condición de reducir el campo de las posibilidades para volverlo compatible con nuestras capacidades. Eso significa, en términos muy generales, que la incertidumbre es la condición permanente de los actores en un sistema complejo. Porque los actores en un sistema complejo se topan inesperada y continuamente con este tipo de interrogantes: ¿cuáles son las reglas de lenguaje que valen para determinado tiempo o momento? ¿cuáles son los criterios de decisión para poder actuar?

La incertidumbre nos coloca continuamente frente a la necesidad de hacer una elección. Podemos reducir la incertidumbre, normalmente, tomando decisiones, escogiendo entre las diversas alternativas. Por lo tanto, en los sistemas complejos las relaciones entre incertidumbres, preferencias y decisiones serán relaciones permanentes, casi circulares. Sabemos que cada nueva decisión crea una nueva incertidumbre, exactamente porque modifica el propio campo existente y precedente. Introdujimos la decisión para reducir la incertidumbre, pero introduciendo una decisión en nuestra acción creamos un nuevo campo, un nuevo producto de incertidumbre.

Esta situación crea una paradoja con referencia a la acción social: la elección y la decisión que comúnmente se asocian a la idea de libertad y de autonomía acaban siendo como un destino, una necesidad a la cual se nos somete porque sabemos que no escoger, no decidir es una elección. Entonces continuamente somos orillados a decidir. La elección y la decisión se vuelven un destino y una necesidad social permanente.

Esta situación que describí en términos muy generales tiende a aumentar el carácter reflexivo y artificial de la vida social. La vida social se presenta siempre más como un producto de relaciones, de acciones, de decisiones, antes que como

un dato. Esto sucede porque continuamente se nos llama a producir, mediante nuestras elecciones y decisiones, las relaciones y el campo de nuestra propia acción social. Lo cual significa que la vida social pierde siempre su carácter natural, su carácter de dato objetivo y se vuelve siempre más un producto de acciones y relaciones.

En este campo así definido, el recurso fundamental que circula en este sistema es el de la información. Reducimos la incertidumbre produciendo informaciones y nuestras decisiones modifican continuamente aquellas informaciones disponibles. Ahora bien, la descripción muy breve de este tipo de sistema social tiende a identificar los aspectos de discontinuidad con la sociedad y la cultura moderna industrial. Los conflictos de clase, esto es, los conflictos que oponen al productor de los recursos de una sociedad industrial, al poseedor de los medios de producción y los conflictos por la inclusión de categorías excluidas de la ciudadanía, no desaparecen de la vida social. Lo que estoy indicando aquí, es que en la sociedad contemporánea, coexisten conflictos preindustriales y conflictos propiamente característicos de la sociedad industrial, así como conflictos que son discontinuos, diferentes cualitativamente de aquellos precedentes, pero que hacen referencia a aquel campo de relaciones antes descrito.

Poder y conflicto

Ahora veamos cuáles son esos conflictos. Son conflictos que tienen que ver con la capacidad o la posibilidad de los actores de definir el sentido de sus acciones. En un sistema complejo, caracterizado por el tipo de relaciones que describí, para que los actores, puedan moverse en este sistema, para que puedan decidir, escoger pasar de un sistema a otro, transferir en el tiempo sus capacidades, reducir el campo de posibilidades, deben disponer de recursos que les permitan moverse como sujetos autónomos de la acción. Esto es, en los sistemas complejos, los actores lo son mientras posean recursos para decidir autónomamente cuál es el sentido de su acción. Son actores aquellos a quienes el sistema distribuye recursos que les permiten actuar de modo autónomo. Nos referimos a recursos de educación, conocimiento e información. Son recursos de tipo cognoscitivo, relacional y comunicativo que permiten a esos sujetos tanto individuales como colectivos, actuar como sujetos autónomos, como sujetos capaces, de producir, recibir e intercambiar información autónomamente.

Así, por un lado el sistema complejo distribuye recursos para la autonomización de sus componentes. Los sistemas complejos necesitan para vivir de miembros que sean suficientemente autónomos como para poder funcionar como productores y receptores de información. Esos sujetos son autorreflexivos, con capacidad de decidir, de controlar autónomamente la información que circula en el sistema, de manera que puedan escoger, decidir, actuar, reducir la incertidumbre, en forma autónoma, en la medida en que ésta se presente en el sistema. Ese tipo de actor es el que permite que el sistema complejo funcione. El requisito sistémico es que los actores sean autónomos para hacer funcionar el sistema complejo. Imaginemos una red de computadoras en donde los operadores manejan sus máquinas; al no disponer de la capacidad ni de los requisitos necesarios para interpretar el mensaje que ven en la máquina, el sistema se bloquea; el operador de una red, de un sistema computarizado, debe ser relativamente autónomo y es el sistema complejo el que debe distribuir el recurso de autonomía.

Por otro lado, el sistema complejo es muy diferenciado, cambia rápidamente y puede mantenerse solamente con una medida elevada de control. Un sistema entre más diferenciado sea más integración necesita, pues de otra forma se fragmenta,

se descompone, de desarticula; un sistema, entre más complejo y más diferenciado sea, más rápidamente cambiará, más ampliará su campo de acción, más necesitará de control.

El control que nos e puede ejercer solamente por el aspecto externo de la acción, por el aspecto manifiesto de la acción, sobre la acción expresada, debe de ser ejercido en precondiciones de acción. El sistema complejo no puede funcionar al intervenir después de haberse manifestado la acción, porque cuando la acción se manifiesta produce la caída del sistema –su catástrofe-. Entonces, debe intervenir en las precondiciones de acción: en la estructura motivacional-cognoscitiva-afectiva, que permite que los sujetos actúan. Sólo controlando ese nivel será posible garantizar la integración de un sistema complejo.

Un sistema complejo requiere de una forma de control que penetre e intervenga en la procesos de formación del sentido de la actuación. El fundamento de la acción humana está más en las estructuras motivacionales del tipo relacional, así como en la estructura biológica. Los sistemas complejos, por un lado distribuyen recursos para la autonomía, para la individualización del proceso social, esto es, tienden a crear actores capaces de decidir y de construir autónomamente el sentido de su acción como sujetos. Por el otro, producen y ejercen una forma de control que alcanza una dimensión más profunda, íntima de la formación del sentido de actuación. El poder que se ejerce en un sistema complejo, es un poder que se ejerce en los códigos y en el lenguaje que organiza al sistema. No basta controlar los contenidos y las formas expresadas de la acción, sino que uno tiene que mejorar la capacidad de manejar su cerebro.

Esto es el campo de los conflictos sociales emergentes en la sociedad compleja, que son conflictos sociales discontinuos, en relación con la tradición de la sociedad capitalista industrial. Se trata de conflictos cuyo núcleo se centra en los recursos de información, en la manera en que los recursos se producen, se distribuyen para los sujetos y en cómo el poder y el control se ejercen en la sociedad. En esos conflictos, se oponen, por un lado, grupos sociales que reivindican la autonomía de su capacidad de producir el sentido para su actuación, para su identidad, para su proyecto de vida, para sus decisiones, y por el otro, aparatos siempre más neutros, siempre más impersonales, que distribuyen códigos de lenguaje, códigos de la forma de organización del conocimiento que son impuestos a los individuos y a los grupos, que organizan su comportamiento, sus preferencias y su modo de pensar.

Entonces esos conflictos son los que por su naturaleza tienen características poco comparables con la tradición de los conflictos característicos de la sociedad industrial, por una razón muy evidente: los conflictos de la sociedad industrial son los que se desarrollan en el ámbito de categorías sociales que son categorías definidas por su colocación en la estructura productiva. El conflicto de clase se define por su colocación en la estructura productiva. El conflicto de clase se define según la posición de los actores en la estructura productiva. En los casos de conflictos de ciudadanía, los actores se definen a partir de categorías sociales por su relación con el Estado y con un sistema político, y se miden en un grado de inclusión/exclusión respecto a este sistema de referencia. En primer lugar, los actores son categorías sociales. En segundo lugar, la acción tiene siempre como contrapartida un sujeto históricamente bien identificado, ya sea que se trata de la clase dominante, contrapuesta, o del Estado con el cual el actor interactúa para obtener la inclusión. Las formas de acción también tienden a modificar las relaciones de fuerza de estos sujetos contrapuestos, pues al disminuirse el poder de la otra clase, se conquista un control mayor sobre los medios de producción. Cuando se adquiere ciudadanía se amplía el espacio que el Estado pone a disposición de ciertas categorías sociales. Las formas de acción son de masas que tienden a modificar la correlación de fuerzas de cierto sistema social.

Los conflictos de los cuales estamos hablando, en cambio, presentan características muy diversas- Primero, los actores son individuos o grupos que se caracterizan por disponer de cierta cantidad de recursos de autonomía. Son aquellos actores investidos con la información intensa de la sociedad, porque poseen esa capacidad de autonomía. Al mismo tiempo, son quienes están sometidos más indirectamente a los procesos de manipulación de las motivaciones del sentido. En primer lugar, esos sujetos no se identifican sólo porque pertenecen a una categoría social, sino también por su oposición al sistema, en cuanto red informativa. Al hacer un análisis empírico se establecen vínculos y se pueden reintroducir categorías sociológicas de reconocimiento y de identificación. Pero desde el punto de vista de los actores, son potencialmente individuos, porque cada uno dentro de un sistema complejo debe funcionar de este modo. Potencialmente los actores son individuos, entonces nos encontramos en una situación paradójica, en la que el conflicto social tiene como actores a los individuos. En segundo lugar, al contrario, aquellos a quienes se oponen son siempre más bien aparatos neutros, impersonales, legitimados comúnmente por la racionalidad científica, la racionalidad técnica. Las categorías sociales en juego son más difíciles de reconocer de modo sistemático y estable porque todos, en cierto sentido y, en algunas de nuestras funciones sociales, somos detentores de un poder y modelamos los códigos con los cuales el conocimiento se distribuye. Los interlocutores, en contrapartida, no son estables, no son categorías identificables sociológicamente de modo muy permanente pues es mucho más difícil simbolizar a los interlocutores del conflicto. En fin, las formas de acción que vuelven explícitos estos conflictos son formas de acción diferentes de aquellas de la sociedad industrial, porque el conflicto se manifiesta cada vez que un código dominante es cuestionado. La eficacia de la acción consiste en el cuestionamiento del código en su naturaleza de instrumento de manipulación. En una situación donde el poder se ejerce sobre los códigos es suficiente que éstos se vuelvan públicos: como en la famosa fábula del "Rey", cuando el niño dice que el "rey está desnudo", esto es suficiente para hacer caer al poder. Cuando el código que estaba implícito se vuelve público, puede ser modificado, apropiado por otros, redistribuido de otras formas. Tomando un ejemplo más clásico, el hecho de que la diferencia de género contenga una relación de poder hizo que surgiera un conflicto importantísimo. El conflicto se volvió manifiesto en el momento en el cual esa diferencia se declaró como una diferencia que posee poder. Eso no modificó inmediatamente la relación entre el hombre y la mujer. Sin embargo, a partir del momento en que el conflicto social se volvió explícito, se hizo negociable, y por eso transformable en políticas relativas a la diferencia de género. El conflicto social se invirtió, y la relación hombre-mujer se modificó en el momento en que se hizo manifiesto el código dominante que estaba implícito, el código masculino que hasta aquel momento había ejercitado la función de organizar el mundo como si fuera el único posible.

Entonces podemos aplicar este ejemplo a muchas situaciones: la esfera de la sexualidad, de las decisiones de la vida, de las enfermedades, de la salud, de las relaciones educativas con los niños, de la construcción de las relaciones afectivas. Estas esferas hoy están entrando en la sociedad compleja, cada vez más en función de códigos y lenguaje que organizan la vida y la mente de las personas, que se aceptan como reglas normales del juego. En realidad, mediante las reglas normales del juego, de las cuales nosotros muchas veces ni nos damos cuenta, se afirman también formas de poder, de control, de dominio que reeducan la autonomía de los sujetos y vinculan sus decisiones, etcétera.

El problema que hoy se plantea es naturalmente muy delicado, porque si esta característica de discontinuidad de los conflictos contemporáneos se tomara seriamente como hipótesis de lectura de algunos conflictos que han surgido en nuestra sociedad, el problema que se vuelve inmediatamente importante es: ¿cómo

se articulan esos conflictos con el resto de la sociedad social, en la cual continúan existiendo conflictos con el resto de la realidad social, en la cual continúan existiendo conflictos de tipo más tradicional, en donde permanecen continuos los procesos de exclusión de categorías sociales y de grupos, los procesos de acceso a los recursos mínimos de supervivencia, no favoreciendo el acceso al derecho fundamental de la ciudadanía? Esta es una dificultad que se presenta en todo el mundo: en los países centrales, en los de América Latina, en el Este europeo, en los de Asia Oriental, son problemas centrales de la vida concreta en la sociedad. Yo no desvalorizo la existencia de estos problemas, creo que es el modo en que podemos hacernos la pregunta de hacia dónde se dirigen los movimientos sociales y de cuál es el futuro posible de la acción colectiva frente a esta discontinuidad. Porque se otro modo el riesgo que veo es que la tendencia a reducir esta discontinuidad dentro del cuadro de las categorías tradicionales, nos lleva a disminuir la importancia del fenómeno emergente: por el contrario, es importante reconocer el hecho de que se afirmen nuevas visiones y nuevas prácticas, que surjan nuevas exigencias, nuevas necesidades de los sujetos y nuevas formas de poder, que se articulan y se combinan con aquel precedente. Sabemos que cuando una forma se vuelve dominante, incluye todas las precedentes. Y cuando el capitalismo se volvió la forma social dominante, incorporó toda la estructura tradicional. No la eliminó, sino que la yuxtapuso a la lógica capitalista. Las formas tradicionales precapitalistas siguieron existiendo dentro del sistema capitalista, pero quedaron colocadas para consolidar la forma dominante del capitalismo. Lo mismo, pienso, está sucediendo en la sociedad contemporánea que llegó al grado de una sociedad planetaria, una sociedad global, donde nuevas formas de poder, nuevas formas de dominio están incorporándose, usando de modo instrumental también aquellas precedentes en la estructura social de tipo capitalista y del tipo precapitalista.

Desde el punto de vista de este análisis, es muy importante no cometer el error de perspectiva –no ser miopes–, no ver solamente aquello que está cerca, olvidando que aquello que está bajo nuestra mirada ya está organizado en la realidad en forma de un proceso más general que da sentido también a aquellas formas específicas de acción, formas de una pertenencia social, El problema de la pobreza y el modo de exclusión es un tema central en América Latina y en otras partes del mundo. Sería un error de perspectiva pensar que ese proceso en los países latinoamericanos contemporáneos, pertenece simplemente a la lógica capitalista o precapitalista. Hoy ese proceso, ese “apartheid”, se refiere por completo a la lógica del sistema planetario, gobernado mediante una nueva forma de poder, mediante una central de informaciones. Esto no disminuye la importancia relativa de esos fenómenos. Pero el sentido de ese fenómeno y su dirección cambian completamente en el primer caso mientras que, en el segundo caso, son simplemente interpretados como una continuación de las formas tradicionales de dominación.

La visibilidad de los conflictos en torno a los códigos que organizan la vida, el pensamiento y afecto de las personas, depende del espacio público disponible. Como el terreno sociológico en el cual el conflicto se forma es aquel de la experiencia cotidiana de las personas, su visibilidad social depende de la disponibilidad de un espacio público, en el cual esos procesos pueden volverse visibles para todos. La democracia es la presencia de un espacio público garantizado por reglas y por derechos. Es una condición fundamental para que estos conflictos puedan surgir. Y como ya afirmé la eficacia de estos conflictos, está en el hecho de que surjan y, en el momento en que aparecen, ya lograron su objetivo. Cuando se vuelven visibles, está realizada su función.

De aquí en adelante se plantea un problema de institucionalización, un problema de transformación de estas cuestiones en políticas sociales, políticas de género, políticas ambientales, políticas de salud, de igualdad, esferas en las que se traducen las cuestiones conflictivas en sí mismas en la forma de decisiones políticas. Estas naturalmente no agotan nunca los conflictos sino que los organizan en formas tratables, pues el conflicto está destinado a reaparecer en cualquier otra parte, porque la cuestión de género o la cuestión ambiental no se resuelve con políticas de igualdad o de cuotas, o con la política ambiental. Asimismo, no se eliminan por definición, porque el problema que está en juego es sistémico y seguirá manifestándose en un sistema complejo de otra manera. Las relaciones entre hombres y mujeres o las diferencias culturales son problemas permanentes en un sistema complejo. Cualquiera que sea la política que podamos crear, como ciudadanos, como miembros del Estado, como miembros de la comunidad planetaria, resolverá el problema temporalmente. Debemos esperar que el problema se vuelva a presentar en cualquier otro momento y en cualquier otra parte.

Concluyendo la perspectiva que introduce con este esquema de análisis, renuncio a la idea de una solución final de los conflictos, de llegar a una especie de punto en el cual la sociedad se vuelve completamente transparente a sí misma, reflejándose perfectamente en sus relaciones. Ese ha sido un gran mito de la sociedad industrial. Lo que debemos esperar son sociedades plagadas de conflictos, en las cuales éstos se volverán parte vital del tejido social en condiciones que les permitan moverse dentro de sistemas que garanticen las reglas del juego, que les impidan transformarse en violencia y en disolución del sistema social.

Capítulo IV **EL DESAFÍO SIMBÓLICO DE LOS MOVIMIENTOS CONTEMPORÁNEOS**

¿Movilizaciones políticas o simbólicas?

A continuación voy a aplicar el marco conceptual esbozado antes, a la ola súbita de movilizaciones a favor de la paz que ha convulsionado a los países occidentales desde el comienzo de los años ochenta, con gigantescas manifestaciones desfilando por las principales capitales del mundo occidental. Esto es también un buen ejemplo de la nueva ola de acciones colectivas, cuyas características pueden aplicarse a muchas otras formas de movilizaciones contemporáneas (anti-apartheid, antirracistas, antipobreza, por los derechos humanos). Me referiré a los movimientos pacifistas sólo como un ejemplo de una lógica que puede ser extendida a otras formas de acción. Se pueden plantear dos cuestiones generales: ¿qué es lo que produce estas formas de movilización?, y ¿cuál es el significado de la acción individual y colectiva?

Para ambas cuestiones las respuestas pueden parecer obvias: la movilización es una reacción al cambio en los escenarios político y militar tras las decisiones relativas al despliegue de misiles nucleares en Europa, la paz es el objetivo, en cuanto bien universal amenazado por la carrera nuclear y por el riesgo de guerra total.

Las respuestas son tan obvias como incompletas y parciales, contienen la misma simplificación sobre el "movimiento pacifista" que la ya aplicada a otras formas de movilización reciente en las sociedades complejas.

Hasta el momento he hablado de movilizaciones pacifistas y no de movimiento pacifista porque, tal y como he explicado anteriormente, no creo que el concepto de "movimiento pacifista" tenga ninguna unidad analítica. Los fenómenos empíricos de años recientes son realidades multidimensionales que convergen, sólo gracias a una coyuntura específica, en el campo ofrecido por las movilizaciones pacifistas.

Los cambios en política militar proporcionan la oportunidad coyuntural para la emergencia y consolidación de diferentes elementos:

1) En primer lugar, se produce una reacción a los cambios en política militar que tiene dos aspectos: a) la movilización de actores políticos (en el sentido amplio de partidos, sindicatos, grupos de presión, asociaciones), y b) miedo colectivo a una catástrofe irreversible. En el primer caso, la lógica de la acción puede ser explicada casi en su totalidad en el marco de los sistemas políticos nacionales. Las dinámicas interiores, ya operativas en estos sistemas, son activadas por una coyuntura internacional: la "nueva izquierda" residual de los años setenta en la entonces República Federal de Alemania, o el Partido Comunista en Italia, encuentran en el tema de la paz una oportunidad para la acción política. El segundo elemento de la reacción es el miedo colectivo, que puede ser analizado como una suma de comportamientos atomizados, siguiendo los análisis clásicos del comportamiento de masas o comportamiento agregado (Smelser, 1963 y Alberoni, 1981).

2) Un segundo componente de las movilizaciones pacifistas es lo que denominaría un utopismo moral, que no es únicamente un fenómeno contemporáneo. Todo sistema social contiene cierta dosis de expectativas de tipo moral y totalizador en relación con la felicidad, la justicia, la verdad, etc. Estas demandas no tienen atribuciones sociales, no traen consigo intereses sociales específicos o proyectos histórico-prácticos. Se mantienen en las fronteras de las grandes religiones o grandes olas culturales y políticas, adoptando la forma de pequeñas sectas, de cultos heréticos, o de círculos teológicos. Los grandes procesos colectivos ofrecen un canal para expresar este utopismo moral, que de otro modo sobreviviría en enclaves marginales.

El tema de la paz es un campo de expresión para estas aspiraciones totalizadoras, que se hace visible mediante olas cíclicas ascendentes y descendentes. La coyuntura contemporánea internacional ofrece una oportunidad social y cultural para un fenómeno que sólo tiene un vínculo ocasional con la situación detonante.

3) Las movilizaciones pacifistas no se limitan a ser una reacción a la política militar reciente. Los actores políticos desempeñan un papel menor en la movilización. El miedo a las bombas no explica las pautas de solidaridad, organización e identidad del comportamiento colectivo reciente, que es muy diferente de un comportamiento agregado como el pánico. El utopismo moral no podría desprenderse de su marginalidad si no fuese impulsado por procesos colectivos que tienen sus raíces en otro lugar.

Mi hipótesis es que las movilizaciones pacifistas son expresión de conflictos en las sociedades complejas. Hay un salto cualitativo entre las movilizaciones recientes y el pacifismo de la década de los cincuenta. Pero, por otro lado, hay una continuidad con otras movilizaciones de la década de los setenta y principios de los ochenta (movilizaciones juveniles, feministas y ecologistas).

Por lo tanto, una comprensión adecuada de las movilizaciones pacifistas de los años ochenta precisa una consideración no sólo de la amenaza de guerra nuclear, sino del conjunto del sistema que la hace posible.

Hoy en día la información se ha convertido en un recurso clave del que dependen los sistemas contemporáneos para su supervivencia y desarrollo. La capacidad de acumular, procesar y transferir información ha alcanzado en los últimos 20 años niveles desconocidos en toda la historia de la humanidad.

Esto incrementa las características artificiales, "construidas". Gran parte de nuestras experiencias cotidianas tiene lugar en un entorno socialmente producido. Los medios de comunicación representan y son reflejo de nuestras acciones; los individuos incorporan y reproducen los mensajes en una especie de espiral autopropulsada. ¿De dónde proceden las imágenes y representaciones culturales ajenas a la "naturaleza" y a la "realidad" que recibimos y que producimos para nuestro mundo social?

El sistema social adquiere una dimensión planetaria, y los acontecimientos no son importantes en sí mismos por el lugar o el ámbito de la estructura social en el que tienen lugar, sino por su impacto simbólico en el sistema mundial.

Las sociedades basadas en la información desarrollan una producción cultural no directamente conectada a las necesidades de supervivencia o de reproducción. En este sentido son sociedades "posmaterialistas" que producen un "excedente cultural". Dado que la información no puede ser separada de la capacidad humana para percibirla, la intervención social afecta de manera creciente al ser humano. Sobre todo en los países más desarrollados, grandes inversiones en investigaciones en biología, en estudios sobre la motivación y sobre el cerebro, o los avances recientes en las neurociencias, hacen patente que las bases más profundas del comportamiento humano se convierten en campo de exploración e intervención, es decir, la estructura biológica y de la motivación del ser humano se convierte en un recurso valioso.

Una sociedad basada en la información redefine los conceptos de espacio y tiempo. El espacio pierde sus límites físicos y puede expandirse o contraerse en niveles difícilmente imaginables sólo hace unos años. Se puede almacenar toda una biblioteca en un volumen inferior al de un libro pero, al mismo tiempo, el espacio simbólico con el que todos podemos estar en contacto alcanza a todo el planeta e incluso al espacio extraterrestre.

El tiempo necesario para generar y procesar información se ha reducido con tal rapidez en los años recientes que todavía podemos experimentar la diferencia tremenda en comparación con otras experiencias humanas del tiempo. La diferencia existente entre el tiempo que precisa un ordenador para procesar información y el tiempo necesario para el análisis humano es aún enorme. Sin embargo, la investigación en inteligencia artificial ha avanzado en la dirección de reducir dicha diferencia. Pero la brecha más terrible, es la que concierne a otros tiempos de nuestra experiencia cotidiana, los tiempos interiores, tiempos de sentimientos y emociones, tiempos de preguntas sin respuestas, tiempos para unificar los fragmentos de la identidad personal.

El control sobre la producción, acumulación y circulación de la información depende de códigos que organizan y hacen inteligible esa información. En las sociedades complejas, el poder depende cada vez más de códigos operativos, de reglas formales y de organizadores del conocimiento. En la lógica operacional, la información no es un recurso compartido accesible a todo el mundo, sino una señal vacía, cuya llave está bajo el control de unos pocos. El acceso al conocimiento se convierte en el terreno de un nuevo tipo de poder y de conflictos. Además, la posibilidad de unificar la experiencia individual más allá de la racionalidad operacional se hace cada vez más difícil: no hay lugar para preguntas relativas al

destino individual, las opciones personales, la vida, el nacimiento, la muerte o el amor.

La "situación nuclear", en cuanto posibilidad de destrucción total, debe ser considerada en el marco que acabo de perfilar.

1) La situación nuclear es el ejemplo paradójico y extremo de la capacidad social para intervenir en la misma sociedad. Es la máxima expresión de una vida social "artificial" y autorreflexiva. Las sociedades contemporáneas se producen a sí mismas hasta un punto que incluye la posibilidad de destrucción final.

2) Esta situación, por vez primera en la historia de la humanidad, transforma la guerra y la paz en un problema global. La misma sociedad se ve afectada por una cuestión que afecta la supervivencia de la humanidad y que, por lo tanto, no puede ser restringida al área de la decisión técnica, militar o política. Mientras que la guerra, desde el punto de vista de la tecnología, es cada vez más el terreno de los especialistas, paradójicamente su significado es invertido y se transforma en una cuestión social general que nos afecta a todos.

3) Por primera vez en la historia, la guerra y la paz adquieren una dimensión planetaria y rompen los límites de las relaciones entre los Estados que han mantenido un monopolio sobre ellas en la historia moderna. El complejo sistema de relaciones que denominamos sociedad adquiere el poder de autodestrucción, pero al mismo tiempo dispone de las posibilidades de supervivencia y desarrollo. Lo "social" se convierte en el ámbito del poder, el riesgo y la responsabilidad.

4) La "situación nuclear" conduce la amenaza de guerra al campo de la información, en particular a un área simbólica. La guerra actual podría llegar a ser el final de toda guerra, trayendo consigo la desaparición de la humanidad. Entonces, la confrontación dentro de esos límites es necesariamente una lucha simbólica y una batalla por el control de la información. El concepto de disuasión, clave en las relaciones políticas y militares internacionales contemporáneas, opera preferentemente en un campo simbólico. Interviene en la información y representación de los oponentes, dando lugar a un juego de espejos en el que cada jugador trata de influir en el otro y de cobrar ventaja de la falta de agudeza del enemigo.

La situación militar contiene dos paradojas. Primera: si la sociedad genera el poder de autodestrucción, muestra tanto el más alto grado de autorreflexión, de capacidad de actuar sobre sí misma, como el potencial y fin último de su capacidad. Segunda: la situación es el producto de una sociedad de la información y, como tal, irreversible. Es virtualmente imposible que desaparezcan la información y la capacidad de producción referente a la bomba atómica y, por lo tanto, regresar a una sociedad prenuclear. Uno tendría que imaginarse una situación en la cual existiera un control total sobre la información, sobre la eliminación de datos y sobre la reescritura de la historia, en términos orwelianos. De otro modo, la bomba es una posibilidad inminente e irreversible para la humanidad; tanto un resultado de la ampliación de elecciones y oportunidades jamás producidas por la evolución material y cultura, como un riesgo irreversible. La única solución es ir más allá y afrontarlo.

La "situación nuclear" muestra analogías sustanciales con otras formas contemporáneas de intervención de la sociedad sobre sí misma. En especial la ingeniería genética, y todas las formas de acción voluntaria sobre las bases biológicas del comportamiento, la reproducción, el pensamiento y la vida misma, son formas de intervención sobre el destino humano como lo es la amenaza nuclear. La diferencia no es la irreversibilidad (que también podría ser aplicable a la

manipulación genérica o a los desastres ecológicos) sino las características específicas de la amenaza nuclear: el tiempo (la destrucción sería casi instantánea) y el espacio (la destrucción podría ser global), particularidades que convierten la guerra nuclear en incomparable con cualquier otra intervención en el futuro de la humanidad.

Por lo tanto, lo que está en juego en los movimientos contemporáneos, y en particular en las movilizaciones pacifistas, es la producción de la especie humana, en los ámbitos individual y colectivo: la posibilidad para el ser humano, en cuanto individuo y en cuanto especie, de controlar no sólo sus "productos", sino también su "formación", cultural y socialmente (y cada vez más, biológicamente). Lo que está en juego es la producción y la calidad de la existencia humana.

En la acción colectiva a favor de la paz se pueden encontrar varias dimensiones de este campo de conflictos emergente:

1) La lucha en contra de la política militar revela el carácter transnacional de los problemas y conflictos contemporáneos (Hegedus, 1983) y la interdependencia global del sistema planetario. La acción colectiva no sólo altera la configuración actual de las relaciones internacionales, sino también la lógica que las gobierna. El sistema mundial es formalmente un conjunto de relaciones entre estados soberanos, pero en realidad está dominado por la lógica de los bloques y por las ambivalencias entre el norte y el sur. En el interior de los imperios, los aparatos militares y tecnocráticos controlan los recursos de información y de toma de decisiones y son, asimismo, responsables del intercambio desigual entre las diferentes áreas del planeta. Lo caduco del sistema del estado-nación es tal vez el mensaje fundamental del pacifismo contemporáneo, incluso cuando aún hay gran cantidad de cuestiones "nacionales" sin resolver (Melucci y Diani, 1983). El tema de la paz es expresión de la reivindicación de que le sea concedido a la sociedad el poder de decidir y controlar su propia existencia, dentro de un nuevo conjunto de relaciones entre sus elementos (grupos, intereses, culturas y "naciones"). Un nuevo orden intersocietal no es una utopía sino una gran aspiración de nuestra situación planetaria, donde las naciones-Estado están en extinción, no debido al socialismo (el mito del fin del Estado), sino porque pierden su autoridad: desde arriba, una interdependencia política y económica multinacional y planetaria desplaza el actual centro de toma de decisiones a otros lugares; desde abajo, la multiplicación de centros autónomos de decisión concede a la "sociedad civil" un poder que nunca tuvo durante el desarrollo de los Estados modernos.

El problema de la gestión política de esta nueva situación no es nada sencillo; pero el sistema planetario debe comenzar por la transformación social de su naturaleza, si es que pretende encontrar nuevos medios políticos para su supervivencia.

Las movilizaciones pacifistas apuntan a la creciente dimensión decisional de la situación actual. La sociedad y su destino son construidos como resultado de sus decisiones y opiniones, productos de las relaciones sociales y de la aparente lógica fatal de los aparatos, pretendiendo poseer el derecho al monopolio de la "racionalidad".

3) La acción colectiva a favor de la paz pone de manifiesto, por último, la naturaleza contractual de la vida social en los sistemas complejos: la supervivencia de la humanidad depende de la capacidad de negociar objetivos. La discusión sobre los objetivos ha desaparecido de la escena de los debates colectivos, anulados éstos por los criterios operativos deben ser visibles, negociables, y estar bajo control.

La aceptación de la naturaleza contractual de las sociedades contemporáneas significa: a) reconocer que las diferencias de intereses y cierto grado de conflicto no pueden ser eliminadas en los sistemas complejos; b) reconocer la necesidad de límites, es decir, de reglas del juego, que pueden ser establecidos y alterados por medio de la negociación; c) el poder es uno de estos límites y su negociación depende de su visibilidad; y d) reconocer el riesgo, es decir, el carácter abierto y temporal de cada proceso de toma de decisiones para reducir la incertidumbre. El riesgo, que en términos éticos significa responsabilidad y libertad, es un componente irreversible de la situación contemporánea. No es mayor en la situación nuclear que en otras posibilidades de destrucción (biológica, química y ecológica) vinculada a la creciente intervención de la sociedad sobre sí misma. El riesgo apunta a que el destino de los seres humanos ha sido puesto en sus manos.

Una relectura del mundo

La forma de los movimientos contemporáneos, y entre ellos las movilizaciones pacifistas, es la expresión más directa del mensaje que la acción colectiva anuncia a la sociedad. El significado de la acción se encuentra en la acción en sí, más que en los objetivos pretendidos. Es decir, lo que caracteriza a los movimientos no es lo que hacen, sino lo que son.

La sociedad industrial nos ha legado una imagen de los movimientos sociales dibujada con rasgos trágicos. Actúan en la escena histórica, en el papel de héroes o villanos según el punto de vista adoptado, pero siempre orientados hacia grandes ideales o hacia un destino dramático. La historia de los siglos XIX y XX está repleta de estas imágenes, no simplemente retóricas. Han conservado su fuerza hasta hace pocos años. Los movimientos de los sesenta también la primera ola feminista de los años setenta, todavía pertenecen a esta representación épica, ergo, en la lucha del progreso contra la barbarie, todo el mundo puede elegir su bando y estar seguro del fracaso del enemigo.

A comienzos de los años ochenta casi nada de estas representaciones épicas parece haber sobrevivido. Los movimientos están perdidos, sin alternativa que ocupen su lugar. Pero aún perdura gran cantidad de redes sumergidas, de grupos y experiencias que insisten en considerarse a sí mismos "en contra". ¿Pero quién se preocupa de ellos? Parecen más interesados en sí mismos que en el mundo exterior, aparentemente ignoran la política, no luchan en contra del poder. Carecen de líderes prominentes, la organización parece ineficiente, el desencanto ha reemplazado los grandes ideales. Numerosos observadores consideran estas realidades, que no cambian el sistema político ni están interesadas en los efectos institucionales de su acción, como fenómenos residuales y folklóricos en el gran escenario de la política.

Por el contrario, estoy convencido de que estas formas de acción pobres y desencantadas, son la semilla de un cambio cualitativo en la acción colectiva contemporánea. Sin duda, los movimientos contemporáneos ejercen cierta influencia sobre las instituciones políticas, a pesar de que no estén exclusivamente orientados hacia el cambio político. Modernizan las instituciones, las nutren de nuevas élites que renuevan la cultura y la organización; pero el conflicto va más allá de la renovación institucional, hasta afectar el significado de la acción individual y los códigos que condicionan los comportamientos. Por lo tanto, los movimientos contemporáneos deben ser interpretados en rangos diferentes.

Hay en su acción un componente que influye en las instituciones, gobiernos y políticas; hay estímulos a favor de la renovación de culturas, lenguajes y hábitos.

Todos estos efectos facilitan la adaptación de los sistemas complejos a las transformaciones del ambiente y a los ritmos acelerados de cambios internos a los que están expuestos.

Pero más allá de la modernización, más allá de la innovación cultural, los movimientos cuestionan a la sociedad en algo "más". Se preguntan: ¿quién tiene la potestad de decidir sobre los códigos?; ¿quién dicta las reglas de normalidad?; ¿cuál es el espacio para la diferencia?; ¿cómo puede ser reconocido, no por estar incluido, sino por ser aceptado como diferente, no por incrementar la cantidad de intercambios sino por afirmar otro tipo de intercambio?

Este es el mensaje más profundo y al mismo tiempo oculto de los movimientos. Los movimientos plantean a los aparatos racionalizadores cuestiones no admitidas. En tanto que el problema se convierte en hacer operativo lo decidido por un poder anónimo, los movimientos se preguntan hacia dónde nos dirigimos y por qué. Su voz es difícil de oír porque es particularista en su origen, es decir, parte de una condición o localización específica (en cuanto jóvenes, mujeres, etc.). No obstante, se dirigen hacia el conjunto de la sociedad. El problema que plantea afecta la lógica global de los sistemas contemporáneos.

Partiendo de una condición biológica y social temporal, el movimiento juvenil ha anunciado a la sociedad el problema del tiempo. Ser joven no se limita a una simple definición biológica; se ha transformado en una definición simbólica. No se es joven simplemente por la edad; también se asumen características culturales de variabilidad y temporalidad propias de la juventud. La condición juvenil es el espejo mediante el cual se plantea una apelación más general, es decir, el derecho a invertir el tiempo de la vida, a tomar decisiones existenciales y profesionales de carácter temporal, a disponer de un tiempo no solamente medido por el ritmo de la eficacia operativa.

Enraizado en el particularismo de una condición marcada por la biología y la historia, el movimiento feminista ha planteado una cuestión fundamental que nos afecta a todos quienes habitamos en sistemas complejos: ¿cómo es posible la comunicación, cómo comunicarnos con el "otro" sin negar la diferencia emanada de las relaciones de poder? Por encima de la demanda de igualdad y de inclusión en el ámbito de los derechos masculinos, las mujeres están hablando del derecho a la diferencias y a la "otredad". Esta es la razón por la que en ocasiones eligen el silencio, pues es complicado encontrar palabras distintas a las empleadas por el lenguaje dominante.

La nebulosa ecologista surgida en la última década incluye diversos elementos: modernización del sistema, nuevas élites en formación, pero también orientaciones conflictivas que alteran la lógica de las relaciones entre el ser humano y la naturaleza y entre el hombre y su naturaleza. Esta cultura ecologista plantea la cuestión de cómo enfrentarnos con la naturaleza tanto dentro como fuera de nosotros. El cuerpo, la estructura biológica y el medio ambiente son los límites para la "creación destructiva" de las sociedades tecnológicas. ¿Dónde se va a detener la intervención humana? ¿Cuál es el lugar para la "naturaleza" que aún integra y rodea la vida humana?

Las sociedades contemporáneas han eliminado del campo de la experiencia humana lo que no era mensurable y controlable, lo que en el mundo tradicional pertenecía a la dimensión de lo sagrado. El significado final de la existencia, las cuestiones acerca de lo que escapa a la experiencia humana, alimentan una nueva prospección "religiosa" o simplemente una necesidad de vincular el cambio externo a una plenitud interna. Emerge un área heterogénea en busca de una "nueva conciencia". Parece muy alejada de las formas tradicionales de los movimientos

conflictivos. Sin embargo, cuando no estamos enfrentados con corporaciones multinacionales vendiendo seguridad, podemos constatar un modo de resistencia a los códigos operacionales, una llamada a las tinieblas, una búsqueda de la unidad interior frente a los imperativos de la eficacia.

Todas estas formas de acción colectiva, alteran la lógica dominante en un terreno simbólico. Cuestionan la definición de los códigos, la lectura de la realidad. No exigen, sino que ofrecen. Lo que ofrecen por medio de su propia existencia son otros modos de definir el significado de la acción individual y colectiva. No separan el cambio individual de la acción colectiva, sino que proclaman una llamada general al aquí y al ahora de la experiencia individual. Actúan como nuevos medios de comunicación, es decir, alumbran a lo que todo sistema oculta de sí mismo, el grado de silencio, violencia e irracionalidad siempre velado en los códigos dominantes.

Simultáneamente, por medio de lo que hacen o, mejor, por el modo en que lo hacen, los movimientos anuncian a la sociedad que algo "más" es posible. Al igual que otras formas de movilización, las pacifistas coagulan y hacen visible esta "nebulosa" sumergida. Ofrecen un terreno para la acción externa a redes de solidaridad que habitan en diferentes áreas de la sociedad y comparten el deseo de inversión cultural y de cambio simbólico del sistema. Los compromisos breves y contractuales, a la coincidencia entre objetivos colectivos y experiencia individual de cambio, el carácter global del llamado y el particularismo de la localización social de los actores, todos ellos son aspectos de las movilizaciones colectivas. En el tema de la paz, como en otras formas de movilizaciones contemporáneas, podemos presenciar el final de la distinción entre las dimensiones expresiva e instrumental de la acción. El medio es el mensaje, y la acción devuelve al sistema sus propias paradojas.

Retomando la política

Aparentemente el impacto de las formas contemporáneas de acción colectiva no puede ser medido. Los movimientos están conscientes de la paradoja de ser al mismo tiempo vencedores y vencidos. Desde el momento en que alteran los códigos culturales dominantes, su mera existencia supone una inversión de los sistemas simbólicos incorporados a las relaciones de poder. Los conceptos de éxito y fracaso carecen de sentido si nos referimos al cambio simbólico.

Pero los movimientos no son sólo portadores de un mensaje cultural: también son organizaciones que se enfrentan a los sistemas políticos al elegir la movilización popular. Según este punto de vista, son agentes de modernización, estimulan la innovación, e impulsan medidas de reforma. Proporcionan nuevas élites, garantizan la renovación de personal en las instituciones políticas, crean nuevas pautas de comportamiento y nuevos modelos de organización. En consecuencia, su impacto puede ser medido, pero no se debe olvidar que sólo es una dimensión, y no siempre la más importante, de la acción colectiva contemporánea.

Aquellos que enfatizan la falta de eficacia de estas formas de acción, no sólo no captan el antagonismo simbólico sino que subestiman el impacto político de las movilizaciones.

Por ejemplo, las movilizaciones pacifistas tienen efectos transnacionales: por vez primera la acción, incluso localizada en un contexto nacional específico, tiene efectos en el nivel planetario y sobre el sistema de relaciones internacionales. Paradójicamente, la ausencia de movilizaciones en el este de Europa es parte del mismo escenario: revela y evidencia la estructura autoritaria de estas sociedades y el nivel de represión que el poder tiene que emplear para controlarlas.

La acción colectiva actúa también como un multiplicador simbólico: puesto que no está guiada por criterios de la eficacia, cambia la lógica operacional de los aparatos tecnocrático-militares y cuestiona las bases de su poder. Obliga a los aparatos a justificarse, los empuja a hacer pública su lógica y la debilidad de sus "razones". Hace visible el poder. En sistemas en los que el poder se convierte cada vez más en anónimo y neutral, en los que es incorporado en procedimientos formales, hacerlo visible es un logro político fundamental: es la única condición para negociar las reglas y para hacer las decisiones sociales más transparentes.

Lo que las movilizaciones pacifistas plantean a la conciencia colectiva es que la supervivencia de las sociedades, del mismo modo que la vida individual, ya no está asegurada por un orden metafísico o por una ley histórica (progreso o revolución). Por primera vez las sociedades se hacen radicalmente conscientes de su contingencia, se dan cuenta de que son arrojadas al mundo, descubren que no son necesarias y que de este modo son irreversiblemente responsables de sus destinos. La catástrofe, el sufrimiento, la libertad, todo forma parte del futuro posible, y no hay acontecimientos fatales. Además, no hay bienestar colectivo que pueda ser asegurado como una solución final, sino que tiene que ser renovado mediante decisiones, negociaciones y acciones. Es decir, mediante una actividad del tipo polis.

Pero, de ser así, en las sociedades complejas un problema crítico es la relación entre las instituciones políticas y los protagonistas de la acción colectiva emergente. ¿Qué tipo de representación podría dotar de eficacia política a los movimientos, sin que ello significase una merma de su autonomía?, ¿de qué modo los movimientos pueden transformar sus mensajes en cambios políticos efectivos? Desde luego, estas interrogantes no tienen fácil respuesta. Pero si asumimos que la estructura y orientaciones de los movimientos contemporáneos se desplazan en la dirección apuntada, se pueden extraer dos conclusiones:

Primero, las formas organizativas de las instituciones políticas tradicionales, incluidas las procedentes de una tradición de izquierda, son en sí mismas inadecuadas para representar las nuevas demandas colectivas. Las organizaciones políticas se caracterizan por representar intereses relativamente estables; por perseguir intereses a largo plazo mediante la acumulación de resultados a corto plazo; por mediar entre diferentes demandas por medio de la acción profesional de representantes. Esta estructura, aunque sometida a sucesivos ajustes, todavía cumple importantes funciones en los sistemas políticos occidentales, pero ni siquiera puede escuchar la voz de los movimientos y, cuando lo hace, se muestra incapaz de adaptarse a la pluralidad de actores y temas que la acción colectiva incorpora.

Segundo, debido a la fragmentación de la acción colectiva, los movimientos sociales no pueden sobrevivir en las sociedades complejas sin alguna forma de representación política. La existencia de canales de representación y de actores institucionales capaces de traducir a "decisiones" el mensaje de la acción colectiva, es la única condición que preservaría a los movimientos de la atomización o de la violencia marginal. La apertura del sistema político, y su capacidad de repuesta, despejan el camino y posibilitan la existencia de la acción colectiva. Pero los movimientos no se agotan en la representación; la acción colectiva sobrevive por encima de la mediación institucional; reaparece en nuevas áreas del sistema social y alimenta nuevos conflictos.

Las movilizaciones de los años ochenta son ilustrativas de que, en la transición de la latencia a la visibilidad hay una función desempeñada por las organizaciones transitorias al proporcionar recursos financieros y técnicos para campañas públicas

en temas específicos, al tiempo que se reconoce la autonomía de las redes sumergidas. Es un modo de redefinir e inventar formas de representación política, y también una oportunidad para los actores políticos tradicionales para incorporar nuevas demandas.

Un nuevo espacio político es proyectado más allá de la tradicional distinción entre Estado y "sociedad civil"; un espacio público intermedio, cuya función no es ni institucionalizar los movimientos ni transformarlos en partidos, sino hacer que la sociedad escuche sus mensajes y los convierta en decisiones políticas, mientras que los movimientos mantienen su autonomía (Cohen, 1982 y 1983).

Los conflictos y el poder no pueden tener los mismos protagonistas. El mito de los movimientos transformándose en un poder transparente, ya ha dado lugar a dramáticas consecuencias. La distancia entre los procesos por los que se forman las demandas y los conflictos, por un lado, y las estructuras cumpliendo con objetivos e integrando el sistema, por el otro, es una condición para hacer visible el poder, esto es, negociable. El ensanchamiento del espacio público, entre movimientos e instituciones, es la tarea de una democracia "postindustrial" verdadera, una tarea en la que tanto movimientos como actores políticos están comprometidos.

¿Qué hay de nuevo en los "nuevos movimientos sociales?"

¿Nuevos movimientos?

En los sistemas de alta densidad de información, los individuos y los grupos deben poseer cierto grado de autonomía y capacidades formales de aprendizaje y acción, que les permitan funcionar de forma fiable y con un considerable grado de autorregulación. Simultáneamente, los sistemas muy diferenciados tienen serias necesidades de integración y transfieren el centro del control social desde el contenido de la acción a sus lenguajes, desde la regulación externa de las conductas a la intervención en sus precondiciones cognoscitivas y motivacionales. Los conflictos tienden a producirse en las áreas del sistema más directamente involucradas en la producción de recursos de información y comunicación, que al mismo tiempo están sometidas a intensas presiones de integración. Mediante la producción y procesamiento de información se construyen las dimensiones cruciales de la vida diaria (el tiempo y el espacio, las relaciones interpersonales, el nacimiento y la muerte), la satisfacción de las necesidades individuales en los sistemas que se rigen por los principios del estado de bienestar, la formación de la identidad social e individual en los sistemas educativos. Individuos y grupos reciben un volumen creciente de información con la que se autodefinen y construyen sus espacios de vida.

Al mismo tiempo, estos procesos son regulados por un amplio sistema de control social que trasciende la esfera individual para invadir el propio ámbito donde se configura el sentido de la acción individual. En la actualidad, son objeto de control social y de manipulación, dimensiones de la vida que eran tradicionalmente consideradas como "privadas" (el cuerpo, la sexualidad, las relaciones afectivas), o "subjetivas" (procesos cognoscitivos y emocionales, motivos, deseos), e incluso "biológicas" (la estructura del cerebro, el código genético y la capacidad reproductora). Sobre estos campos detentan el poder, el aparato tecnocientífico, las agencias de información y comunicación y los centros de decisión política. Y es precisamente en relación con esos aspectos de la vida donde surgen las demandas de autonomía que impulsan la acción de individuos y grupos, donde éstos plantean

su búsqueda de identidad al transformarlos en espacios reapropiados, donde se autorrealizan y construyen el significado de lo que son y lo que hacen. Por consiguiente, los conflictos son protagonizados por actores temporales que operan como reveladores, haciendo surgir los dilemas cruciales de la sociedad. Los que describo aquí –sin pretender atribuir a esta exposición un carácter exhaustivo respecto a la variedad de conflictos sociales- se plantean en el terreno de la apropiación y reapropiación de unos recursos que son cruciales para una sociedad basada en la información. Estos mismos procesos generan nuevas formas de poder y oposición: el conflicto sólo surge en la medida en que sus protagonistas luchan por el control del potencial para la acción colectiva que produce una sociedad. Este potencial ya no está exclusivamente basado en recursos materiales o en ciertas formas de organización, sino que progresivamente radica en la capacidad de producir información. Los conflictos no se expresan principalmente, mediante una acción dirigida a obtener resultados en el sistema político, sino que representan un desafío a los lenguajes y códigos culturales que permiten organizar la información. El incesante flujo de mensajes sólo adquiere significado por medio de los códigos que lo ordenan y hacen posible interpretar sus significados. Las formas de poder que están surgiendo en las sociedades contemporáneas se fundan en la capacidad de “informar” (dar forma). La acción de los movimientos ocupa el mismo terreno y es en sí misma un mensaje que se difunde por la sociedad y transmite formas simbólicas y pautas de relación que iluminan “el lado oscuro de la luna” –un sistema de significados que impugna el que los aparatos tecno-burocráticos intenten imponerse sobre los acontecimientos individuales y colectivos-. Este tipo de acción tiene efectos sobre las instituciones porque selecciona nuevas élites, moderniza las formas organizativas, crea nuevos objetivos y nuevos lenguajes. Pero al mismo tiempo, cuestiona la racionalidad instrumental que guía los aparatos que gobiernan la producción de información, e impide que los canales de representación y decisión, propios de una sociedad pluralista, adopten la racionalidad instrumental como la única lógica desde la cual se gobiernan sistemas complejos. Esa racionalidad se aplica solamente a los procedimientos e impone el criterio de eficiencia y efectividad como el único válido para medir el sentido de las cosas. La acción del movimiento revela que esa neutral racionalidad de los medios enmascara determinados intereses y formas de poder; muestra que es imposible enfrentarse al enorme desafío de vivir juntos en un planeta que se convierte en una sociedad global sin discutir abiertamente sobre los “fines” y “valores” que hacen posible la coexistencia de las personas. Ese debate ilumina los dilemas insuperables con que se enfrentan las sociedades complejas, y al hacerlo nos fuerza a asumir de lleno la responsabilidad por nuestras decisiones sobre dichos fines y valores, y por los conflictos que producen.

En lo que se refiere a las formas de acción que conciernen a la vida cotidiana y a la identidad individual, los movimientos contemporáneos se distancian del modelo tradicional de la organización política y asumen una creciente autonomía de los sistemas políticos. Esos movimientos van a ocupar un espacio intermedio de la vida social, en el cual se entrelazan necesidades individuales e impulsos de innovación política. Las características de estos movimientos hacen que la eficacia de los conflictos sociales pueda ser garantizada sólo por la mediación de los actores políticos, pero sin reducirse nunca a ella. El impulso innovador de los movimientos no se agota en una transformación del sistema político por obra de los actores institucionales; sin embargo, la posibilidad de que las demandas colectivas se expandan y encuentren espacio depende del modo en que los actores políticos logren traducir en garantías democráticas las demandas procedentes de la acción colectiva.

En el desarrollo de mi reflexión en este campo he abandonado el concepto de relaciones de clase que estaba presente todavía en mis primeros trabajos. Ese concepto está inseparablemente vinculado a la sociedad industrial de tipo

capitalista y era utilizado para definir un sistema de relaciones conceptuales dentro de las cuales tiene lugar la producción y la apropiación de los recursos sociales. La referencia a las relaciones de clase, expresaba el intento de mantener abierta la reflexión sobre los conflictos sistémicos y las formas de dominio en las sociedades complejas. Con este fin se empleaba una categoría tradicional que ponía el acento sobre la dimensión relacional y conflictual que caracteriza la producción de las orientaciones fundamentales de una sociedad. Sin embargo, en sistemas como los contemporáneos, donde pierden consistencia las clases como grupos sociales reales, hacen falta conceptos más adecuados –sin anular el problema teórico que nos hereda la categoría de relaciones de clase: saber dentro de qué relaciones y con qué conflictos tiene lugar la producción y la apropiación de los recursos cruciales en un sistema determinado-. Plantearse esta pregunta es esencial para comprender la doble articulación de autonomía y dependencia que caracterizan al sistema político, y la relación entre movimientos y procesos de representación y de decisión.

Por lo tanto, el problema teórico planteado es si existen formas de conflicto que chocan con la lógica constitutiva de un sistema. La referencia al modo de producción se encuentra demasiado ligada al reduccionismo economicista que está en el origen del concepto. La producción no puede ser restringida a la esfera económico-material, sino que abarca el conjunto de las relaciones sociales y las orientaciones culturales. El problema consiste en si todavía se puede hablar de conflictos antagonistas: aquellos que chocan con las relaciones sociales, las cuales producen el recurso constitutivo de los sistemas complejos, es decir, la información. Las teorías del mercado político o del comportamiento estratégico nos enseñan que muchos conflictos contemporáneos, a veces incluso violentos, son expresión de categorías sociales excluidas, que reclaman acceso a las formas de representación social. La demanda de inclusión en un sistema institucionalizado de beneficios puede aun ser radical, pero no implica antagonismo hacia la lógica del sistema sino más bien un impulso redistributivo.

Sin embargo, si no existe un espacio analítico para mantener abierta la pregunta acerca de los conflictos antagonistas, ésta deja de plantearse sin que se haya dado respuesta al problema que plantea, pero también sin haber demostrado su inutilidad. En este sentido, la izquierda europea parece estar sustituyendo el modelo marxista por otro de intercambio o de racionalidad en las decisiones. Personalmente, en el pasado me he ocupado de conflictos de clase, lo hice en un cuadro constructivista y sistémico ya muy alejado del modelo marxista; el intento de explicar los conflictos contemporáneos únicamente en términos de intercambio, me parece muy poco correcto. Creo que se debe mantener abierta la pregunta sobre el carácter sistémico de los conflictos: ¿Qué significa el término "lógica de sistema", en sistemas muy diferenciados?, ¿es posible identificar conflictos antagonistas sin que los actores se caractericen por una condición social estable?, ¿los lugares de conflicto pueden ser variables? Estas preguntas se vuelven hipótesis estimulantes de trabajo si se mantiene abierto el espacio analítico para formularlas, y son las que pueden orientar la interpretación de los movimientos contemporáneos.

Los críticos de los "nuevos movimientos" como Tilly y Tarrow, sitúan esos fenómenos en un plano exclusivamente político. Un reduccionismo de este tipo elimina la cuestión de la aparición de un nuevo paradigma de la acción colectiva: ¿Puede decirse que los movimientos contemporáneos revelan conflictos sistémicos que no están relacionados con los del capitalismo industrial? Esa pregunta simplemente desaparece del discurso analítico sin una argumentación detallada o bien articulada de la respuesta negativa implícita. Por otra parte, se ignoran aquellas dimensiones específicamente sociales de la acción que son tan importantes para los nuevos movimientos. De ahí, resulta una "miopía de lo visible", propia de

un enfoque que se concentra exclusivamente en los aspectos mensurables de la acción colectiva, es decir, en la relación con los sistemas políticos y los efectos sobre las directrices políticas, mientras que descuida o menosprecia todos aquellos aspectos de esa acción que consisten en la producción de códigos culturales; y todo ello, a pesar de que la elaboración de significados alternativos sobre el comportamiento individual y colectivo constituye la actividad principal de las redes sumergidas del movimiento, además de la condición para su acción visible. De hecho, cuando un movimiento se enfrenta públicamente con los aparatos políticos en cuestiones concretas, lo hace en nombre de los nuevos códigos culturales creados en un plano de acción oculta que es bastante menos ruidoso y más difícil de medir.

¿Hay conflictos antagónicos de naturaleza sistémica en los fenómenos colectivos contemporáneos? O, por el contrario, ¿hay fenómenos de marginalidad social, de comportamiento colectivo, o simples reajustes del mercado político? A preguntas tan generales sólo se puede responder con la condición de agotar antes otros niveles de explicación de la acción colectiva, por ejemplo: en términos de disfunciones o de crisis (Alberoni, 1977 y 1981 y Turner y Killian, 1987), o en términos de cambio político (Pizzorno, 1978, 1985 y 1987): Muchos de los conflictos contemporáneos pueden explicarse a partir del funcionamiento del mercado político, como expresiones de categorías o grupos sociales excluidos que intentan obtener representación política (Tilly, 1978 y 1986 y Tarrow, 1989). En esos casos, no existe una dimensión antagónica del conflicto, sino sólo una demanda de participación en un sistema de beneficios y normas del cual se está excluido. Si los límites en un sistema de beneficios y normas del cual se está excluido (Gamson, 1990 y 1982), pero no implica necesariamente antagonismo hacia la lógica del sistema; manifiesta más bien la exigencia de una distribución diferente de los recursos o de nuevas reglas (McCarthy y Zald, 1977); Jenkins, 1983, y McCarthy, 1981). Del mismo modo, en una organización poco funcional se pueden producir serios conflictos cuyo objetivo, sin embargo, es restablecer el funcionamiento de la organización misma. Los movimientos estudiantiles de los años sesenta y otros más recientes en varios países europeos (España, 1987, Francia e Italia, 1990) fueron impulsados por el rechazo del comportamiento autoritario del sistema educativo y por una demanda común de mayor eficacia y relevancia respecto a este último.

Una vez agotada la capacidad explicativa de estas dimensiones es necesario preguntarse si queda algo por explicar, y mantener abierto un espacio teórico en el que todavía pueda formularse la pregunta sobre la existencia de conflictos de carácter sistémico. De otro modo, esta pregunta es cancelada sin habersele dado respuesta o sin haber demostrado su inutilidad.

Los científicos sociales todavía son herederos de una tradición que sitúa en las "estructuras", las lógicas de interpretación y explicación de los hechos, al margen de las relaciones cotidianas que los actores establecen en el proceso de construir el sentido de su acción. La "lógica" de un sistema no necesariamente debe buscarse en los "intereses a gran escala" o en otras formas más visibles de poder; también se encuentra en niveles más simples de la vida social, en los que tiene lugar la interacción de los actores, donde se definen las oportunidades y los límites de su acción. En la actualidad, conforme empiezan a ser excluidas las explicaciones que intentaban abarcarlo todo (como aquellas tan generales que aludían a la "lógica del capitalismo"), su lugar está siendo ocupado por una especie de "retirada teórica" hacia una explicación de las relaciones sociales que se plantea solamente en términos de intercambio, o hacia una reordenación de las teorías anteriores que es puramente terminológica. De este modo, la transformación que está teniendo lugar en los sistemas contemporáneos es designada con términos alusivos (sociedad compleja, posindustrial y de capitalismo tardío), desde el supuesto de que estos

tipos de sociedad presentan una lógica significativamente distinta a la del capitalismo industrial. Pero ello conduce a descuidar o suprimir los problemas teóricos que ese supuesto plantea. La pregunta sobre los conflictos antagonistas de carácter sistémico, mantiene abierta una serie de interrogantes con las que debe enfrentarse la reflexión teórica actualmente. Por ejemplo, una cuestión de singular importancia teórica es si se puede pensar en una lógica dominante que necesariamente se manifiesta en una forma global y omniabarcante, pero que se distribuye por medio de diversas áreas del sistema y produce gran variabilidad de lugares y actores del conflicto. Esta clase de lógicas difícilmente puede identificarse en el comportamiento "funcional" de los grandes aparatos de poder, sino en la interacción diaria, como nos han enseñado los etnometodólogos.

Enfrentarse a este tipo de cuestiones, demanda ir más allá del legado dualista del siglo XIX, que oponía estructuras a representaciones, o sistemas a actores sociales (Giddens, 1984 y Crozier y Friedberg, 1977). Es necesario volver a plantearse la acción social a partir del proceso por el cual su significado se construye en la interacción social (Neisser, 1976; Von Foerster, 1973; Watzlawick, 1984; Von Glaserfeld, 1985). Son los actores sociales quienes producen el sentido de sus actos mediante las relaciones que entablan entre ellos. Pero la interacción nunca es un proceso completamente manifiesto, sino que depende del campo de oportunidades y constricciones que los actores observan y utilizan. La dominación y el poder no son realidades metafísicas que existan fuera de los juegos de los actores; son la expresión más sólida, permanente y desequilibrada de esos juegos. Por tanto, los conflictos actúan como señales que nos indican el carácter construido de la acción social y su tendencia a cristalizar en "estructuras" y "sistemas".

Sociedad de la información

¿Dónde se sitúa entonces la acción de los movimientos contemporáneos?, ¿cuál es su campo de acción? Las sociedades complejas producen en virtud de una integración creciente de las estructuras económicas, los aparatos de gestión política y las agencias culturales. Los bienes "materiales" son producidos a través de la mediación de sistemas informativos y de universos simbólicos controlados por las grandes organizaciones. Esos bienes incorporan información y se convierten en signos que circulan por mercados de ámbito mundial (Touraine, 1974, 1978 y 1984 y Habermas, 1984). Los conflictos se desplazan del sistema económico-industrial hacia el ámbito cultural: se centran en la identidad personal, el tiempo y el espacio de vida, la motivación y los códigos del actuar cotidiano. Los conflictos ponen al desnudo la lógica que se está imponiendo en sistemas muy diferenciados. Estos últimos asignan un creciente número de recursos a los individuos, con los que se convierten en centros autónomos de acción; pero los sistemas precisan cada vez más de integración social. Para mantenerse deben ampliar su capacidad de control hasta la motivación profunda de la acción y mediante la intervención en los procesos de construcción del sentido. Los conflictos contemporáneos revelan estas contradicciones al situar, en primera línea, a actores y formas de acción que no corresponden a las categorías convencionales del conflicto industrial o de la competencia entre grupos de interés. La pugna por la producción y reapropiación del significado parece constituir el núcleo central de estos conflictos contemporáneos; y ello implica una cuidadosa redefinición de lo que es un movimiento social y sus formas de acción.

A lo largo de la historia, las sociedades se articularon en torno al ciclo entero de los recursos que alimentan cada sistema viviente (materia, energía e información).

Hubo sociedades que se estructuraron principalmente sobre recursos materiales, otras que hicieron de la energía la llave de su desarrollo (el vapor y la energía eléctrica como motores de la industrialización) y, hoy en día, sistemas que dependen de la información para subsistir, controlar su entorno, proyectarse hacia el espacio y mantener el delicado equilibrio que las preserva de la amenaza de la guerra total.

La "revolución electrónica", permite concentrar enormes cantidades de circuitos en espacios que eran impensables hasta hace veinticinco años, transformando no sólo el tamaño del ordenador sino aumentando vertiginosamente la velocidad de tratamiento de las informaciones, y ampliando enormemente la cantidad de datos que pueden ser almacenados. Paralelamente, el progreso en las tecnologías de la comunicación hace posible que las informaciones puedan ser recogidas, procesadas y transmitidas en tiempos brevísimos, sin límites de espacio.

¿Cuáles son las características de una sociedad de la información? De las transformaciones que he recordado destacan, en primer lugar, el carácter reflexivo, artificial y construido de la vida social. Gran parte de las experiencias de vida en las sociedades complejas esta formada por experiencias "de grado n", es decir, tienen lugar en contextos producidos por la acción social, representados y retransmitidos por los medios de comunicación, interiorizados y regulados en una especie de espiral que crece sobre sí misma y que hace de la "realidad" un recuerdo o un sueño. La mayor parte de las actividades banales de la vida cotidiana, ya está fijada y depende del impacto de las transformaciones en el campo de la información. Las nuevas tecnologías incorporan una cantidad creciente de información y contribuyen, a su vez, a la expansión masiva de la que se produce. También aquí, un movimiento en espiral parece multiplicar la reflexividad de la acción social.

Otro aspecto de este proceso es la planetarización del sistema. La forma en que hoy circula la información, unifica potencialmente el sistema mundial y plantea nuevos problemas de carácter transnacional respecto al control, circulación e intercambio de esa información. Al mismo tiempo, se está produciendo la mundialización de los problemas y los terrenos en los que nacen los conflictos. De la localización territorial de un problema deviene un aspecto secundario respecto a su impacto simbólico sobre el sistema planetario. Ese proceso de globalización reactiva aquellas formas de acción colectiva basadas en la etnia y la nación, que intentan conferir una base estable y reconocida a la identidad. Los viejos litigios sobre la nación, los procesos que fueron interrumpidos o históricamente reprimidos por el surgimiento del Estado-nación, son paradójicamente revitalizados por el desarrollo de un espacio global y transnacional. Los símbolos étnicos y las referencias concretas a la Madre patria constituyen una base real –por sus raíces en la lengua y la cultura- para la identidad de individuos y grupos en un contexto que ha perdido sus fronteras tradicionales. Los movimientos étnico-nacionalistas son, al mismo tiempo, los últimos vestigios del proceso de modernización y la señal de que el modernismo ha quedado atrás.

En un sistema que en sus sectores más avanzados ocupa 50% de la población para actividades relacionadas con la producción, tratamiento y circulación de la información, forzosamente este recurso fundamental estructura la vida social. La información es un recurso de naturaleza simbólica, es decir, reflexiva. No es una cosa, sino un bien que para ser producido e intercambiado requiere de capacidad de simbolización y decodificación. Es por lo tanto un recurso que llega a serlo para la sociedad en su conjunto sólo cuando otras necesidades ya están satisfechas, y cuando la capacidad de producción simbólica se vuelve suficientemente autónoma de las constricciones de la reproducción. El concepto "sociedad posmaterial" destaca, al menos, un aspecto de las transformaciones en curso, a saber, que los

sistemas que se apoyan cada vez más sobre los recursos informativos, presuponen la adquisición de una base material, y la capacidad de construir universos simbólicos dotados de autonomía (que deviene a su vez en condiciones para la reproducción o ampliación de esa misma base material).

La información no existe con independencia de la capacidad humana para percibirla. La posibilidad de utilizar un recurso reflexivo como éste, depende de las estructuras biológicas y motivacionales del ser humano, como emisor y receptor de información. La inversión masiva que hacen las sociedades más avanzadas en investigación biológica sobre el cerebro y los mecanismos motivacionales y relacionales del comportamiento muestra que el papel de la información, como recurso decisivo, ocupa una extensión de la intervención humana sobre la "naturaleza interna", un aumento de la capacidad de autorreflexión que alcanza hasta la "producción de reproducción" hasta la intervención sobre la estructura biológica profunda de la especie.

Si la información se caracteriza por la velocidad de circulación y por su rápida obsolescencia, resulta crucial controlar los códigos que permiten organizar y decodificar informaciones mutables. El conocimiento es entonces cada vez menos un saber de contenidos y deviene en la capacidad de codificar y decodificar mensajes. La información es lineal, acumulativa y constituye la base cuantitativa del proceso cognoscitivo. El conocimiento estructura, establece relaciones, vínculos y jerarquías. En la actualidad, crece de forma terrorífica el vacío existente entre estos dos niveles de la experiencia y lo que tradicionalmente se ha llamado sabiduría. La sabiduría tiene que ver con la percepción del sentido y con la capacidad de integrarlo en la existencia individual. La sabiduría es la capacidad de mantener un núcleo íntegro de la experiencia en las relaciones consigo mismo, con el otro, con el mundo.

A medida que la información se convierte en el recurso fundamental para los sistemas complejos, estos tres niveles tienden a separarse. El control de la producción, acumulación y circulación de información depende del control de los códigos que permiten procesarla. Ese control no está uniformemente distribuido y por ello el acceso al conocimiento deviene el terreno donde surgen nuevas formas de poder, nuevas discriminaciones y nuevos conflictos. Al mismo tiempo, cada vez es más frágil el sentido de la experiencia individual, la capacidad de ordenar la cantidad creciente de información de la cual cada uno es emisor y receptor. Se produce una fisura entre el ámbito del conocimiento instrumental, vinculado a la manipulación eficaz de los códigos simbólicos que seleccionan, ordenan y dirigen la información, y la búsqueda de la sabiduría como integración del sentido en la experiencia personal.

De ahí la importancia que adquiere la búsqueda de identidad, la exploración del "sí mismo" (self) que llega a los ámbitos más intrincados de la acción humana, a saber, el cuerpo, las emociones, las dimensiones de la experiencia no reductibles a la racionalidad instrumental. De ahí también, el redescubrimiento de una alteridad incurable (el otro, lo otro y lo sagrado), de un espacio de silencio que se sustrae al flujo incesante de comunicaciones codificadas, que busca en lo más privado para recomponer los fragmentos dispersos de una experiencia humana constantemente suspendida en el límite entre el nacimiento y la muerte. Esta forma de conciencia, puede presentarse como un retorno a la religión organizada en el resurgimiento de sectas y grupos fundamentalistas, pero también puede dejar paso a formas secularizadas de experimentar con lo sagrado y a una nueva búsqueda de identidad.

La información es un recurso difícil de controlar. En primer lugar, porque se difunde a través de muchos canales diferentes, como lo son el lenguaje o la comunicación

interpersonal, los objetos que procesan información, o un corpus más elaborado de tipo simbólico. Asimismo y a diferencia de otros bienes físicos, la información puede ser dividida sin perder calidad, puede ser multiplicada y dividida entre varios actores sin que por eso, sufra, su contenido específico. Si el poder en las sociedades complejas se basa cada vez más en el control privilegiado de información, es potencialmente un poder muy frágil porque la simple adquisición de información sitúa a los actores en el mismo plano.

El poder no puede ejercerse sólo sobre el contenido de la comunicación ni sobre las manifestaciones explícitas de la acción. Para ser efectivo, necesariamente tiene que dedicarse al control de los códigos. Los nuevos fundamentos del poder son los códigos, un conjunto de reglas formales para organizar el conocimiento. La sabiduría pasa a un plano secundario y la exploración del sentido de las cosas parece carecer de sentido. Su lugar es ocupado por el saber operativo y autojustificador de los expertos. Los códigos en los que se fundan las nuevas formas de poder no son visibles y están estrictamente regulados. No hay más posibilidad de discurso que aquel controlado por ciertos grupos a través de su poder para definir los conceptos y del monopolio que intentan imponer sobre el lenguaje. De este modo, la información deja de ser un recurso que circula entre todos los actores, que pueden intercambiar entre ellos y con el que pueden ir construyendo su potencial de conocimiento. Por el contrario, ese recurso se convierte en un sistema de signos vacíos de los cuales se ha perdido o, mejor, se esconde la llave. Las personas que consumen esos signos no necesitan ocuparse de su significado.

Sin embargo, la extensión potencialmente sin límites de la información aumenta simultáneamente los márgenes de incertidumbre para el sistema entero. La incertidumbre deriva, en primer lugar, de la dificultad de establecer relaciones entre la cantidad de información que transmitimos y recibimos que, sin embargo no garantiza su conversión en conocimiento; de hecho, a veces el verdadero efecto de ese diluvio de información, consiste en impedir que se produzca el segundo. La incertidumbre afecta entonces el significado de la acción individual porque el crecimiento desproporcionado de la información aumenta el número de posibles opciones pero también hace más difícil la decisión. La respuesta del individuo a la pregunta de "¿Quién soy yo?", se hace progresivamente problemática.

Todo ello está relacionado con la creciente necesidad que tienen los sistemas complejos de producir decisiones con el fin de reducir la incertidumbre. Un sistema de información expande su capacidad de decisión para responder a la necesidad de enfrentarse a la incertidumbre, y progresivamente asume los rasgos de un sistema de decisiones y de carácter contractual. De decisiones porque reducir la incertidumbre significa asumir el riesgo de la resolución. Contractual porque para decidir es necesario ponerse de acuerdo sobre alguna regla del juego.

No existe otra posibilidad de reducir la incertidumbre más que por medio de las decisiones y de acuerdos sobre los marcos con base en los cuales se toman éstas. El nivel de incertidumbre se renueva y se expande continuamente (también a causa de las propias decisiones, que resuelven unos problemas pero crean otros nuevos). Estos aspectos contractuales y de decisión adquieren importancia central para la vida social en los sistemas complejos. En otras palabras, las sociedades contemporáneas deben establecer y renovar continuamente los pactos que las mantienen unidas y orientan su acción.

Este análisis es aplicable tanto al sistema en su conjunto como a la experiencia de los individuos y los grupos. La identidad individual y social se enfrenta continuamente con la incertidumbre generada por el flujo permanente de información, con el hecho de que los individuos pertenecen de forma simultánea a una pluralidad de sistemas y con la proliferación de distintos marcos de referencia

espaciales y temporales. En consecuencia, la identidad debe ser restablecida y renegociada continuamente. Su búsqueda se vuelve así un remedio contra la opacidad del sistema, contra la incertidumbre que constriñe continuamente la acción. Producir identidad significa reforzar los flujos de información procedentes del sistema, Hacerlos más estables, coherentes, en definitiva, contribuir a la estabilización o a la modernización del propio sistema. Pero esta búsqueda de identidad no sólo responde a exigencias de seguridad y continuidad; también constituye una fuente de recursos para la individualización y permite a los individuos verse como tales, como personas diferentes de los demás y, precisamente por eso, descubrir en lo más profundo de dicha condición la capacidad para rechazar los códigos dominantes y revelar su arbitrariedad. En síntesis, la búsqueda de identidad permite que los individuos se reconozcan como los productores del sentido que atribuyen a los hechos y desafíen su manipulación por los aparatos de poder.

¿Se puede todavía hablar de una lógica dominante en sistemas de esta naturaleza? Las metáforas espaciales que han caracterizado la cultura industrial (base/supraestructura, centralidad/marginalidad) son cada vez más inadecuadas para describir el funcionamiento de las sociedades complejas donde no existe un centro simbólico. La descentralización de los lugares del poder y del conflicto hace cada vez más difícil caracterizar procesos y actores "centrales". Pero ¿significa esto que es preciso renunciar a caracterizar toda lógica dominante?, ¿implica que en la complejidad todo deviene igual a todo, en una circularidad intercambiable que está tan claramente expuesta en las teorías del intercambio?

Una lógica de dominación no está en contradicción con la idea de la complejidad como característica distintiva de los sistemas contemporáneos. Estos tienen una lógica dominante, pero su lugar cambia continuamente. Las áreas y los niveles de ese sistema que aseguran su mantenimiento, pueden varias, al igual que los lugares del conflicto. El poder no radica en determinadas estructuras ni es definitiva su encarnación en determinados actores y relaciones sociales. No obstante, ello no implica que todas las formas del descontento sean equivalentes, ni que toda forma de agitación social exprese conflictos de carácter sistémico. Existen conflictos que afectan al sistema en su propia lógica y, aunque se circunscriben en un área determinada, hacen surgir los dilemas fundamentales asociados a la complejidad y las formas de poder que ésta produce, convirtiéndolas en visibles para el conjunto de la sociedad.

Desafíos simbólicos

Los movimientos contemporáneos han pasado de la secuencia a la coexistencia. Fragmentos de experiencia, de historia pasada, de memoria coexisten dentro del mismo fenómeno empírico y se convierten en elementos activadores de la acción colectiva. Las huellas del pasado que persisten en los fenómenos contemporáneos no son simples legados históricos ni vestigios sobre los que se construyen nuevos desarrollos, sino que contribuyen a configurar nuevas pautas de acción colectiva donde coexisten o se combinan los elementos históricos y culturales. Por ejemplo, en lo que se suele llamar "movimientos ecologista", encontramos formas muy tradicionales de resistencia al impacto de la modernización mezcladas con un fundamentalismo religioso que extrae su energía del llamado de la naturaleza, la demanda de un código ético que regule las relaciones del hombre con ella y demandas políticas para que se articulen mecanismos de control democrático sobre la política energética. Todos esos elementos se funden, tal vez temporalmente, en ese actor protagonista de la movilización que llamamos "movimiento".

Tal vez debido a este carácter compuesto que es resultado de la influencia de diferentes épocas y estadios del desarrollo social, los movimientos representan un espejo del sistema en su conjunto. De hecho, en el gran escenario de los medios todo deviene simultáneo, las últimas huellas de una arqueología de las sociedades se integran con las anticipaciones más clamorosas de su futuro. Los indios del Amazonas expulsados de sus territorios por las máquinas excavadoras forman parte del espectáculo contemporáneo, tanto como los reportajes filmados sobre vuelos espaciales. Desde la comodidad de nuestros salones, las pantallas de televisión nos transportan a través del tiempo y el espacio, desde la prehistoria a la ciencia ficción. Su yuxtaponen así experiencias remotas que no tienen relación entre sí, en un torrente de signos intercambiables que no se ajustan a los pasos de espacio y tiempo de que toda realidad requiere.

En segundo lugar, los movimientos no constituyen situaciones de emergencia que se presentan de forma ocasional en la vida social, ni elementos residuales del orden social. En las sociedades complejas, los movimientos son una realidad permanente. Pueden ser más o menos visibles, pueden surgir como una movilización política y de forma cíclica (como señala correctamente Tarrow), pero su existencia y sus efectos en las relaciones sociales no son esporádicos ni transitorios. En las sociedades contemporáneas, su subsistema o sector específico de la acción colectiva se está convirtiendo en un componente estable del funcionamiento del sistema. El proceso de diferenciación de sistemas complejos es tan extenso que la propia acción colectiva puede adquirir un estatus autónomo y sus formas no institucionalizadas se separan de otras con las que solía confundirse en el pasado (en particular, con la acción política). En la era industrial los conflictos sociales estaban unidos a las luchas por el reconocimiento de los derechos civiles y de la ciudadanía, al igual que coincidían, la lucha del movimiento obrero contra el capitalismo y contra el Estado burgués. Cuando se separan esos dos niveles, como sucede en las sociedades contemporáneas, los movimientos pierden su carácter de personajes comprometidos en una dura confrontación con el Estado para conseguir la garantía de los derechos de ciudadanos. En lugar de ello, surgen en "áreas", en redes sociales donde se negocia y configura una identidad colectiva. Las áreas de movimiento son: a) un campo en el cual se estructura mediante la negociación una identidad colectiva, en la cual orientaciones y vínculos de la acción son definidos y redefinidos dentro de unas redes de solidaridad que muestran la relación entre las personas y su vida cotidiana; b) un terreno donde la identidad se recompone y unifica, es decir, redes sociales que confieren cierta continuidad y estabilidad a las identidades de individuos y grupos en sistemas sociales donde éstas se hallan en un proceso de constante fragmentación o desestructuración. De este modo, el movimiento proporciona a individuos y grupos un punto de referencia para reconstruir identidades divididas entre distintas afiliaciones, distintas funciones y tiempos de la experiencia social.

El cuestionamiento teórico inevitable en este punto es si los movimientos sociales tienen carácter conflictivo. ¿Existen elementos del conflicto antagónico en fenómenos tan distantes de la imagen del actor colectivo revolucionario que heredamos del pasado en unos fenómenos que estarían fragmentados, dispersos, entremezclados y que, antes que actores políticos, son subculturas que se orientan hacia la acción expresiva más que hacia la instrumental? La respuesta se plantea en un doble nivel. El primero está dado por las orientaciones de la acción de un movimiento, que son la base sobre la que se negocia su identidad colectiva. Por las razones antes indicadas, un movimiento combina distintas orientaciones de acción y se trata de analizar si alguna de ellas es de carácter antagonista. Si es así, también por las razones expuestas, esta característica no agota el resto de las que presenta el movimiento, sino que indica simplemente la presencia de un elemento antagónico que no puede reducirse al intercambio político o a la adaptación funcional. El segundo nivel es el de las actividades concretas que tienen lugar en

las redes del movimiento, en el que se estructuran las relaciones sociales y donde la organización y la acción del primero expresan su mensaje de conflicto social.

A continuación, para examinar el primer aspecto basándome en mi trabajo empírico, analizaré las orientaciones de la acción en varias áreas o redes del movimiento, las cuales nuevamente son sólo el ejemplo de una lógica y de una forma de la acción colectiva contemporáneas. Esas orientaciones son al mismo tiempo generales y específicas; de hecho, constituyen el lugar de encuentro entre un actor particular y el campo de oportunidades-limitaciones sobre el que actúa. Una condición social particular refuerza la posibilidad de conflicto al brindar acceso a recursos centrales del sistema a ciertos grupos de personas, y al mismo tiempo los expone a presiones sociales que inciden en la formación de la identidad y el significado. Un ejemplo de este último caso, está dado por los grupos de jóvenes y mujeres; en otros, los factores que impulsan el conflicto no están asociados con una condición estable y sin embargo delimitan un espacio social (el emplazamiento geográfico de determinados grupos del movimiento ambientalista, o la historia política y cultural de algunos capítulos del ecologista y del feminista). Estas condiciones particulares son las que provocan el conflicto, pero al mismo tiempo éste plantea problemas que conciernen a la lógica general del sistema y sus dilemas. El actor es una entidad específica, pero el ámbito social al que se dirige el movimiento y los problemas que plantea afectan al sistema en su conjunto. La paradoja de los movimientos contemporáneos es que se dirigen a toda la sociedad en nombre de una categoría o un grupo social, o por el hecho de ocupar un "lugar" particular en la estructura social.

Ser joven en la sociedad contemporánea deja de ser una condición biológica y pasa a ser progresivamente definida en términos culturales. Los jóvenes lo son no por tener una edad determinada, sino, principalmente, porque participan de una cultura o de un estilo de vida específico; porque viven en un estadio en el que no son efectivas las obligaciones, horarios y normas de la vida adulta. La juventud como condición simbólica, adelanta la posibilidad y el derecho a la redefinición, a la variabilidad, a la reversibilidad de las opciones de vida. Se trata de un problema que no es sólo de los jóvenes, sino de la sociedad en su conjunto.

Para los sistemas que hacen del cambio la condición de su existencia, la previsibilidad es un requisito esencial. Así el sistema promete e induce la transformación, pero al mismo tiempo lucha por medirla y, por lo tanto, por controlarla. Debido al hecho de que viven en un mundo al margen de las limitaciones de la vida social, en el limbo simbólico que la sociedad les asigna, los jóvenes se oponen a esta lógica en aras de una diversidad que se manifiesta como reversibilidad de las opciones, en un llamado que se presenta como ausencia de planificación, experiencia del presente y derecho a pertenecer por elección, no por asignación. La juventud –la edad por excelencia de la indeterminación, de la actitud abierta y la discontinuidad- se convierte en metáfora de un derecho al cambio y a la autodeterminación que desafía las reglas de la sociedad que exigen continuidad, conformidad y predecibilidad. Al intentar apropiarse del presente y del derecho a poder cambiar algunas cosas, los jóvenes encarnan una extendida necesidad cultural y cuestionan los fundamentos de la racionalidad instrumental.

Para LAS mujeres, la memoria profunda de subordinación y de hallarse encerradas en un sector diferente al de la cultura dominante, hace de las luchas por la emancipación una parte importante de la acción del movimiento que quizá sea la más significativa cuantitativamente. No obstante, aquello sobre lo cual se estructura la acción colectiva de las mujeres no es sólo la igualdad de los derechos, sino el derecho a la diferencia. La lucha contra la discriminación para la participación de las mujeres en el mercado económico y político está imbricada en la lucha por la diferencia, pero es distinta de ella. Ser reconocidos como distintos es

quizá uno de los derechos fundamentales que van emergiendo en los sistemas posindustriales. Ser reconocidas como mujeres significa afirmar una mirada distinta sobre la realidad, una experiencia vivida en un cuerpo diferente, un modo específico de ponerse en relación con el otro y con el mundo.

En sociedades que desarrollan fuertes presiones hacia la conformidad, la apelación a la diferencia tiene un significado explosivo para la lógica dominante. Cuando se apela a la diferencia, ese movimiento no se dirige solamente a las mujeres sino a la sociedad entera. Al mismo tiempo, mediante su acción colectiva la cultura feminista entra en el mercado político y cultural y contribuye a innovarlo. El éxito en el mercado transforma al movimiento en grupo de presión, segmenta sus áreas, burocratiza a algunos grupos y dispersa a otros. La profesionalización del movimiento no anula, sin embargo, su núcleo antagonista, sino que lo hace más difícil de identificar.

El movimiento de las mujeres se desplaza hacia la comunicación. La forma autorreflexiva del grupo pequeño –que fue su núcleo organizativo y precedió e impulsó su movilización pública- expresa, ya en sí, la intención de no separar el hacer del sentido; la acción de conocer de su significado, y la carga emocional de su contenido. El trabajo realizado por las mujeres en este movimiento habla por todos nosotros, muestra que no se puede actuar pública y eficazmente sin que medie un componente estable de reflexividad que cuestione constantemente el significado de lo que se hace, y sin la comunicación que encuentra espacio, no sólo como lógica instrumental de la eficiencia, sino también para los sentimientos, incertidumbres y conflictos emocionales que siempre alimentan la acción humana. Pero, ¿qué es lo que expresa esta comunicación privilegiada, que se produce desde hace tanto tiempo y con tanta dificultad? El poder y la diferencia. La confrontación con el poder masculino ha enseñado a las mujeres a conocer cómo la diferencia se transforma en poder. La comunicación femenina contiene una pregunta y un reto: ¿es posible una diferencia sin poder y una comunicación que conserve la diferencia?

Basándose en las formas femeninas de comunicar –que las mujeres saben que son distintas de las de los hombres, pero que hoy en día descubren que son distintas también en su interior-, las mujeres interrogan a la sociedad entera sobre las raíces de la comunicación. Al hacerlo, replantean la cuestión sobre cómo se puede recomponer la diversidad y si es posible una unidad en la separación, en definitiva, si las personas pueden comunicarse entre sí al margen de la opresión. ¿En qué sentido este mensaje tiene contenido antagonista? En el hecho de que el sistema, que multiplica las comunicaciones y vive de ellas, conoce sólo dos modos de comunicar: la identificación, es decir, la integración en los códigos dominantes, la fusión con un poder que niega la diversidad, o la separación, la diferencia como exclusión de toda comunicación.

Otros aspectos de la comunicación femenina ponen de manifiesto lo que acabo de exponer sobre su orientación antagonista. La exigencia de no perder de vista lo particular, el valor de los detalles de la experiencia, la memoria de lo cotidiano, de los gestos pequeños y de los tiempos sin historia; todos esos aspectos, que han sido superficialmente interpretados como narcisismo femenino, tienen en realidad un significado profundamente subversivo. Suponen un desafío a la estandarización de la experiencia y a la nivelación del tiempo que exige la sociedad de la información para aplicar sus procedimientos de forma generalizada.

Sin embargo, no todas las mujeres se movilizan. Las protagonistas de este movimiento son aquellas que viven la contradicción existente entre las promesas de ser incluidas en el orden social y los costos sociales de existir como mujer y hallarse destinadas a los papeles inmutables de madre, esposa y amante. Por lo tanto, las mujeres que se movilizan, son aquellas que han experimentado en sus

vidas un excedente de recursos constreñido dentro de los límites de la condición femenina. Las que se movilizan son aquellas con niveles más altos de educación, las que están expuestas a las contradicciones del estado del bienestar, de cuyas prestaciones con frecuencia son agentes y receptoras. Su respuesta es una superproducción cultural, un derroche simbólico que contiene una profunda ambivalencia. Las actividades "femeninas" dentro del movimiento consisten en reuniones que parecen no tener sentido, escritos que constituyen un fin en sí mismos y no se orientan hacia el mercado, un tipo de comunicación que carece de objetivos y un empleo del tiempo que no se atiende a criterios de utilidad y eficiencia. Hay una serie de actividades de este movimiento que la cultura masculina dominante sólo puede considerar como carentes de sentido, como el cultivo de la memoria, la búsqueda de los límites y matices de las experiencias personales, la duplicación de actividades realizadas por distintos grupos con total ausencia de respeto por las economías de escala.

En realidad todo ello es una de las formas mediante las cuales el sistema controla la incertidumbre, una especie de enclave donde se realizan experimentos de innovación social. El sistema absorberá sus resultados cuando una especie de selección natural haya decantado lo esencial. Pero este derroche simbólico es, al mismo tiempo, la expresión de una diferencia irreductible, de lo que "no tiene valor" porque es demasiado pequeño o parcial para entrar en los circuitos estandarizados del mercado cultural de masas. Esa extravagancia simbólica de la producción femenina introduce el valor de lo inútil en el sistema, el derecho inalienable de lo particular a existir, el significado irreductible de tiempos interiores que ninguna historia puede registrar, pero que hacen de la experiencia individual el núcleo último del sentido de la existencia.

El movimiento de las mujeres está, así, en desequilibrio entre una función de modernización que no puede evitar, pero que lo transforma en grupo de presión, y una llamada simbólica que va más allá de las condiciones de vida de las mujeres. En relación con lo primero, el movimiento contribuye a difundir los contenidos políticos y culturales del feminismo que hoy han sido profesionalizados. Hay grupos pequeños fundamentales y residuales que sobreviven a la institucionalización, mientras que otros grupos intelectuales cultivan la memoria del movimiento. En lo que se refiere a su propuesta simbólica, el movimiento de las mujeres parece destinado a negarse como actor particular. Al brindar a cada una la oportunidad de ser diferente, anula así su separación del resto de la sociedad. La dicotomía entre "ser una misma y ser para otros" parece constituir el drama y el símbolo de la condición femenina que se manifiesta también en la acción colectiva de las mujeres.

Las movilizaciones ambientalistas son cauces para la formación de nuevas élites, más que el resto de las aquí tratadas. Debido a la falta de una condición común, estos grupos presentan formas de solidaridad que no están basadas enteramente en dimensiones simbólicas. También aquí es difícil de identificar el núcleo antagonista porque la identidad del movimiento es en buena parte estructurada por nuevas élites en potencia. Este es el movimiento que más directamente se enfrenta con políticas y decisiones públicas. Al hacerlo cumple una función fundamental de presión, que no sólo influye en las políticas sobre el medio ambiente, sino que modifica los criterios por los que se rige la innovación, redefine el orden de prioridades y replantea los parámetros con los que se miden las alternativas posibles.

Sin embargo, en la estructuración del movimiento hay también una dimensión estrictamente cultural. En un mundo artificial que es fruto de la proliferación de instrumental para la intervención social, todavía quedan zonas de sombra. Aquello que escapa al artificio y a la construcción social enuncia algo diferente, alude a

oportunidades perdidas y a sueños realizables. La "naturaleza" a la que se invoca simboliza este límite, recuerda a las sociedades basadas en el credo instrumental, los límites de su omnipotencia. En la práctica ecológica de los grupos de base que integran este movimiento, la naturaleza es vivida, actuada y experimentada a través de una subversión de los códigos operativos de la "producción destructiva" que han prevalecido en la sociedad industrial.

Esta acción menuda y casi invisible recuerda a la sociedad, sin embargo, que el poder que le permite reproducirse es también aquel que puede destruirla; que el respeto por la sombra, por el límite, por los ritmos secretos del cosmos dentro y fuera de nosotros forma parte inseparable del impulso del hombre hacia el descubrimiento y la creación (Bateson, 1972).

En esta apelación a la sombra, a lo que no está dicho y no puede decirse, se sitúa tal vez el significado más profundo de la nueva búsqueda espiritual que impulsa la acción colectiva de muchos grupos. Donde esta dinámica no representa una renovación del mensaje religioso tradicional ni a un sector especializado en el mercado de las emociones, la experiencia espiritual en la sociedad de la información constituye una invocación a la sabiduría, una llamada al encuentro de cada uno consigo mismo que nunca se puede expresar del todo mediante los códigos operativos existentes. Quizá la orientación más significativa de estos fenómenos colectivos consiste en reintegrar la experiencia humana, en recomponer la alteridad y el límite con arreglo a un principio de unidad. Si actuar como emisores y receptores de información, con arreglo a procedimientos codificados y criterios de eficiencia deviene en regla en las sociedades de información, el cierre, el silencio, el retraimiento hacia un espacio interior donde las únicas palabras sólo son aquellas que cada uno se dice a sí mismo, son orientaciones que tienen una extraordinaria fuerza de subversión simbólica.

En las orientaciones de la acción de los movimientos contemporáneos emerge, por lo tanto, un núcleo antagonista. Si en las sociedades de información el poder se ejerce mediante el control de los códigos, de los sistemas organizadores del flujo informativo, el conflicto antagonista radica en la capacidad de resistencia, pero todavía más, en la capacidad de subvertir los códigos dominantes. Nombrar de modos distintos el espacio y el tiempo mediante la construcción de nuevos lenguajes que cambian las palabras empleadas por el orden social para organizar nuestra vida diaria, hacer lugar a la sabiduría más allá del conocimiento, ejercitar una reflexividad afectiva y no instrumental, son formas de organizar e interpretar de otra manera el flujo de información, de designar al mundo de otro modo en la práctica de los movimientos.

Este conflicto antagonista se expresa en la estructuración del actor colectivo, es decir, en su modo de organizar la propia solidaridad. En ese proceso organizativo, la acción de los movimientos constituye una práctica del cambio y un reto al sistema.

A continuación me ocuparé del segundo aspecto al que me he referido: las formas de organización y de acción como modalidades de un conflicto que se expresa en la forma y el proceso de la acción colectiva, no en su contenido. La estructura de la movilización presenta las siguientes características: es provisional y está sujeta a cambios importantes; está basada en el principio de participación directa, que se considera adecuado con independencia de los resultados que permite obtener; dicha estructura es diseñada para satisfacer las necesidades de individuos que no separan los tiempos de ocio y trabajo. Tiene un significado simbólico que consiste en anunciar al sistema que, más allá del contenido específico de la movilización, existen otros códigos para definir el tiempo y el espacio del individuo en la colectividad. La concepción del tiempo, basada en su carácter predecible, se

enfrenta con otra fundada en su naturaleza reversible que respeta los ritmos individuales y responde a la pluralidad de afiliaciones grupales, en la necesidad de experimentar los cambios de forma directa. Otros índices de esta dinámica de subversión de los códigos dominantes son, la concepción de la participación como un compromiso provisional y no como un deber, el carácter sectorial y no global de la implicación en el movimiento, si bien ese compromiso conserva una dimensión de carácter general y la circulación de los actores por distintas experiencias.

Los aspectos que vuelven más visible el desafío al sistema que contienen los movimientos contemporáneos son su estructura organizativa y sus relaciones de poder. Los movimientos funcionan como espacios abiertos donde se hacen contratos continuamente renegociables. La organización del movimiento debe asegurar esta negociación, debe permitir que la acción colectiva sea el resultado de un proceso contractual y reflexivo. La atención a la calidad de las relaciones internas implica el reconocimiento de las relaciones de poder, es decir, de las diferencias y de riesgos que contienen. El intento por mantener bajo control esta dimensión mediante una intensificación de la actividad autorreflexiva dentro del movimiento, contiene a su vez un riesgo permanente de que los grupos se encierren en sí mismos; pero al mismo tiempo, ello evidencia el carácter contractual y reflexivo de la relación. La gente no es lo que es, sino lo que elige ser. Las personas no forman parte de un grupo o se adscriben a una causa porque compartan una condición objetiva, o porque hayan tomado una decisión definitiva o irreversible, sino porque continúan eligiendo entre distintas opciones y asumen la responsabilidad que ello implica.

Esta contractualidad implícita fundamenta incluso la relación entre los núcleos más profesionalizados y el resto del movimiento. Si los primeros contribuyen a estructurar y potenciar la identidad colectiva, también saben que sólo podrán mantener su papel si producen determinada clase de bienes simbólicos y respetan el modelo de relación que he descrito.

La estructura organizativa de las áreas y las relaciones de poder que se entablan en el movimiento tienen un significado de oposición frente a los códigos dominantes. Muestran que hacer visible al poder no significa anularlo, sino someterlo a control. Asimismo, nos recuerda que los pactos con un poder invisible son siempre falsos y rechazan la lógica de intercambio en la cual no se hace explícita la asimetría existente. En los sistemas sociales, donde los lugares del poder no son visibles y parecen neutrales, este desafío es profundamente significativo.

El núcleo antagonista que he descrito, se apoya en otros significados que provienen de aplicar el criterio metodológico que guía mi análisis. La búsqueda de significados antagonistas de la acción colectiva es fruto de un análisis al que se llega después de emplear otros criterios de explicación. Está destinado a explicar aquellos aspectos de los comportamientos que no pueden interpretarse en términos de relaciones basadas en el intercambio o en estrategias de cálculo racional. Se trata de dimensiones específicas de la acción de los movimientos contemporáneos que no pueden explicarse desde esos modelos teóricos. En especial, resulta imposible reducir el carácter cada vez más formal y autorreflexivo de la acción de esos grupos –que parece volverse autónoma de los contenidos reivindicativos que puede asumir en cada momento–, a una explicación en términos de relaciones de intercambio. Es difícil reducir las implicaciones profundas que tiene la forma de la acción, con su carácter de código y de proceso, a un análisis en términos de cálculo de costos y beneficios. El análisis de los movimientos contemporáneos exige emplear otros criterios explicativos; un enfoque adecuado puede centrarse en los significados antagonistas de la acción y en la hipótesis según la cual el conflicto surge de los propios criterios que confieren sentido a la acción. La interrogante que plantea

estos conflictos, no es sobre los términos del intercambio sino sobre el propio significado de ese intercambio.

Al mismo tiempo, el núcleo antagonista del movimiento no constituye una entidad separada de los contenidos concretos que asume su acción. Cuando más coincide la acción con sus contenidos, más coincide el grupo con lo que hace y no con cómo lo hace, y mayores son la pérdida de la fuerza que impulsa su desafío y la tendencia a institucionalizarse. La búsqueda espiritual se convierte en una iglesia, la cultura juvenil en una moda que el mercado de los medios de comunicación integra y consume rápidamente, las reivindicaciones feministas en una renovación de las costumbres y la moral, la ecología en un bien circulante en el mercado político. La institucionalización desplaza el ámbito de los conflictos hacia otros problemas y actores. Aquellas cuestiones y grupos sociales que antes estaban en el centro del conflicto, pocos años más tarde se convierten en plataformas de nuevas élites, factores de modernización del mercado y de la reforma del sistema político. Mientras tanto, en otras áreas del sistema otros focos de conflicto adquieren relevancia y, por otros caminos y con la movilización de nuevos actores, restablecen los dilemas fundamentales de la complejidad asociados a los conflictos característicos de los sistemas con alta densidad de información. De hecho, el área del conflicto social abarca una serie de cuestiones centrales que tienen cierta estabilidad y permanencia, mientras que los actores que actúan como portavoces de los primeros cambian con bastante rapidez. Se puede asumir que un alto grado de variabilidad de la acción del grupo favorece la autonomía de las formas respecto a los contenidos de la acción, así como una mayor capacidad de utilizar el impulso antagonista de los códigos.

El antagonismo de los movimientos tiene un carácter eminentemente comunicativo: frecen al resto de la sociedad otros códigos simbólicos que subvierten la lógica de aquellos que dominan en ella. Se pueden individualizar tres modelos de acción comunicativa:

1) La profecía. Su mensaje es que lo posible es ya real en la experiencia directa de aquellos que lo envían. La lucha por el cambio ya está encarnada en la vida y en las formas de estructuración del grupo. El profeta habla siempre en nombre de otro, pero no puede evitar presentarse a sí mismo como modelo del mensaje que anuncia. De este modo, mientras los movimientos luchan para subvertir los códigos, difunden culturas y estilos de vida que entran en el circuito del mercado o son institucionalizados.

2) La paradoja. En ella la arbitrariedad del código dominante aparece por medio de su exageración o de su impugnación.

3) La representación. Aquí la respuesta consiste en una reproducción simbólica que separa los códigos de los contenidos que habitualmente los ocultan. Esta forma se puede combinar con las anteriores. Los movimientos contemporáneos recurren mucho a formas de representación, como el teatro, el video, los medios de comunicación.

En estos tres casos los movimientos funcionan, ante el resto de la sociedad, como una clase especial de medium cuya función principal es la de sacar a la luz lo que el sistema no dice por sí mismo, la cuota de silencio, de violencia, de arbitrariedad que siempre subyace en los códigos dominantes. Los movimientos son medios que nos hablan por medio de la acción. No se trata de que no empleen palabras y slogans o mensajes, sino que su papel como intermediarios, entre los dilemas del sistema y la vida diaria de las personas, se manifiesta principalmente en lo que hacen: su mensaje central consiste en el hecho de que existen y actúan. Con ello indican a la sociedad que hay un problema que concierne a todos sus miembros, en

torno al cual están surgiendo nuevas formas de poder. Del mismo modo, los movimientos declaran que aquello que la estructura de poder presenta como solución al problema no sólo no es la única posible sino que oculta una serie de intereses, el núcleo de un poder arbitrario y la opresión. Por medio de lo que hacen y de su forma de hacerlo, los movimientos anuncian que existen otros caminos, que siempre habrá otra forma de enfocar un asunto, y que las necesidades de los individuos o de los grupos no pueden reducirse a la definición que de ellos hace el poder. Por consiguiente, la acción de los movimientos se plantea en el ámbito de los símbolos y de la comunicación. Todo ello anula la vieja distinción entre los significados instrumental y expresivo de la acción, porque en la experiencia de los movimientos contemporáneos, los resultados de su acción y la experiencia individual de nuevos códigos tienden a coincidir. Y también porque esa acción, en primer lugar, tiende a modificar las reglas de la comunicación, además de producir resultados calculables.

Redes sumergidas y acciones visibles

Permítaseme regresar a lo dicho en el segundo capítulo y hacer hincapié nuevamente en la importancia de las formas organizacionales de las movilizaciones contemporáneas. Como ya se ha mencionado, en los movimientos contemporáneos emerge un modelo de funcionamiento en dos polos. El más habitual parte de una red de pequeños grupos sumergidos en la vida cotidiana, que exigen una implicación personal en la creación y experimentación de modelos culturales. Estas redes emergen solamente en relación con problemas específicos (por ejemplo, movilizaciones por la paz) y, aunque están integrados por pequeños grupos separados, constituyen un circuito de intercambios sociales. Individuos y mensajes circulan a lo largo de la red, y algunas agencias (los núcleos profesionalizados) le proporcionan cierta unidad. La red sumergida cumple diversas funciones: a) permite la pertenencia a varios grupos; b) sólo ocupa parte del tiempo del actor, tanto respecto del curso de su vida como respecto del tiempo que absorbe, y c) exige la involucración personal y la solidaridad afectiva de los que pertenecen a ella.

Este modelo en dos polos pone en evidencia que las fases de latencia y de visibilidad de los movimientos tienen funciones diferentes y recíprocamente relacionadas: 1) la fase de latencia permite experimentar directamente nuevos modelos culturales, favorece el cambio social mediante la construcción de significados y la producción de códigos diferentes a los que prevalecen en una sociedad. Esta clase de producción cultural con frecuencia implica un desafío a las presiones sociales dominantes. La latencia representa una especie de laboratorio sumergido para el antagonismo y de la innovación, 2) cuando los grupos pequeños emergen, lo hacen para enfrentarse a una autoridad política sobre determinados asuntos. La movilización tiene una función simbólica que se plantea en diversos planos, por una parte, proclaman su oposición a la lógica que guía la toma de decisiones respecto a una política pública específica; al mismo tiempo, la movilización opera como médium, es decir, indica al resto de la sociedad la relación existente entre un problema específico y la lógica dominante en el sistema; finalmente, muestra que son posibles modelos culturales alternativos, que la acción colectiva practica y difunde. La movilización también potencia la coordinación de los impulsos de innovación cultural, las demandas de carácter conflictivo y el resto de los componentes que se integran en la acción del movimiento.

Estos dos polos están recíprocamente conectados. La latencia hace posible la acción visible porque proporciona los recursos de solidaridad que necesita y produce el marco cultural dentro del cual surge la movilización. Esta última, a su vez, refuerza

las redes sumergidas y la solidaridad entre sus miembros, crea nuevos grupos y recluta nuevos militantes atraídos por la acción pública del movimiento, que pasan a formar parte de dichas redes. Asimismo, la movilización favorece también la institucionalización de elementos marginales del movimiento y de nuevas élites que han sido formadas en sus áreas.

Para la persistencia y la eficacia de este modelo es necesario que se den las siguientes condiciones: 1) alto grado de diversidad en el entorno del movimiento, que impide a los grupos de esas redes encerrarse en sí mismos; 2) elevada elasticidad del sistema político, para que éste no interfiera con las delicadas fases que atraviesan esos grupos al pasar de la latencia a la visibilidad pública; 3) la existencia de instancias y organizaciones transitorias en cada red del movimiento, con capacidad para garantizar las comunicaciones internas, especialmente durante la fase de latencia, y externas, principalmente en la fase de movilización. Estas formas de liderazgo son compatibles con una organización descentralizada de los grupos y no obstaculizan la que es característica de las áreas. Este modelo bipolar parece indicar que el movimiento entra en contacto directo con los sistemas políticos cuando inicia su movilización pública. En las fases de latencia sólo los grupos profesionalizados del movimiento mantienen contactos de carácter principalmente instrumental con algunas instituciones políticas. Pero si en la naturaleza de los objetivos de la movilización prevalecen las dimensiones simbólicas, lo que hay que preguntarse es cuál es el interés de los movimientos en iniciar relaciones de intercambio que siempre lleven consigo una lógica de representación. El motivo principal parece residir en la necesidad que tienen los actores colectivos de preservar sus espacios de autonomía frente al sistema, de mantener la independencia de áreas en las que sea posible practicar y anticipar los cambios que persiguen. Esas áreas son laboratorios donde se producen modelos formales en esa dirección, los cuales el movimiento llena de contenido mediante sus objetivos específicos. Por consiguiente, la existencia de relaciones entre el movimiento y los sistemas políticos, por medio de alguna forma de intercambio, representa una condición para salvaguardar o extender la autonomía del primero.

Una relación de este tipo sólo puede darse mediante un pacto, que no es el fundamento del intercambio sino solamente una condición para su desarrollo. Esta lógica comienza a delinearse en la acción desarrollada por las "organizaciones-paraguas" en el curso de la movilización. El pacto consiste en un intercambio limitado y reversible con las instituciones, una de cuyas implicaciones radica en hacer visible al poder. Un poder que suele parecer neutral en el ejercicio de sus rutinas, sale al descubierto y asume su responsabilidad, es decir, ejerce su autoridad al suscribir un pacto con los movimientos. Ello les permite a éstos medir la distancia que les separa del poder; pero también los empuja a plantear, desencantados, la confrontación con él.